A N T E S D E Q U E A T R A P E

(UN MISTERIO CON MACKENZIE WHITE—LIBRO 9)

B L A K E P I E R C E



CONTENIDOS

A N T E S D E Q U E A T R A P E

(UN MISTERIO CON MACKENZIE WHITE—LIBRO 9)

B L A K E P I E R C E



CONTENIDOS

A N T E S D E Q U E A T R A P E

(UN MISTERIO CON MACKENZIE WHITE—LIBRO 9)

B L A K E   P I E R C E



CONTENIDOS

PRÓLOGO

En una ocasión, cuando era una niña, Malory Thomas había venido a este puente con un chico. Era la noche de Halloween y ella tenía catorce años. Habían estado mirando hacia el fondo del agua a sesenta metros más abajo, en busca de los fantasmas de los que se habían suicidado tirándose desde el puente. Era una historia de fantasmas que había circulado por su escuela, una historia que Malory había oído toda la vida. Dejó que ese chico le besara esa noche, pero alejó su mano cuando se la metió debajo de la camisa.

Ahora, trece años después, pensaba en aquel gesto inocente mientras colgaba del mismo puente. Se llamaba el Puente de Miller Moon y era conocido por dos cosas: porque era un lugar escondido e increíble para que los adolescentes se enrollaran, y por ser el lugar más popular para suicidarse de todo el condado—quizá de todo el estado de Virginia por lo que ella sabía.

En ese momento, sin embargo, a Malory Thomas no le importaban los suicidios. Lo único en lo que podía pensar era en sujetarse al borde del puente como si le fuera la vida en ello. Estaba colgada de un lado con ambas manos, sus dedos enroscados en el borde de madera áspera del lateral. No podía agarrarse con firmeza con la mano derecha debido al tornillo enorme que atravesaba la madera, fijando la viga del lateral a los raíles de hierro que había por debajo.

Intentó mover la mano derecha para agarrarse mejor, pero tenía la mano demasiado húmeda por el sudor. Le parecía que solo con moverla una pulgada, podía perder su agarre y caerse hasta el fondo del agua. Y no había mucha agua allí. Lo único que le esperaba debajo eran rocas puntiagudas y un montón de monedas que los chiquillos estúpidos habían tirado desde el lateral del puente para pedir deseos insulsos.

Miró hacia arriba a los raíles junto al extremo del puente, raíles de caballete oxidados que parecían antigüedades en la oscuridad de la medianoche. Vio la silueta del hombre que le había traído hasta allí—a años luz de aquel valiente adolescente de hacía trece años. No… este hombre era detestable y tenebroso. No le conocía bien pero sí lo suficiente como para saber con certeza que algo andaba mal con él. Estaba enfermo, no tenía la cabeza del todo en su sitio, no estaba bien.

“Suéltate ya,” le dijo el hombre. Tenía una voz que daba miedo, como entre Batman y un demonio.

“Por favor,” dijo Malory. “Por favor… ayuda.”

Ni siquiera le importaba estar desnuda, con su trasero al aire colgando del extremo del Puente de Miller Moon. Le había desnudado del todo y había tenido miedo de que la fuera a violar, pero no lo había hecho. Solamente se le había quedado mirando, pasándole la mano por algunos puntos, y después le había obligado a que se colgara del bordillo del puente. Pensó con desconsuelo en la ropa esparcida por las vigas de madera que había por detrás de él, y tuvo la certeza algo enfermiza de que nunca se las volvería a poner.

Con esa certeza, se le tensó la mano derecha mientras trataba de acostumbrarse a la forma del tornillo que tenía debajo de ella. Gritó y sintió cómo todo su peso pasaba a la mano izquierda—la mano que se sentía bastante más débil.

El hombre se agachó, poniéndose de rodillas y mirándola. Era como si supiera lo que venía a continuación. Incluso antes de que ella supiera que había llegado el final, él ya lo sabía.

Apenas podía distinguir sus ojos en la oscuridad, pero podía ver lo suficiente como para saber que estaba contento. Quizá hasta emocionado.

“Está bien,” le dijo con esa extraña voz.

Y como si los músculos en sus dedos le estuvieran obedeciendo, su mano derecha cedió. Malory sintió una tirantez que le recorrió todo el antebrazo mientras su mano izquierda trataba de sostener sus sesenta y cinco kilos.

Y así sin más, ya no estaba colgando del puente. Estaba cayendo al vacío. Su estómago le dio una voltereta y sus ojos parecieron sacudirse en sus cuencas mientras intentaba encontrarle el sentido a lo rápido que se alejaba el puente de ella.

Por un momento, el viento que pasó velozmente junto a ella le pareció hasta agradable. Intentó enfocarse todo lo que pudo en ello mientras se retorcía en busca de algún tipo de plegaria que pronunciar en sus momentos finales.

Solo se las arregló para decir unas pocas palabras—Padre Nuestro, que estás…—y entonces Malory Thomas sintió como la vida

salía de su cuerpo con un golpe agudo y devastador al tiempo que se estrellaba contra las rocas del fondo.

CAPÍTULO UNO

Mackenzie White se había adentrado en algo parecido a una rutina. Esto no le sentaba especialmente bien ya que no era la clase de mujer a la que le la rutina gustara demasiado. Si las cosas se mantenían sin cambios demasiado tiempo, le parecía que necesitaba sacudirlas un poco.

Solo unos pocos días después de finalmente cerrar el largo y miserable capítulo del asesinato de su padre, había regresado a su apartamento y había caído en la cuenta de que, ahora, Ellington y ella vivían juntos. No tenía ninguna pega al respecto; había estado deseándolo, a decir verdad. Sin embargo, hubo algunas noches durante esas primeras semanas en las que perdió algunas horas de sueño cuando cayó en la cuenta de que ahora su futuro parecía estable. Por primera vez en mucho tiempo, no tenía una razón genuina para dedicarse a nada en particular con todas sus fuerzas.

Antes había sido el caso de su padre, reconcomiéndole desde el primer momento que tuvo una placa y un arma en Nebraska. Ahora eso estaba resuelto. También había sido la incertidumbre de saber hacia dónde se dirigía su relación con Ellington. Ahora estaban viviendo juntos y casi enfermizamente felices. Estaba triunfando en el trabajo, ganándose el respeto de prácticamente todo el mundo en el FBI. Hasta McGrath parecía finalmente estar convencido de su valía.

Todo parecía inmóvil. Y en lo que se refería a Mackenzie, no podía evitar preguntarse si solo se trataba de la calma antes de la tormenta. Si el tiempo que había pasado como detective en Nebraska y como agente del FBI le había enseñado algo, era que la vida tenía la costumbre de arrebatarle cualquier tipo de comodidad o seguridad sin mucho aviso previo.

Aun así, la rutina no estaba tan mal. Después de que Ellington se hubiera recuperado de sus heridas tras cerrar el caso que había llevado ante la justicia al asesino de su padre, le habían ordenado que se quedara en casa y descansara. Le atendió lo mejor que pudo, descubriendo que podía ser de lo más maternal cuando tenía que serlo. Cuando Ellington se recuperó del todo, sus días se hicieron bastante regulares. Eran hasta agradables a pesar del horroroso grado de domesticación que sentía.

Iba al trabajo y se detenía en el campo de tiro antes de regresar a

casa. Cuando llegaba a casa, una de dos cosas tenía lugar: o Ellington había preparado ya la cena y comían juntos como un viejo matrimonio, o se iban directamente al dormitorio, como una pareja de recién casados.

Todo esto le pasaba por la mente mientras Ellington y ella se preparaban para irse a la cama. Mackenzie estaba en su lado de la cama, leyendo un libro sin muchas ganas. Ellington estaba en su lado de la cama, escribiendo un email sobre un caso en el que había estado trabajando. Habían pasado siete semanas desde que cerraron el caso de Nebraska. Ellington había acabado de empezar a trabajar de nuevo y la rutina de la vida estaba comenzando a convertirse en una dura realidad para ella.

"Voy a preguntarte algo," dijo Mackenzie. "Y quiero que seas honesto."

"Muy bien," dijo él. Terminó de escribir la frase en la que se encontraba y se detuvo, prestándole su máxima atención.

"¿Alguna vez te has encontrado en este tipo de rutina?" preguntó Mackenzie.

"¿Qué rutina?"

Ella se encogió de hombros, poniendo el libro a un lado. "La de estar domesticado. Estar atado. Ir al trabajo, volver a casa, cenar, ver algo de televisión, quizá a veces hacer el amor, y después irnos a dormir."

"Si eso es una rutina, me parece bastante genial. Sin embargo, quizá no pongas el a veces delante de la parte del sexo. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te molesta la rutina?"

"No es que me moleste," dijo ella. "Es solo que… resulta extraño. Hace que sienta que no estoy haciendo lo que me corresponde. Como que estoy siendo vaga o pasiva sobre… en fin, sobre algo que no puedo definir demasiado bien."

"¿Crees que esto se debe al hecho de que por fin hayas terminado con el caso de tu padre?" le preguntó.

"Probablemente."

Había algo más, pero no se trataba de algo que le pudiera contar. Sabía que era bastante difícil herirle emocionalmente pero no quería

arriesgarse. La idea que se reservó era que ahora que se habían mudado juntos y eran felices y lo estaban manejando de maravilla, realmente solo quedaba un paso más que dar. No era un paso del que hubieran hablado y, honestamente, no era un paso del que Mackenzie quisiera hablar.

El matrimonio. Esperaba que Ellington tampoco estuviera todavía pensando en ello, la verdad. Y no es que no le quisiera, pero después de ese paso… en fin, ¿qué más había?

"Deja que te haga una pregunta," dijo Ellington. "¿Eres feliz? Quiero decir ahora, en este preciso momento, sabiendo que mañana puede ser un duplicado exacto de hoy. ¿Eres feliz?"

La respuesta era simple pero aun así le incomodaba. "Sí," dijo.

"Entonces ¿por qué cuestionarlo?"

Ella asintió. Tenía toda la razón y lo cierto es que hizo que se preguntara si estaba complicando demasiado las cosas. En unas semanas cumpliría treinta años, así que quizá esto era lo que resultaba ser una vida normal. Una vez había enterrado todos los demonios y los fantasmas del pasado, quizá esto fuera lo que se suponía que tenía que ser la vida.

Y eso estaba bien, suponía Mackenzie. Pero algo acerca de todo ello parecía estancado y hacía que se preguntara si alguna vez se permitiría realmente ser feliz.

CAPÍTULO DOS

El trabajo no estaba haciendo nada por la monotonía de lo que Mackenzie empezaba a denominar La Rutina—con L y R mayúsculas. En los casi dos meses que habían pasado desde los acontecimientos de Nebraska, la carpeta de casos de Mackenzie había consistido en vigilar a un grupo de hombres sospechosos de tráfico de personas—pasándose sus días sentada en un coche o en edificios abandonados, escuchando conversaciones bastante vulgares que acabaron por no dar ningún resultado. También había trabajado junto a Yardley y Harrison en un caso relacionado con una potencial célula terrorista en Iowa—que tampoco había dado ningún resultado.

El día siguiente a su tensa conversación sobre la felicidad, Mackenzie se encontraba sentada ante su escritorio, investigando a uno de los hombres que había estado vigilando respecto al tráfico de personas con objetivos sexuales. No formaba parte de ningún complot de tráfico sexual, pero estaba implicado casi con certeza en algún tipo de chanchullo depravado relacionado con la prostitución. Era difícil de creer que estaba cualificada para llevar un arma, atrapar asesinos y salvar vidas. Se estaba empezando a sentir como una empleada de plástico, alguien que no servía ninguna función real.

Frustrada, se levantó para hacerse una taza de café. Nunca había sido de las que deseaba nada malo a nadie, pero se estaba preguntando si las cosas en el país de verdad iban tan bien que sus servicios no pudieran necesitarse en alguna parte.

Mientras caminaba hacia la pequeña zona de recepción donde se alojaban las cafeteras, divisó cómo Ellington le ponía la tapa a su propia taza. Él la vio acercarse y la esperó, aunque podía decir por su postura que iba con prisas.

“Espero que tu día haya sido más emocionante que el mío,” dijo Mackenzie.

“Quizás,” dijo él. “Pregúntamelo de nuevo en media hora. McGrath me acaba de llamar para que vaya a su despacho.”

“¿Para qué?” preguntó Mackenzie.

“Ni idea. ¿No te llamó también a ti?”

“No,” dijo ella, preguntándose de qué se podía tratar. Aunque no

había tenido lugar ninguna conversación directa al respecto con McGrath desde el caso de Nebraska, había asumido que Ellington y ella seguirían siendo compañeros. Se preguntó si a lo mejor el departamento había acabado por decidir separarles debido a su relación sentimental. Si era así, entendía la decisión, pero la idea no le gustaba en especial.

“Me estoy hartando de estar sentada a mi escritorio,” dijo mientras se servía un café. “Hazme un favor y mira a ver si me puedes meter en lo que sea que te vaya a meter a ti.”

“Lo haré encantado,” dijo él. “Te mantendré informada.”

Regresó caminando a su oficina, preguntándose si acaso esta pequeña grieta en la normalidad era lo que había estado esperando—la apertura que empezaría a dilapidar los cimientos de la rutina que había estado sintiendo. No sucedía a menudo que McGrath convocara solo a uno de los dos a su despacho—al menos no recientemente. Le hizo plantearse si a lo mejor le estabas sometiendo a alguna clase de evaluación de la que no tenía conocimiento. ¿Estaba McGrath investigando más a fondo el último caso de Nebraska para asegurarse de que había seguido las normas en todo momento? Si así era, podría encontrarse con problemas porque no cabía duda de que no había seguido el protocolo en todo.

Tristemente, preguntarse de qué se trataría la reunión entre Ellington y McGrath era lo más interesante que le había pasado en la última semana más o menos. Era lo que le ocupaba la mente mientras se sentó de nuevo delante de su ordenador, de nuevo sintiéndose como nada más que otro engranaje de la rueda.

***

Escuchó unas pisadas quince minutos después. Esto no era nada nuevo: trabajaba con la puerta de su oficina abierta y veía a gente que pasaba de un lado a otro de arriba abajo del pasillo durante todo el día. Pero hoy era diferente. Esto sonaba como varios pares de pisadas que caminaban al unísono. También había una sensación de silencio—una tensión apagada como el ambiente que hay justo antes de una violenta tormenta de verano.

Curiosa, Mackenzie elevó la vista de su portátil. A medida que las pisadas se hicieron más sonoras, vio a Ellington. Le echó una mirada

rápida a través de la puerta, con el rostro tenso con una emoción que Mackenzie no podía ubicar del todo. Llevaba una caja en las manos y dos guardias de seguridad le seguían de cerca.

¿Qué diablos?

Mackenzie se levantó de un salto de su escritorio y salió al pasillo. Justo en el momento en que estaba doblando la esquina, Ellington y los dos guardias se estaban metiendo al ascensor. Las puertas se cerraron y una vez más, Mackenzie apenas divisó esa expresión tensa en su rostro.

Le han despedido, pensó Mackenzie. La idea era absolutamente ridícula por lo que a ella concernía, pero eso era lo que parecía.

Echó a correr hacia la escalera, abriendo la puerta a toda prisa para descenderla. Bajó los escalones saltándolos de dos en dos, con la esperanza de salir afuera antes de que lo hicieran Ellington y los guardias. Bajó los tres tramos de escaleras sin pensar, y salió por el lateral del edificio directamente junto al aparcamiento.

Mackenzie salió por la puerta al mismo tiempo que los guardias y Ellington salían del edificio. Echó a correr a través del césped para cortarles el paso. Los guardias parecían tensos cuando la vieron acercarse, uno de ellos se detuvo por un instante y la encaró como si se tratara de una potencial amenaza.

"¿Qué es lo que pasa?" preguntó por encima del guardia, mirando a Ellington.

Sacudió la cabeza. "Ahora no," dijo él. "Por ahora… olvídate de ello."

"¿Qué está pasando?" le preguntó ella. "Los guardias… la caja… ¿te han despedido? ¿Qué diablos ha pasado?"

Ellington volvió a sacudir la cabeza. No había ni rastro de desprecio o de crueldad en el gesto. Mackenzie pensó que sería lo mejor que podía hacer en esta situación. Quizá había pasado algo de lo que él no podía hablar. Y Ellington, leal hasta la médula, no hablaría si le habían pedido que mantuviera silencio.

Odiaba hacerlo, pero dejó de presionarle. Si quería respuestas directas, solo había un lugar donde conseguirlas. Con esto en mente, echó a correr de vuelta al edificio. Esta vez tomó el ascensor, subiendo hasta el tercer piso y sin perder ni un segundo para dirigirse al final

del pasillo al despacho de McGrath.

Ni se molestó en saludar a la secretaria mientras se dirigía hacia su puerta. Escuchó cómo la mujer le llamaba por su nombre, tratando de detenerla, pero aun así Mackenzie pasó al interior. No llamó a la puerta, simplemente entró al despacho.

McGrath estaba sentado a su escritorio, y era evidente que no le sorprendía lo más mínimo que Mackenzie estuviera allí. Se giró hacia ella y la calma en su rostro le puso furiosa.

"Haz el favor de mantener la calma, agente White," dijo.

"¿Qué ha pasado?" preguntó ella. "¿Por qué acabo de ver a Ellington siendo escoltado del edificio con una caja con todas sus pertenencias?"

"Porque ha sido relevado de su misión."

La simplicidad de la afirmación no consiguió que fuera más fácil de escuchar. Parte de ella seguía preguntándose si había habido algún error gigante. O si todo esto era alguna broma pesada enorme.

"¿Por qué?"

Entonces vio algo que no había visto hasta ahora: McGrath desvió la mirada, claramente incómodo. "Es un asunto privado," dijo él. "Entiendo la relación que hay entre vosotros dos, pero esta es una información que legalmente no puedo divulgar debido a la naturaleza de la situación."

Durante todo el tiempo que llevaba trabajando para McGrath, nunca había escuchado tanta porquería legal saliendo de su boca al mismo tiempo. Se las arregló para aplacar su ira. Después de todo, esto no se trataba de ella. Por lo visto, algo pasaba con Ellington de lo que ella no tenía ningún conocimiento.

"¿Anda todo bien?" preguntó. "¿Me puedes decir al menos eso?"

"Me temo que no me corresponde a mí responder a esa pregunta," dijo McGrath. "Ahora, si me disculpas, la verdad es que estoy bastante ocupado."

Mackenzie hizo un leve gesto con la cabeza y salió de la oficina, cerrando la puerta al salir. La secretaria desde detrás de su propio escritorio le lanzó una mirada desagradable que Mackenzie ignoró por

completo. Regresó caminando a su despacho y comprobó su correo para reconfirmar que el resto de su día no era más que un lento vacío de nada.

Entonces salió corriendo del edificio, haciendo lo que podía para que no diera la impresión de que algo le estaba molestando. Lo último que necesitaba era que la mitad del edificio se diera cuenta de que Ellington se había marchado y de que ella estaba corriendo detrás de él. Por fin se las había arreglado para superar las miradas punzantes y los rumores casi legendarios de su pasado en su lugar de trabajo y de ninguna manera iba a crear otra razón para que el ciclo comenzara de nuevo.

***

Sabía con certeza que seguramente Ellington había regresado a su apartamento. Cuando se conocieron al principio, él era el tipo de hombre que quizá se fuera directamente a un bar en un intento de ahogar las penas. Sin embargo, había cambiado durante el último año más o menos—al igual que ella. Suponía que se debían eso el uno al otro. Era una idea que mantuvo en la mente mientras abría la puerta de su apartamento (el apartamento de los dos, se recordó a sí misma), esperando encontrarle en su interior.

Y como pensaba, se lo encontró en el dormitorio secundario que utilizaban como oficina. Estaba sacando las cosas que tenía en su caja, esparciéndolas al azar por encima del escritorio que compartían. Levantó la vista cuando la vio entrar, pero la desvió enseguida.

“Lo siento,” dijo con la cabeza hacia el otro lado. “No me pillas precisamente en mi mejor día.”

Ella se acercó a él, pero se reprimió las ganas de ponerle la mano sobre el hombro o de extender un brazo alrededor de su espalda. Nunca le había visto tan disgustado. Le alarmó un poco, pero, más que nada, le hizo desear saber lo que podía hacer para ayudar.

“¿Qué ha pasado?” le preguntó.

“Parece bastante evidente, ¿verdad?” le preguntó él. “Me han suspendido indefinidamente.”

“¿Por qué diablos?” Entonces pensó en McGrath y en lo incómodo que se había puesto cuando le había hecho esta misma pregunta.

Por fin se giró de nuevo hacia ella y al hacerlo, pudo ver la vergüenza en su rostro. Cuando le respondió, le temblaba la voz.

“Acoso sexual.”

Durante un momento, las palabras no tuvieron mucho sentido. Esperó a que le sonriera y le dijera que solo estaba bromeando, pero eso no sucedió. En vez de ello, se le quedó mirando fijamente a los ojos, esperando a su reacción.

“¿Qué?” preguntó ella. “¿Cuándo sucedió esto?”

“Hace unos tres años,” dijo Ellington. “Pero la mujer en cuestión hizo públicas sus acusaciones hace tres días.”

“¿Y es esa acusación válida?” preguntó Mackenzie.

Él asintió, sentándose al escritorio. “Mackenzie, lo siento. Era un hombre diferente en aquel entonces, ¿sabes?”

Sintió ira durante unos instantes, pero no estaba segura de hacia quién iba dirigida: si hacia Ellington o hacia la mujer. “¿Qué tipo de acoso?” le preguntó.

“Estaba entrenando a esta joven agente hace tres años,” dijo. “Lo estaba haciendo realmente bien así que, una noche, unos cuantos agentes la sacaron de fiesta a celebrar. Todos tomamos unos cuantos tragos y ella y yo fuimos los últimos que quedábamos. En ese momento, la idea de proponerle algo ni siquiera me había cruzado por la mente, pero me fui al cuarto de baño y cuando salí, estaba allí esperándome. Me besó y la cosa se puso caliente. Se echó hacia atrás —quizá al darse cuenta de que era un error. Y entonces intenté volver a la carga. Me gustaría creer que, de no haber estado bebiendo, al alejarse de mí yo lo hubiera dejado de intentar, pero no me detuve. Traté de besarla de nuevo y no me di cuenta de que ella no me estaba correspondiendo hasta que me alejó de un empujón. Me empujó para distanciarse y se me quedó mirando. Le dije que lo sentía—y lo decía de verdad—pero ella salió disparada. Y eso fue todo. Un triste encuentro entre cuartos de baño. Nadie forzó a nadie y no hubo nada de toqueteos ni otras malas conductas. Al día siguiente cuando llegué al trabajo, ella se había ido, con un traslado a Seattle, creo.”

“¿Y por qué está sacando ahora esto a colación?” preguntó Mackenzie.

“Porque es lo que está de moda en estos tiempos,” espetó

Ellington. Entonces sacudió la cabeza y suspiró. “Lo siento. Eso fue un comentario asqueroso.”

“Sí que lo fue. ¿Me estás contando la historia entera? ¿Eso es todo lo que pasó?”

“Eso es todo,” dijo él. “Lo juro.”

“Estabas casado, ¿verdad? ¿Cuándo sucedió?”

Ellington asintió. “No es uno de mis mejores momentos.”

Mackenzie pensó en la primera vez que había pasado una cantidad importante de tiempo con Ellington. Había sido durante el caso del Asesino del Espantapájaros en Nebraska. Básicamente se le había tirado encima mientras se encontraba en medio de uno de sus propios dramas personales. Podía haber asegurado que él estaba interesado, pero, al final, él había rechazado sus avances.

Se preguntaba cuánto habría pesado en su mente el encuentro con esta mujer durante esa noche en que se le ofreció por primera vez.

“¿De cuánto tiempo es la suspensión?” preguntó.

Ellington se encogió de hombros. “Depende. Si ella decide no montar un lío enorme al respecto, podría ser solo de un mes. Pero si va a por todas, podría ser mucho más larga. Al final, podría llevar al despido definitivo.”

Mackenzie se dio la vuelta en esta ocasión. No podía evitar sentirse un tanto egoísta. Sin duda, estaba disgustada de que un hombre al que quería profundamente estuviera atravesando por algo como esto, pero al fondo de todo ello, le preocupaba más perder a su compañero de trabajo. Odiaba que sus prioridades fueran tan tendenciosas, pero así era como se sentía en ese momento. Eso y unos intensos celos que detestaba. No era el tipo celoso para nada… entonces, ¿por qué estaba tan celosa de la mujer que había denunciado el supuesto acoso? Jamás había pensado en la mujer de Ellington con un gramo de celos, así que ¿por qué con esta mujer?

Porque está haciendo que cambie todo, pensó. Esa rutina aburrida en la que me estaba metiendo y a la que me estaba acostumbrando está empezando a derrumbarse.

“¿En qué piensas?” preguntó Ellington.

Mackenzie sacudió la cabeza y miró a su reloj de pulsera. Solo era la una del mediodía. Enseguida, empezarían a notar su ausencia en el trabajo.

"Estoy pensando que tengo que regresar al trabajo," dijo. Y dicho esto, se dio la vuelta y salió caminando de la habitación.

"Mackenzie," gritó Ellington. "Espera."

"Está bien," le gritó ella de vuelta. "Te veo en un rato."

Se fue sin decir adiós, sin un beso, ni un abrazo. Porque a pesar de que lo había dicho, nada estaba bien.

Si las cosas estuvieran bien, no estaría reprimiendo las lágrimas que parecían haber surgido de la nada. Si las cosas estuvieran bien, no seguiría intentando alejar una ira que seguía intentando ascender por dentro de ella, diciéndole que era una idiota por pensar que la vida podía ir bien ahora, que finalmente le tocaba vivir una vida normal donde los fantasmas del pasado no influyeran en todo.

Para cuando llegó al coche, se las había arreglado para detener las lágrimas del todo. Le sonó el móvil, y surgió el nombre de Ellington en su pantalla. Lo ignoró, dio marcha al coche, y se dirigió de vuelta a la oficina.

CAPÍTULO TRES

El trabajo solo le proporcionó distancia durante unas pocas horas más. Incluso a pesar de que Mackenzie charlara con Harrison para asegurarse de que no necesitaba de su asistencia en un pequeño caso de fraude de envíos en el que estaba trabajando, había salido del edificio para las seis. Cuando llegó de vuelta al apartamento a las 6:20, se encontró a Ellington delante de la cocina. No cocinaba a menudo y, cuando lo hacía, solía deberse a que no tenía nada entre manos ni nada mejor que hacer.

“Hola,” le dijo él, elevando la vista de una cazuela con lo que parecía ser algún tipo de salteado de verduras.

“Hola,” dijo ella como respuesta, dejando la bolsa de su portátil sobre el sofá y entrando a la cocina. “Lamento haberme ido de esa manera.”

“No hay por qué disculparse,” dijo él.

“Por supuesto que sí. Fue inmaduro. Y si te soy sincera, no sé por qué me disgusta tanto. Estoy más preocupada por perderte como compañero que por lo que esto le pueda hacer a tu trayectoria profesional. ¿Está muy mal eso o no?”

Ellington se encogió de hombros. “Tiene sentido.”

“Debería tenerlo, pero no lo tiene,” dijo Mackenzie. “No puedo pensar en ti besando a otra mujer, especialmente no de esa manera. Incluso aunque estuvieras borracho y hasta si fue ella la que inició las cosas, no te puedo ver de esa manera. Y hace que quiera matar a esa mujer, ¿sabes?”

“Lo siento de veras,” dijo él. “Es una de esas cosas de la vida que desearía poder rectificar. Una de esas cosas que pensé que formaban parte del pasado y que ya había terminado con ellas.”

Mackenzie se acercó por detrás de él y titubeante, le rodeó la cintura con los brazos. “¿Estás bien?” le preguntó.

“Solo enfadado. Y avergonzado.”

Parte de Mackenzie se temía que estaba siendo deshonesto con ella. Había algo en su postura, algo en eso de que no le pudiera mirar

directamente a ella cuando hablaba de ello. Quería pensar que simplemente se debía a que no era fácil ser acusado de algo como esto, que le recordaran a uno algo estúpido que había hecho en el pasado.

Si era honesta, la verdad es que no sabía muy bien qué creer. Desde el momento que le había visto pasando por delante de la puerta de su oficina con la caja en las manos, sus pensamientos hacia él estaban mezclados y confusos.

Estaba a punto de ofrecerse a ayudar con la cena, con la esperanza de que algo de normalidad les ayudara a volver al camino recto. Pero antes de que las palabras salieran de sus labios, sonó su teléfono móvil. Se sorprendió y se preocupó un poco al ver que era McGrath.

"Lo siento," le dijo a Ellington, mostrándole la pantalla. "Probablemente debería responder a esto."

"Seguramente quiera preguntarte si alguna vez te has sentido sexualmente acosada por mí," le dijo sarcásticamente.

"Ya tuvo oportunidad esta mañana," dijo ella antes de alejarse de los chisporroteos de la cocina para responder al teléfono.

"Al habla White," dijo, hablando directamente y casi mecánicamente, como solía hacer cuando respondía a una llamada de McGrath.

"White," le dijo. "¿Ya estás en casa?"

"Sí señor."

"Necesito que vuelvas a salir. Necesito hablar contigo en privado. Estaré en el aparcamiento. Nivel Dos, Fila D."

"Señor, ¿se trata de Ellington?"

"Solo ven a reunirte conmigo, White. Llega tan rápido como te sea posible."

Dicho esto, terminó la llamada, dejando a Mackenzie con una línea apagada en la mano. Se metió el teléfono al bolsillo con lentitud, y volvió a mirar a Ellington. Estaba retirando la sartén del fuego, dirigiéndose a la mesa que había en el pequeño comedor.

“Tengo que llevarme algo conmigo,” dijo.

“Maldita sea. ¿Es sobre mí?”

“No me dijo nada,” dijo Mackenzie. “Pero creo que no. Se trata de algo diferente. Está siendo de lo más discreto.”

No sabía muy bien a qué se debía, pero se guardó las instrucciones de encontrarse con él en el aparcamiento. Si era honesta consigo misma, algo al respecto no le encajaba del todo. Aun así, agarró un cuenco de los armarios, se echó algo de la cena de Ellington dentro de él, y le dio un beso en la mejilla. Ambos podían ver que resultaba mecánico y forzado.

“Mantenme informado,” dijo Ellington. “Y dime si necesitas algo.”

“Por supuesto,” dijo ella.

Cayendo en la cuenta de que ni siquiera se había quitado de encima la pistolera y el Glock, se dirigió derecha hacia la puerta. Y no fue hasta que estuvo de vuelta en el pasillo y en dirección a su coche que se dio cuenta de que la verdad es que se sentía bastante aliviada de que le hubieran sacado de casa.

***

Debía de admitir que eso de subir lentamente por el nivel 2 del aparcamiento subterráneo enfrente de la central parecía un tanto estereotipado. Las reuniones en aparcamientos subterráneos eran cosas que pasaban en los dramas policiales de televisión de poca calidad. Y en esos dramas, las reuniones oscuras en esos aparcamientos solían desembocar en algún tipo de drama.

Divisó el coche de McGrath y aparcó su propio coche a unos pocos espacios de distancia. Lo cerró y se acercó paseando hasta donde estaba McGrath esperándola. Sin ninguna invitación formal a que lo hiciera, caminó hasta la puerta del copiloto, la abrió, y se montó en el coche.

“Muy bien,” dijo ella. “Tanto secreto me está matando. ¿Qué es lo que anda mal?”

“Nada anda mal en concreto,” dijo McGrath. “Pero tenemos un caso como a una hora de distancia en un pueblecito llamado

Kingsville. ¿Lo conoces?"

"Me suena de algo, pero nunca he estado allí."

"Es tan rural como te puedas imaginar, apostado en medio de la nada antes del movimiento de las interestatales de DC," dijo McGrath. "Lo cierto es que puede que no sea un caso en absoluto. Eso es lo que necesito que averigües."

"Está bien," dijo ella. "¿Pero por qué no podíamos tener esta reunión en tu despacho?"

"Porque la víctima es el sobrino del vicedirector. Veintidós años. Parece que alguien le tiró por un puente. El departamento de la policía local de Kingsville dice que probablemente no se trate más que de un suicidio, pero el vicedirector Wilmoth quiere asegurarse."

"¿Tiene alguna razón para pensar que ha sido un asesinato?" preguntó ella.

"Bueno, es el segundo cadáver que se ha hallado al fondo de ese puente en los últimos cuatro días. Seguramente sea un suicidio, si quieres saber mi opinión, pero me han hecho llegar la orden hace una hora, directamente del director Wilmoth. Quiere saberlo con certeza. También quiere que le informemos en cuanto sea posible y que se mantenga en secreto. De ahí la petición de reunirnos aquí en vez de en mi oficina. Si nos viera alguien a ti y a mí fuera de horas de trabajo, asumirían que se trata de lo que está pasando con Ellington o de que tengo alguna tarea especial para ti."

"Así que… ¿voy a Kingsville, averiguo si esto fue un suicidio o un asesinato, y te pongo al día?"

"Sí. Y debido a los últimos acontecimientos respecto a Ellington, irás tú sola. Lo que no debería ser ningún problema porque espero que estés de vuelta esta misma noche diciéndome que fue un suicidio."

"Entendido. ¿Cuándo salgo para allí?"

"Ahora mismo," dijo él. "No hay momento como el presente, ¿verdad?"

CAPÍTULO CUATRO

Mackenzie descubrió que McGrath no había exagerado en lo más mínimo al describir Kingsville, Virginia, como un lugar en medio de la nada. Era un pueblecito que, en cuestión de identidad, se encontraba atrapado en alguna parte entre Deliverance y Amityville. Tenía un tenebroso ambiente rural, pero con ese encanto rústico de pueblecito que la mayoría de las personas se esperaba de los pueblos sureños.

La noche ya había caído por completo para cuando llegó a la escena del crimen. EL puente apareció en lontananza lentamente mientras conducía su coche por una pista estrecha de gravilla. La carretera en sí misma no era una de las que mantenía el estado, aunque tampoco estuviera completamente cerrada al público. Sin embargo, cuando se acercó a menos de cincuenta metros del puente, vio que el departamento de policía de Kingsville había colocado una hilera de caballetes para evitar que nadie fuera más allá. Aparcó junto a unos cuantos coches de la policía local y después hizo pie dentro de la noche. Habían preparado unos cuantos focos, que alumbraban la empinada ribera que había a la derecha del puente.

A medida que se acercaba al punto de la acción, un policía de aspecto juvenil salió de uno de los coches.

"¿Eres la agente White?" preguntó el hombre, dejando que su acento sureño le atravesara el cuerpo como una cuchilla.

"Lo soy," respondió ella.

"Muy bien. Puede que te resulte más fácil caminar al otro lado del puente y bajar por el otro lado de la ribera. Este lado está muy empinado."

Agradecida por el consejo, Mackenzie cruzó el puente. Tomó su pequeña linterna Maglite e inspeccionó la zona mientras la cruzaba. El puente era bastante antiguo, probablemente clausurado hacía ya tiempo para cualquier clase de finalidad práctica. Sabía que había gran número de puentes esparcidos por Virginia y Virginia Occidental que eran muy similares a este. Este puente, llamado Puente de Miller Moon según la rápida investigación que se había arreglado para realizar en las paradas de semáforos por el camino, había sido erigido en 1910 y se había cerrado al público en 1969. Y aunque esa fuera la única información que había sido capaz de obtener sobre el lugar, su investigación actual estaba revelando más detalles.

No había mucho grafiti a lo largo del puente, pero sí que había una considerable cantidad de basura. Tirados por los extremos del puente había botes de cerveza, latas de refrescos, y bolsas vacías de patatas fritas, todas apiladas contra el borde metálico que sostenía los raíles de hierro. El puente no era muy largo tampoco; tenía unos veinticinco metros de largo, lo justo como para conectar las riberas empinadas y sobrepasar el río que había debajo. Resultaba robusto bajo los pies, pero su misma estructura era casi endeble de alguna manera. Era muy consciente de que estaba caminando sobre unos tableros de madera y unas vigas de soporte que se elevaban casi setenta metros en el aire.

Caminó hasta el final del puente, donde comprobó que el oficial de policía tenía razón. El terreno era mucho más manejable a este otro lado. Con ayuda de su Maglite, vio un sendero pateado que se adentraba a través de hierbajos altos. La ribera descendía en un ángulo cercano a los noventa grados, pero había claros de tierra y rocas esparcidas por aquí y por allá que hacían bastante más fácil el descenso.

"Espera un momento," dijo una voz masculina por detrás suyo. Mackenzie miró hacia delante, hacia el brillo de los focos, y vio una sombra que surgía y se dirigía hacia ella. "¿Quién anda ahí?" preguntó el hombre.

"Mackenzie White, del FBI," dijo ella, buscando su placa.

El dueño de la sombra se hizo visible unos momentos después. Era un hombre mayor con una enorme barba hirsuta. Llevaba un uniforme de policía, mientras que la placa sobre su pecho indicaba que se trataba del alguacil de Kingsville. Por detrás de él, podía ver las siluetas de otros cuatro agentes de policía. Uno de ellos estaba sacando fotos y moviéndose lentamente entre las sombras.

"Oh, vaya," dijo él. "Eso fue rápido." Esperó a que Mackenzie se acercara más y entonces le extendió la mano. Le dio un firme apretón y dijo, "Soy el alguacil Tate. Encantado de conocerte."

"Igualmente," dijo Mackenzie mientras llegaba al final de la ribera para encontrarse en un terreno llano.

Se dio unos momentos para examinar la escena, perfectamente iluminada por los focos que se habían colocado a lo largo de las dos riberas del río. Lo primero que notó Mackenzie es que el río apenas lo era en absoluto—al menos no en este lugar debajo del Puente de

Miller Moon. Había lo que parecían unos charcos serpenteantes de agua estancada abrazándose a los laterales y los bordes afilados de rocas y peñascos que ocupaban la zona por la que debería pasar el río.

Uno de los peñascos entre los escombros era enorme, seguramente del tamaño de un par de coches. Estrellado sobre ese peñasco estaba el cadáver. El brazo derecho estaba claramente roto, doblado de manera imposible por debajo del resto del cuerpo. Una corriente de sangre descendía por el peñasco, mayormente seca pero todavía lo bastante húmeda como para que diera la impresión de que estaba circulando.

"Menuda vista, ¿eh?" preguntó Tate, de pie detrás de ella.

"La verdad es que sí. ¿Qué puedes decirme con certeza en este momento?"

"Pues bien, la víctima es un hombre de veintidós años. Kenny Skinner. Por lo que tengo entendido, es familiar de alguien de arriba en tu jerarquía."

"Sí. El sobrino del vicedirector del FBI. ¿Cuántos hombres de los que están aquí en este momento saben eso?"

"Solo yo y mi ayudante," dijo Tate. "Ya hablamos con tus colegas en Washington. Sabemos que hay que mantener esto en secreto."

"Gracias," dijo Mackenzie. "¿Tengo entendido que se descubrió otro cadáver aquí mismo hace unos cuantos días?"

"Hace tres mañanas, sí," dijo Tate. "Una mujer llamada Malory Thomas."

"¿Algún signo de ataque sexual?"

"Bueno, estaba desnuda. Y encontramos su ropa allá arriba sobre el puente. Por lo demás, no había nada. Se asumió que se trataba de otro suicidio."

"¿Tienen muchos de esos por aquí?"

"Sí," dijo Tate con una sonrisa nerviosa. "Podría decirse que sí. Hace tres años, se mataron seis personas saltando de este maldito puente. Fue algún tipo de récord para el lugar en todo el estado de Virginia. Al año siguiente, hubo tres más. El año pasado, fueron cinco."

“¿Eran todos locales?” dijo Mackenzie.

“No. De esos catorce, solo cuatro de ellos vivían en un radio de cincuenta millas.”

“Y que usted sepa, ¿hay quizá algún tipo de leyenda urbana o de razonamiento para que esta gente se quitara la vida saltando de este puente?”

“Oh, sin duda, hay historias de fantasmas,” dijo Tate. “Claro que hay alguna historia de fantasmas asociada con prácticamente cada puente clausurado del país. No sé. Yo culpo a esos dichosos abismos generacionales. Los chicos de hoy en día se sienten ofendidos por algo y creen que quitarse del medio es la respuesta. Es muy triste.”

“¿Y qué me dice de homicidios?” preguntó Mackenzie. “¿Qué porcentaje tienen en Kingsville?”

“El año pasado hubo dos. Y hasta el momento, solo uno este año. Es un pueblo tranquilo. Todo el mundo se conoce y si alguien no te cae bien, uno simplemente se mantiene alejado de esa persona. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te inclinas por el asesinato en este caso?”

“Todavía no lo sé,” dijo Mackenzie. “Dos cadáveres en cuestión de cuatro días, en el mismo lugar. Creo que merece la pena investigarlo. ¿Sabe por casualidad si Kenny Skinner y Malory Thomas se conocían entre ellos?”

“Probablemente. Pero no sé cómo de bien. Como ya he dicho… todo el mundo se conoce aquí en Kingsville. Pero si me estás preguntando si acaso Kenny se mató porque Malory lo hizo, lo dudo mucho. Hay una diferencia de cinco años de edad entre ellos y no andaban con la misma gente que yo sepa.”

“¿Le importa que eche un vistazo?” preguntó Mackenzie.

“Adelante,” dijo Tate, alejándose al instante de ella para unirse a los otros agentes que estaban estudiando la escena.

Mackenzie se acercó al peñasco y al cadáver de Kenny Skinner con aprensión. Cuanto más se acercaba al cadáver, más consciente se hacía del daño que se había hecho. Había visto algunas cosas espeluznantes en su línea de trabajo, pero esta estaba entre las peores.

El ribete de sangre provenía de una zona donde parecía que la cabeza de Kenny se había estrellado contra la roca. Ni se molestó en

examinarlo de cerca porque el negro y el rojo iluminado por los focos no era algo que quería que le regresara a su imaginación más tarde. La fractura masiva en la parte de atrás de su cabeza afectó al resto del cráneo, distorsionando las facciones del rostro. También observó cómo su tórax y su tripa parecían haberse inflado desde dentro.

Hizo lo que pudo para pasar esto por alto, examinando la ropa de Kenny y la piel a la vista en busca de signos de algo más depravado. Bajo la potente pero aun así ineficaz luz de los focos, era difícil estar segura pero después de varios minutos, Mackenzie no pudo encontrar nada. Cuando se alejó, sintió que empezaba a relajarse. Por lo visto, se había puesto tensa mientras observaba el cadáver.

Regresó donde estaba el alguacil Tate, que estaba hablando con otro agente. Sonaban como si estuvieran haciendo planes para notificar a la familia.

“Alguacil, ¿cree que podría encargarse de hacer que alguien reúna los historiales de esos catorces suicidios de los últimos tres años para mí?”

“Claro, puedo hacer eso. Haré una llamada en un segundo y me aseguraré de que estén esperándote en comisaría. Y sabes qué… hay alguien a quien puede que quieras llamar. Hay una señora en el pueblo, trabaja desde casa como psiquiatra y profesora de niños con necesidades especiales. Me ha estado dando la lata el año pasado sobre cómo todos esos suicidios en Kingsville no pueden ser simplemente suicidios. Puede que te ofrezca algo que no encuentres en los informes.”

“Eso estaría genial.”

“Haré que incluyan su información de contacto en los informes. ¿Estás bien aquí?”

“Por ahora, sí. ¿Me puedes dar tu número de teléfono para contactar más fácilmente?”

“Claro, pero este maldito aparato me falla a veces, necesito actualizarme. Debería haberlo hecho hace unos cinco meses. Así que, si me llamas y la llamada va directamente al buzón de voz, no es que te esté ignorando. Te llamaré de inmediato. Odio los teléfonos móviles de todos modos.”

Después de su perorata sobre la tecnología moderna, Tate le dio su número de móvil y Mackenzie lo guardó en su teléfono.

“Te veo por ahí,” dijo Tate. “Por ahora, el forense está de camino. Estaré realmente contento cuando podamos mover ese cadáver.”

Parecía algo insensible que decir, pero cuando Mackenzie volvió a mirarlo y vio el estado ensangrentado y fracturado del cadáver, no pudo evitar sentir que estaba totalmente de acuerdo.

CAPÍTULO CINCO

Eran las 10:10 cuando entró a la comisaría. El lugar estaba absolutamente muerto, el único movimiento provenía de una mujer de aspecto aburrido que estaba sentada a un escritorio—que Mackenzie asumió hacía las veces de servicios de emergencia del Departamento de Policía de Kingsville—y dos agentes que hablaban animadamente de política en un pasillo detrás del escritorio de la mujer.

A pesar del aspecto dejado del lugar, parecía estar bien llevado. La mujer en el centro de servicios de emergencia ya había copiado los informes que había mencionado el alguacil Tate y los tenía en una carpeta esperando a que llegara Mackenzie. Mackenzie le dio las gracias y entonces le preguntó por algún hotel en la zona. Por lo visto, solo había un motel en Kingsville, a menos de dos millas de distancia del departamento de policía.

Diez minutos después, Mackenzie estaba abriendo la puerta de su habitación en el Motel 6. Sin duda alguna, se había alojado en sitios peores durante su periodo como agente del FBI, pero no era probable que este fuera a recibir comentarios espectaculares en Yelp o en Google. Le prestó poca atención al estado minimalista de la habitación, dejando los archivos sobre la mesita que había junto a la cama individual y sin perder ni un minuto para ponerse a repasarlos.

Hizo algunas anotaciones propias mientras leía los archivos. Lo primero y quizá más alarmante que descubrió fue que de los catorce suicidios que habían tenido lugar en los últimos tres años, once habían tenido lugar en el Puente de Miller Moon. Los otros tres incluían dos suicidios por arma de fuego y un solo caso de alguien que se había colgado de la viga de un ático.

Mackenzie sabía lo bastante sobre pueblos pequeños como para entender el atractivo de un hito rural como el Puente de Miller Moon. Su historia y el misterio general de su abandono eran atrayentes, sobre todo para los adolescentes. Y, como mostraban los informes enfrente de ella, seis de los catorce suicidios habían sido de chicos menores de veintiún años.

Echó una ojeada a los informes; aunque no eran tan detallados como le hubiera gustado, estaban por encima de lo que cabía esperar de los departamentos de policía locales de pueblos pequeños. Anotó varias cosas, creando una lista exhaustiva de detalles que le pudieran

ayudar a llegar al fondo de las múltiples muertes que estaban asociadas con el Puente de Miller Moon. Tras una hora más o menos, tenía lo suficiente como para fundamentar algunas opiniones generales.

En primer lugar, de los catorce suicidios, exactamente la mitad habían dejado notas. Las notas dejaban claro que habían tomado la decisión de terminar con sus vidas. Cada informe tenía una fotocopia de la carta y todas ellas expresaban lamentaciones de alguna u otra forma. Decían a sus seres queridos que los querían y expresaban desgracias que no habían podido superar.

Los otros siete casi podían ser considerados como clásicos casos de sospecha de asesinato: cuerpos que se descubrieron de repente, en muy mal estado. Uno de los suicidios, una chica de diecisiete años, había mostrado pruebas de actividad sexual reciente. Cuando hallaron el DNA de su pareja en su cuerpo, él había proporcionado pruebas en forma de mensajes de texto de que ella había venido a su casa, habían tenido relaciones sexuales, y después se había marchado. Y por lo que parecía, ella se había tirado desde el Puente de Miller Moon unas tres horas después.

El único caso de los catorce que podía entender que hubiera provocado algún tipo de investigación más a fondo era el triste y desafortunado suicidio de un chico de dieciséis años. Cuando le habían encontrado sobre esas rocas ensangrentadas debajo del puente, había moratones en su pecho que no encajaban con ninguna de las heridas que hubiera podido sufrir debido a la caída. En unos pocos días, la policía había descubierto que el chico había recibido palizas habituales de su padre alcohólico que, tristemente, había tratado de suicidarse tres días después del descubrimiento del cadáver de su hijo.

Mackenzie terminó su sesión de investigación con el informe recién recopilado sobre Malory Thomas. Su caso destacaba un poco de los demás debido a que la habían encontrado desnuda. El informe mostraba que habían hallado sus ropas en una pila bien ordenada sobre el puente. No había signos de abusos, ni de actividad sexual reciente, o de juego sucio. Por una u otra razón, simplemente parecía que Malory Thomas había decidido dar ese salto como vino al mundo.

Eso resulta raro, pensó Mackenzie. Fuera de lugar, la verdad. Si te vas a quitar la vida, ¿por qué querrías estar así de expuesta cuando encontraran tu cadáver?

Lo consideró por un momento y entonces se acordó de la

psiquiatra que había mencionado Tate. Claro que, como ya era casi medianoche, era demasiado tarde para llamarle por teléfono.

Medianoche, pensó. Miró su teléfono, sorprendida de que Ellington no hubiera tratado de contactar con ella. Se imaginó que estaba actuando de manera inteligente—y que no quería molestarle hasta que creyera que se encontraba en un buen punto emocional. Y honestamente, ella no estaba segura de dónde se encontraba. Así que él había cometido un error en su vida mucho antes de conocerla… ¿por qué diablos debería enfadarse tanto por algo así?

No estaba segura, pero sabía que lo estaba… y en ese momento, eso era todo lo que realmente importaba.

Antes de prepararse para irse a dormir, miró la tarjeta de visita que la mujer de comisaría había colocado dentro del archivo. Tenía el nombre, el número, y la dirección de email de la psiquiatra local, la doctora Jan Haggerty. Con la intención de estar tan preparada como fuera posible, Mackenzie le envió un email, diciéndole a la doctora Haggerty que estaba en el pueblo, por qué estaba aquí, y pidiéndole que se reunieran en cuanto fuera posible. Mackenzie pensó que, si no había recibido una llamada de Haggerty para las nueve de la mañana, le llamaría ella misma.

Antes de apagar las luces, pensó en llamar a Ellington, solo para ver cómo estaba. Le conocía muy bien; seguramente estaba dándose una fiesta de autocompasión, tomándose varias cervezas con planes de quedarse frito en el sofá.

Pensar en él en este estado le facilitó mucho más la decisión. Apagó las luces y, en la oscuridad, empezó a sentir que se encontraba en un pueblo que era más tenebroso que los demás. El tipo de pueblo que escondía algunas cicatrices horrendas, condenadas a la oscuridad eterna no debido al ambiente rural sino gracias a cierto hito que había en una pista de gravilla a unas seis millas de donde reposaba su cabeza en este preciso instante. Y a pesar de que hizo lo que pudo para despejar la mente, se quedó dormida con imágenes de adolescentes suicidándose, saltando desde lo alto del Puente de Miller Moon.

CAPÍTULO SEIS

Mackenzie se despertó sobresaltada por el sonido de su teléfono móvil. El reloj de la mesita le informó de que eran las 6:40 cuando extendió la mano para agarrarlo. Vio el nombre de McGrath en la pantalla, tuvo solo el tiempo suficiente para desear que hubiera sido Ellington en vez de él, y entonces lo respondió.

"Aquí la Agente White."

"White, ¿dónde estamos en lo que se refiere al caso del sobrino del director Wilmoth?"

"Pues bien, en este momento parece que sea un suicidio bastante claro. Si todo sale como creo que va a salir, debería estar de regreso en DC esta tarde."

"¿Nada de juego sucio?"

"Por lo que puedo ver, no. Si no le importa que le pregunte… ¿está buscando el director Wilmoth juego sucio?"

"No, pero seamos realistas… un suicidio en la familia de un hombre de su posición no va a tener buena pinta. Solo quiere los detalles antes de que los obtenga el público."

"Mensaje recibido."

"White, ¿acaso te he despertado?" le preguntó bruscamente.

"Por supuesto que no, señor."

"Mantenme informado sobre todo esto," dijo antes de terminar la llamada.

Maldita manera de despertarse, pensó Mackenzie mientras salía de la cama. Se fue a la ducha y cuando terminó, envuelta en una toalla, salió del cuarto de baño al escuchar que sonaba su teléfono de nuevo.

No reconoció el número, así que lo respondió de inmediato. Con el pelo todavía húmedo, respondió: "Al habla la agente White."

"Agente White, soy Jan Haggerty," dijo una voz de tono sombrío. "Acabo de leer su email."

“Gracias por responderme tan deprisa,” dijo Mackenzie. “Ya sé que es mucho pedir para alguien con su profesión, pero ¿hay alguna manera de que nos pudiéramos reunir para charlar en algún momento del día?”

“Eso no es ningún problema,” dijo Haggerty. “Mi consulta está en mi casa y hoy no tengo mi primera cita hasta las nueve y media de la mañana. Si me da media hora más o menos para prepararme para el día, puedo verla esta misma mañana. Prepararé algo de café.”

“Suena estupendo,” dijo Mackenzie.

Haggerty le dio a Mackenzie su dirección y terminó la llamada. Con media hora por delante, Mackenzie decidió hacer lo más adulto y llamar a Ellington por teléfono. No les haría ningún bien a ninguno de los dos esconderse del asunto que tenían entre manos y simplemente esperar que el otro se olvidara de ello o que lo pudiera barrer debajo de la alfombra sin más.

Cuando le respondió a la llamada, sonaba cansado. Mackenzie asumió que le había despertado, lo que no era del todo sorprendente ya que solía dormir hasta tarde cuando estaba libre. Pero también estaba bastante segura de que detectaba algo de esperanza en su voz.

“Hola,” le dijo.

“Buenos días,” dijo ella. “¿Cómo estás?”

“No lo sé,” dijo Ellington casi al instante. “Malhumorado sería la mejor manera de describirlo, pero sobreviviré. Cuantas más vueltas le doy, más seguro estoy de que esto se acabará desvaneciendo. Tendré una pequeña mancha en mi historial, pero siempre y cuando pueda volver al trabajo, creo que me las arreglaré. ¿Qué hay de ti? ¿Cómo va tu caso super secreto?”

“Prácticamente terminado, creo,” dijo ella. Cuando le había llamado la noche anterior de camino a Kingsville, no había compartido demasiada información con él, diciéndole solo que no se trataba de un caso en el que ella corriera ningún peligro. También tuvo cuidado de no divulgar demasiada información por ahora. A veces esto solía pasar entre agentes cuando un caso estaba cerrado o a punto de concluirse.

“Bien,” dijo él. “Porque no me gusta como terminaron las cosas entre nosotros cuando te fuiste. Yo… en fin, no sé por qué necesito disculparme. Pero sigo creyendo que te he hecho un flaco favor con

todo este asunto.”

“Es lo que hay,” dijo Mackenzie, odiando el sonido de un cliché como este saliendo de sus labios. “Debería estar de regreso esta noche. Podemos hablar de ello después.”

“Suena bien. Ten cuidado.”

“Tú también,” dijo ella con una risa forzada.

Terminaron la llamada y aunque se sentía un poco mejor después de hablar con él, no podía negar la tensión que todavía sentía. Sin embargo, no se permitió tomarse un tiempo para considerarlo. Se dirigió hacia Kingsville en busca de algo que comer para pasar el tiempo que le quedaba antes de ir a casa de la doctora Haggerty.

***

La doctora Haggerty vivía sola en una casa de dos plantas de estilo colonial. Estaba asentada en el centro de un hermoso jardín delantero. Un grupo frondoso de encinas y robles en el patio de atrás rodeaban la casa por detrás como si se tratara de una sombra provista por la propia naturaleza. La doctora Haggerty se encontró con Mackenzie en la puerta principal con una sonrisa y el aroma de café fuerte recién hecho que venía de la cocina. Parecía tener cincuenta y muchos, con una melena de cabello que todavía se las arreglaba para mantener la mayoría de su castaño claro. Sus ojos le escudriñaron a Mackenzie desde detrás de un par de pequeñas gafas. Cuando invitó a Mackenzie a pasar adentro, hizo gestos a través de la puerta con sus brazos raquíticos y una voz que apenas era más alta que un susurro.

“Gracias de nuevo por quedar conmigo,” dijo Mackenzie. “Sé que le avisé con poco tiempo.”

“No se preocupe en absoluto,” dijo ella. “Entre usted y yo, espero que podamos encontrar razones suficientes como para que hagamos que el alguacil Tate le dé la lata al condado para que derriben ese maldito puente.”

Haggerty sirvió una taza de café a Mackenzie y las dos mujeres se sentaron a la mesita en un pintoresco rincón de desayuno adyacente a la cocina. Un ventanal al lado de la mesa daba a esos robles y encinas del patio de atrás.

"¿Presumo que ya le han informado de las noticias de ayer por la tarde?" preguntó Mackenzie.

"Así es," dijo Haggerty. "Kenny Skinner. De veintidós años, ¿no es cierto?"

Mackenzie asintió mientras le daba un sorbito al café. "Y también Malory Thomas varios días antes. Entonces… ¿puede decirme por qué ha estado dándole la lata al alguacil sobre ese puente?"

"Bueno, Kingsville tiene muy poco que ofrecer. Y aunque nadie en los pueblos pequeños guste de admitirlo, lo cierto es que estos pueblos no ofrecen nada a los adolescentes y a los adultos jóvenes. Y cuando eso sucede, estos hitos morbosos como el Puente de Miller Moon se hacen icónicos. Si echa un vistazo a los historiales del pueblo, ha habido gente que se ha quitado la vida en ese puente desde 1956, cuando todavía estaba abierto al tránsito. Los chicos de hoy en día están expuestos a tanta negatividad y problemas de autoestima que algo tan icónico como ese puente se puede acabar convirtiendo en mucho más. Los niños que están buscando una salida del pueblo van al extremo y ya no se trata de escapar del pueblo… sino de escapar de la vida."

"Entonces… ¿usted cree que el puente les da a los niños suicidas una salida fácil?"

"No una salida fácil," dijo Haggerty. "Es casi como una luz para ellos. Y todos los que han saltado del puente previamente les han abierto el camino. Ese puente ya ni siquiera es un puente. Es una plataforma de suicidio."

"Anoche, el alguacil Tate también dijo que le parece difícil de creer que todos estos suicidios sean simplemente suicidios. ¿Me lo puede explicar mejor?"

"Sí… y creo que puedo utilizar a Kenny Skinner como ejemplo. Kenny era un chico popular. Entre usted y yo, seguramente no iba a llegar a hacer nada extraordinario. Probablemente estaría perfectamente bien pasándose el resto de su vida aquí, trabajando en la Tienda de Repuestos de Tractores y Neumáticos de Kingsville. Pero tenía una buena vida aquí, ¿sabe? Por lo que yo sé, era un chico bastante popular con el sexo opuesto y en un pueblo como este—diablos, en un condado como este—eso prácticamente garantiza algunos fines de semana bastante divertidos. Hablé personalmente con Kenny el mes pasado cuando pasé con el coche por encima de una

punta. Él lo arregló para mí. Era amable, estaba riéndose todo el tiempo, un chico con buenos modales. Me resulta difícil de creer que se matara de tal manera. Y si regresa a la lista de personas que han saltado de ese puente en los últimos tres años, hay al menos uno o dos que me resultan de lo más sospechoso… gente a la que jamás hubiera imaginado suicidándose.”

“Así que ¿usted cree que hubo juego sucio en esos casos?” preguntó Mackenzie.

Haggerty se tomó un momento antes de responder. “Es una sospecha que tengo, pero no me sentiría cómoda diciendo algo como eso con absoluta certeza.”

“¿Y asumo que esa sensación se basa en su opinión profesional y no solo se trata de alguien apenado porque haya tantos suicidios en su pueblecito?” preguntó Mackenzie.

“Eso es correcto,” dijo Haggerty, pero pareció hasta un tanto ofendida por la naturaleza de la pregunta.

“Por casualidad, ¿acaso atendió en alguna ocasión a Kenny Skinner o a Malory Thomas como clientes?”

“No. Ni a ninguna de las otras víctimas desde al menos 1996.”

“Entonces, ¿ha conocido al menos a una de las personas que se han suicidado en el puente?”

“Sí, en una ocasión. Y en ese caso, lo vi venir. Hice todo lo que pude para convencer a la familia de que ella necesitaba ayuda. Sin embargo, para cuando me las arreglé para conseguir que lo pensaran, se tiró del puente. Verá… en este pueblo, el Puente de Miller Moon es sinónimo con suicidio. Y por eso me gustaría que el condado lo derribara.”

“¿Porque le parece que básicamente atrae a cualquiera que tenga pensamientos suicidas?”

“Exactamente.”

Mackenzie percibió que la conversación había terminado. Y eso le parecía bien. Podía decir de inmediato que la doctora Haggerty no era la clase de persona que exagerara las cosas solo para que le escucharan. Aunque había tratado de quitarle importancia por miedo a equivocarse, Mackenzie estaba bastante segura de que Haggerty

creía firmemente que al menos algunos de los casos no eran suicidios.

Y ese atisbo de escepticismo era todo lo que necesitaba Mackenzie. Si había incluso la más leve posibilidad de que cualquiera de los últimos dos cadáveres fueran asesinatos y no suicidios, quería saberlo con certeza antes de regresar a DC.

Terminó con el café, le dio las gracias a la doctora Haggerty por su tiempo, y se dirigió de vuelta a la calle. De camino al coche, miró al bosque que bordeaba la mayor parte de Kingsville. Miró hacia el oeste, donde se escondía el Puente de Miller Moon al fondo de una serie de carreteras secundarias y una pista de gravilla que parecía indicar que todos los que la transitaban estaban llegando al final de algo.

Mientras pensaba en esas rocas manchadas de sangre al fondo del puente, la comparación le provocó un escalofrío en el corazón.

La alejó de sí, dando marcha al motor y sacando el teléfono móvil. Si iba a obtener una respuesta definitiva sobre todo esto, necesitaba tratarlo como si fuera un caso de asesinato. Y con esa mentalidad, se imaginó que necesitaba empezar a hablar con los familiares de los recientemente fallecidos.

CAPÍTULO SIETE

Antes de visitar a la familia de Kenny Skinner, Mackenzie telefoneó a McGrath para obtener permiso explícito. Su respuesta fue breve, clara y concisa: No me importa si tienes que hablar con alguien del maldito equipo de béisbol de la Liga Infantil, solo que averigües lo que pasa.

Esa confirmación le empujó a la residencia de Pam y Vincent Skinner. Por lo que McGrath le había explicado, Pam Skinner solía llamarse Pam Wilmoth. Hermana mayor del director Wilmoth, trabajaba desde casa como especialista en propuestas para una agencia del medio ambiente. Por lo que se refería a Vincent Skinner, era el propietario de la Tienda de Repuestos de Tractores y Neumáticos de Kingsville, y había empleado a su hijo Kenny desde que tenía quince años.

Cuando Mackenzie llamó a la puerta, ninguno de los Skinner salió a recibirla. En vez de ellos, salió el pastor de la Iglesia Presbiteriana de Kingsville. Cuando Mackenzie le mostró su placa y le dijo por qué estaba allí, la dejó pasar y le pidió que esperara en el recibidor. La familia Skinner vivía en una bonita casa en una esquina de lo que asumió se consideraba como el centro urbano de Kingsville. Podía oler a algo que se estaba cocinando, cuyo aroma salía de un largo pasillo. En alguna otra parte de la casa, podía escuchar cómo sonaba un teléfono móvil. También escuchaba la voz apagada del pastor, mientras les decía a Pam y a Vincent Skinner que había llegado una señora del FBI para hacerles unas cuantas preguntas sobre Kenny.

Llevó unos cuantos minutos, pero finalmente, salió Pam Skinner a saludarla. La mujer tenía el rostro enrojecido de llorar y daba la impresión de que no había pegado ojo la noche anterior. “¿Es usted la agente White?” le preguntó.

“Así es.”

“Gracias por venir,” dijo Pam. “Mi hermano me dijo que vendría en algún momento.”

“Si es demasiado pronto, puedo—”

“No, no, quiero contárselo ahora,” dijo ella.

“¿Está su marido en casa?”

“Ha optado por quedarse en la sala de estar con el pastor. Vincent se lo tomó realmente mal. Se desmayó dos veces anoche y atraviesa estos momentos en que simplemente se niega a creer lo que ha pasado y—”

Como si llegara de la nada, un enorme sollozo se escapó de la garganta de Pam y se apoyó contra la pared. Detuvo su respiración y reprimió lo que Mackenzie podía asegurar era su pena que trataba de salir a la superficie.

“Señora Skinner… puedo volver más tarde.”

“No. Ahora, por favor. Me he tenido que mantener entera toda la noche para Vincent. Puedo arreglármelas para hacerlo unos cuantos minutos más para usted. Pero… venga a la cocina.”

Mackenzie siguió a Pam Skinner por el pasillo hasta la cocina, donde Mackenzie empezó a reconocer el aroma que había percibido antes. Por lo visto, Pam había metido unos bollos de canela al horno, quizá en un intento de seguir posponiendo su sufrimiento por su marido. Pam los echó un vistazo con pocas ganas mientras Mackenzie se sentaba en un taburete junto a la barra de la cocina.

“Hablé con la doctora Haggerty por la mañana,” dijo Mackenzie. “Ha estado presionando para que derriben el Puente de Miller Moon. El nombre de su hijo surgió en la conversación, Dijo que le parece muy difícil de creer que Kenny se hubiera quitado la vida.”

Pam asintió con firmeza. “Y tiene toda la razón. Kenny nunca se hubiera quitado la vida. La idea es absolutamente ridícula.”

“¿Tiene alguna razón válida y contundente para sospechar que alguien quisiera hacerle daño a su hijo?”

Pam sacudió la cabeza, tan furiosamente como había asentido hacía unos instantes. “He pensado en ello toda la noche. Y me trajo a la mente algunas verdades desagradables sobre Kenny, por supuesto. Hay unos cuantos chicos que no le aprecian demasiado porque Kenny solía quitarles la novias a muchos de ellos. Pero nunca llegó a nada serio.”

“Y las últimas semanas, ¿no le ha oído decir algo a Kenny o quizá le ha visto actuar de cierta manera que pudiera indicar que estaba teniendo pensamientos de hacerse daño?”

“No. Nada de eso. Incluso cuando Kenny estaba de mal humor, se

las arreglaba para iluminar una habitación. Rara vez se enfadaba por nada. No era un chico perfecto, pero por Dios santo, no creo que hubiera ni una onza de odio o de ira dentro de él. Simplemente me resulta más allá de lo comprensible pensar que se haya quitado la vida."

Se le escapó otro sollozo de la garganta entre las palabras quitado y la vida.

"¿Sabe si tenía algún tipo de vínculo con ese puente?" preguntó Mackenzie.

"No más que otros adolescentes y adultos jóvenes del pueblo. Estoy segura de que en ocasiones bebió o flirteó allá abajo, pero nada fuera de lo normal."

Mackenzie podía percibir cómo el dique estaba a punto de romperse dentro de Pam Skinner. Un minuto o dos más y ella se derrumbaría.

"Una pregunta más, y por favor sepa que he de hacerla. ¿Cómo de segura está de que conocía bien a su hijo? ¿Cree que pueda haber alguna clase de secretos de una vida oculta que estuviera manteniendo a escondidas de usted y de su marido?"

Se quedó pensativa por un instante mientras le corrían las lágrimas por las mejillas. Lentamente, dijo: "Supongo que todo es posible, pero si Kenny estaba escondiendo una segunda vida de nosotros, lo estaba haciendo con la pericia de un espía. Y aunque era un gran chico, no se comprometía mucho con las cosas. Que hubiera escondido algo como esto…"

"La entiendo," dijo Mackenzie. "Le voy a dejar para que procese esto ahora, pero por favor, si se le ocurre cualquier otra cosa en los próximos días, llámeme de inmediato."

Dicho eso, Mackenzie se puso en pie y colocó su tarjeta de visita sobre el mostrador. "Lamento muchísimo su pérdida, señora Skinner."

Mackenzie salió deprisa pero no de manera grosera. Podía sentir el peso de la pérdida familiar hasta que estuvo afuera, con la puerta cerrada detrás suyo. Incluso entonces, de camino al coche, podía escuchar los sonidos de Pam Skinner finalmente entregándose a su pesar. Era increíblemente abrumador y le rompió un poco el corazón a Mackenzie.

Hasta cuando ya estaba en la salida a la carretera, el ruido de los sollozos de Pam Skinner le recorría la mente como una brisa de otoño azotando las hojas muertas en una calle abandonada.

CAPÍTULO OCHO

No había un solo forense en todo el condado. Lo que es más, la oficina del examinador médico se encontraba a una hora y media de Kingsville, en Arlington. En vez de conducir de regreso a DC para probablemente acabar regresando a Kingsville, Mackenzie volvió a su habitación de motel y realizó una serie de llamadas. Diez minutos más tarde, estaba llamando para comenzar una sesión en Skype con el forense que había supervisado los cadáveres de Malory Thomas y Kenny Skinner. El cadáver de Kenny Skinner todavía no estaba completamente preparado y listo para ser evaluado lo cual dificultaba las cosas todavía más. Aun así, Mackenzie comenzó la llamada y esperó a la respuesta. El hombre que le respondió era alguien con quien Mackenzie había trabajado unas pocas veces en otros casos, un hombre de mediana edad con pelo canoso enervado llamado Barry Burke. Era agradable ver un rostro familiar después de la mañana que había pasado. Todavía no se había quitado del todo de encima los sonidos de la pérdida que habían salido de Pam Skinner mientras ella dejaba la casa.

“Hola, agente White,” dijo Burke.

“Hola. Me dicen que todavía no hay gran cosa que podamos decir del cadáver de Kenny Skinner, ¿no es cierto?”

“Me temo que sí. A riesgo de sonar algo bestia, es algo realmente horrible. Si me dices lo que estás buscando lo puedo poner a la cabeza de la lista de prioridades.”

“Cualquier arañazo o moratón reciente. Cualquier signo de que pudiera haberse metido en una pelea.”

“Muy bien, lo haré. Y entonces… entiendo que necesitas saber lo mismo sobre Malory Thomas, ¿verdad?”

“Así es. ¿Tienes alguna cosa?”

“Pues mira por donde, puede que sí. Odio decirlo, pero cuando recibimos un cadáver qué obviamente es de alguien que se ha suicidado, hay ciertas cosas que al instante van al fondo de nuestra lista de prioridades. Y sí… encontramos algo en Malory Thomas que, honestamente, podría no tratarse de nada, pero si estás buscando arañazos…”

“¿Qué es lo que tienes?”

“Dame un segundo y te envío una foto,” le dijo. Él pulsó unas cuantas veces y entonces surgió el icono del sujetapapeles en la ventana de Skype.

Mackenzie hizo clic en él y se abrió un JPEG en su pantalla. Estaba mirando la parte inferior de la mano derecha de Malory Thomas.

Mackenzie amplió la foto y al instante vio a lo que se refería Burke. Entre el primero y el segundo nudillo de 3 de sus dedos había cortes y laceraciones muy claras. Los cortes eran de aspecto desigual y aunque no estaban ensangrentados resultaban espeluznantes y crudos. Había dos arañazos muy grandes en la parte superior de la palma de su mano que también parecían ser bastante recientes. Por último, parecía haber algún tipo de muesca leve en la carne de la mano, justo por encima de la palma en forma de un pequeño semicírculo. Por alguna razón, esta destacaba entre todas las demás. Resultaba extraña, y por lo general eso quería decir que se trataba de la pista que andaba buscando.

“¿Te ayuda esto en algo?” dijo Burke.

“Todavía no lo sé,” dijo Mackenzie. “Pero es más de lo que tenía hace un minuto.”

“También puede que esto sea importante… un segundo.” Burke se alejó de su escritorio durante unos 10 segundos y entonces regresó de nuevo frente a la pantalla. Llevaba en la mano una pequeña bolsa de plástico. Dentro de ella había lo que parecía ser un trozo de corteza de árbol. Lo sostuvo frente a la cámara. Mackenzie vio un pedazo de madera de una pulgada de ancho y pulgada y media de largo.

“Esto estaba en su cabello,” dijo Burke. “Y la única razón por la que nos resultó interesante es porque fue la única pieza que encontramos en su cabello. Normalmente, cuando se encuentra algo así en un cadáver, hay una gran cantidad. Esquirlas de madera, gravilla cosas así, pero este era el único trozo.”

“Pregunta extraña para ti,” dijo Mackenzie. “¿Puedes tomar una foto de eso y enviármela por email?”

“Uf, esa es una de las peticiones menos extrañas que he recibido esta semana. Privilegios de la profesión ya sabes.”

“Gracias por la reunión,” dijo Mackenzie. “¿Tienes idea de cuándo vas a poder echar un vistazo más a fondo a Kenny Skinner?”

“Espero que en unas pocas horas.”

“Espero estar de regreso en DC esta noche. Te llamaré cuando regrese y ojalá pueda pasarme por allí.”

Tras acordar estos planes, concluyeron la llamada. Mackenzie envió por email la foto de la mano de Malory Thomas a su teléfono móvil y entonces salió de casa. Pensaba en los arañazos y en esa muesca apenas visible en la mano de la mujer, además de la pieza de madera. Sin duda alguna, todo esto significaba algo… podía sentir como trataba de encajar dentro de su cabeza.

En vez de devanarse los sesos en el motel, pensó que no habría mejor lugar para repasarlo que la misma escena del supuesto crimen. Su única esperanza era que el puente de Miller Moon fuera menos sombrío y siniestro a la luz del día.

***

Cuando llego al desvío que llegaba a la pista de gravilla que acababa en el Puente de Miller Moon, se alegró de ver un coche de la policía del condado aparcado al volver del puente. El agente de aspecto aburrido levantó la vista cuando ella aparcó su coche. Le mostró su placa y él le hizo una señal con la mano después de hacer un esfuerzo para mirarla de lejos.

Después de unos 400 metros se encontró con una señal que decía: FIN DE MANTENIMIENTO ESTATAL. Era en ese punto en que la pista se hacía poco más que un camino de gravilla. Se lo tomó con calma, escuchando los crujidos de los pedruscos debajo del coche que iba levantando polvo a su paso. Después de otra milla, se hicieron visibles los puntales blancos del Puente de Miller Moon, que se elevaban ligeramente en el aire en ángulo diagonal. Dobló una curva y entonces vio el puente entero que se expandía por encima del abismo debajo del cual corría un lecho de río muy seco. Aunque no parecía tan escalofriante a la luz del día, sin duda alguna la estructura mostraba su antigüedad.

Aparcó a varios metros de distancia de donde comenzaban los tablones de madera. Trató de imaginarse cómo hubiera sido conducir un coche hasta el otro lado de este puente hace 30 o 40 años y el mero

pensamiento le aterrorizó. Cuando puso el pie en los tableros miró hacia el otro lado. Había dos barreras de cemento que serían de poco más de un metro de largo entre el final del puente y el principio de una carretera que claramente ya no estaba en uso. Parecía literalmente que estuviera poniendo el pie en el mismísimo fin del mundo donde todo llegaba a su final.

Mientras caminaba lentamente por el puente, buscó la foto de la mano de Malory. También abrió el archivo adjunto que le había enviado Burke por email después de su conversación en Skype. Abrió la imagen de la pieza de madera, para tener las dos a la vista. No tenía ni idea de lo que estaba buscando, pero sentía la confianza de que sabría lo que era cuando sus ojos lo vieran.

Y resulta que no tardó mucho en hacerlo.

Caminó como unos tres metros por el puente cuando notó la disposición de las vigas y los puntales que recorrían los laterales del puente. Por supuesto, todos ellos iban por debajo para hacer de soporte, pero al otro lado de los raíles blancos que separaban el puente del espacio abierto que le seguía, había un puntal de hierro que sobresalía unos 60 centímetros del puente. Era lo bastante ancho como para que alguien se pusiera allí de pie.

Echó un vistazo al resto del puente y contó tres puntales distintos. Se acercó al raíl y se agachó para echar un vistazo más de cerca. El puntal que había delante de ella soportaba otros 5 puntales más pequeños que pasaban por debajo del puente. Los más pequeños estaban unidos a los más grandes con tornillos grandes, y los tornillos estaban cubiertos de lo que parecían ser unas cubiertas de metal lisas, gastadas y oxidadas por el tiempo.

Mackenzie miró la foto de la palma de la mano de Malory, ampliando la muesca que había en la piel. Ligeramente circulares, las curvas se asemejaban mucho a la circunferencia de las cubiertas metálicas en los puntales.

Pasó el dedo con cuidado por la cubierta metálica. Sin duda, estaba alisada—y seguramente la habían colocado allí para ocultar el borde más áspero del tornillo industrial que habían utilizado para enganchar los puntales—pero los extremos de las cubiertas estaban ásperos en los bordes.

Mackenzie se puso de pie y lentamente caminó un poco más allá del fondo. Vio la misma disposición, una y otra vez. Cinco tornillos,

cuyos extremos estaban cubiertos por esas cubiertas lisas de hierro. Entonces había una apertura en la disposición de las cubiertas y después había otras cinco. Contó 3 grupos de 5 en el primer puntal de hierro, y después 5 en el siguiente.

Sin embargo, no llegó al tercer puntal de hierro de la última parte del puente. Cuando estaba a mitad de camino por el puente, llegó junto a donde la base de madera del marco del puente sobresalía solamente un poquito por debajo del puntal de hierro. No demasiado... quizás 3 pulgadas, pero esto fue suficiente para que Mackenzie se diera cuenta de que las vigas y los puntales por debajo del puente estaban parcialmente hechos de madera—quizás se tratara solamente del marco original o de una construcción adicional.

Se puso de nuevo de rodillas y se inclinó un poco sobre los raíles de seguridad. Pasó su mano por el trozo de madera que estaba a la vista. Era viejo y estaba descascarillado, pero resultaba bastante duro. Comparó el color y la textura de la madera con la pieza que Burke le había mostrado. Incluso con el brillo de su teléfono, podía afirmar que se trataba de los mismos.

Claro que, si ella saltó, ¿cómo diablos llegó a su cabello?

Estaba bastante segura de que la foto de la palma de la mano de Malory respondería a esa pregunta.

Y si la marca de una de esas cubiertas estaba en la palma de su mano, es porque ella no saltó. Estaba colgada del puente... quizá tratando de salvarse a sí misma. Y el trozo de madera en su cabello… si estaba colgada de este mismo punto, no es difícil de creer que un pequeño trozo de esta madera tan vieja hubiera acabado en su cabello mientras ella trataba de agarrarse con más fuerza.

Deslizó su dedo sobre las 5 cubiertas en el puntal que tenía delante, una por una. Cuando llegó a la penúltima, notó una aspereza en el borde de la cubierta. Sin duda era lo bastante como para hacer esas marcas tan leves en la mano de Malory.

Con el corazón saltándole en el pecho, Mackenzie miró por encima de los raíles. Las rocas que habían acabado matando a Malory Thomas y Kenny Skinner aguardaban allí abajo. Hasta desde esta altura, podía ver la descoloración donde había habido sangre hacía menos de 12 horas.

Estoy justo donde ellos estuvieron, pensó Mackenzie. *Estuvieron aquí*

mismo de pie unos momentos antes de morir.

Entonces volvió a mirar la foto de la muesca en la palma de la mano de Malory, y volvió a mirar las cubiertas de los tornillos. Y corrigió ese pensamiento: Estuvieron aquí mismo de pie unos momentos antes de ser asesinados.

CAPÍTULO NUEVE

Mackenzie no tenía recepción en el teléfono hasta que regresó a la pista de gravilla, por lo que no pudo llamar a McGrath para darle las noticias hasta diez minutos después. Su secretaria le dijo que se encontraba fuera de su despacho y que no respondía al teléfono. Decidió no dejarle ningún mensaje y, en vez de ello, llamó al alguacil Tate.

Tate tampoco le respondió, pero cuando le salió el buzón de voz, se acordó de que le había dicho que su teléfono desfasado estaba comportándose mal. Colgó, frustrada, pero antes de que le diera tiempo a enfadarse, Tate le llamó directamente de vuelta.

"Ya te lo dije," dijo él. "Este maldito teléfono. De todos modos, ¿qué puedo hacer por ti, agente White?"

"¿Con que rapidez nos podemos encontrar en la comisaría con algunos de tus mejores hombres?"

"Estoy en la comisaría ahora mismo. Y si se refiere a Kenny Skinner, entonces la única otra persona que lo sabe es mi ayudante, como te dije anoche. Puedo hacer que regrese aquí en unos veinte minutos. ¿Por qué? ¿Qué pasa?"

"Hay unas cuantas cosas de las que te quiero informar."

"¿Encontraste algo?" le preguntó, con curiosidad instantánea. También sonaba un tanto excitado y Mackenzie no supo muy bien cómo tomárselo.

"La verdad es que prefiero esperar hasta que nos veamos allí. A propósito… ¿tienes alguna manera de que pueda llamar a DC?"

"Solo tenemos un viejo teléfono de botones. Podemos poner una conferencia con alguien si hace falta."

Se sintió un poco consentida cuando esto le decepcionó. Sin embargo, le dio las gracias y terminó la llamada.

Se encontraba a cinco minutos de distancia de la comisaría de Kingsville cuando le llamó McGrath de vuelta. Después de repasar los detalles de lo que había descubierto, él se quedó en silencio un momento. Finalmente, en el momento en que estaba a punto de


meterse al aparcamiento de la comisaría, le habló.

“¿Estás segura de eso?” le preguntó,

“Estoy lo bastante segura como para afirmar que sin duda se merece una investigación.”

“Con eso me basta. Encuentra la manera de tenerme en esa reunión que estás a punto de tener. Quiero mantenerme cerca en este caso.”

“Así lo haré. Dame unos cuantos minutos.”

Aparcó y entró a la comisaría. El alguacil Tate estaba sentado detrás de la zona de patio, esperándola. Cuando entró a la recepción, él se acercó rápidamente para saludarla. Mientras la escoltaba hacia la parte de atrás del pequeño edificio, le habló en susurros.

“Me las arreglé para que uno de mis chicos se figurara la manera de que pudieras realizar una llamada de video desde uno de nuestros portátiles. Estoy seguro que no será de la misma calidad técnica a la que estás acostumbrada en DC, pero es todo lo que tenemos aquí.”

“Está bien, eso debería ser suficiente.”

Tate le guió a la sala de conferencias donde había un MacBook bastante antiguo sobre una mesa de madera. Había otro hombre sentado al final de la mesa, que le saludó con la mano cuando entró. Entonces se puso de pie y le ofreció su mano.

“Ayudante Andrews,” le dijo. “Encantado de conocerte, agente White.” Se trataba de un hombre bajito y fornido, más bien gordito, con esa clase de duro encanto sureño que podía resultar encantador o un tanto desagradable. Por el momento, Mackenzie no podía decidirse por cuál de ambos encajaba con Andrews.

“En fin, esto es lo mejor que podemos hacer,” dijo Tate, girando el MacBook en dirección a ella. “Mi colega se acaba de asegurar de que podamos utilizar FaceTime con él. Esto, para Kingsville, es alta tecnología.”

Sacó el número de McGrath de su lista de contactos y lo introdujo. Al realizar la llamada, tardó unos momentos en conectarse. Cuando apareció el rostro de McGrath en la pantalla, Tate y Andrews se colocaron detrás de Mackenzie.

Hicieron una rápida ronda de presentaciones—mera formalidad,

para ser honestos, ya que estaba segura de que a McGrath le interesaban muy poco los agentes de la policía de Kingsville.

“Para asegurarme de que estamos todos al día,” dijo Mackenzie. “Voy a repasarlo una vez más. Había unas laceraciones muy leves en la mano izquierda de Malory Thomas. Además, había una ligera muesca, como si se hubiera estado agarrando a algo momentos antes de su muerte. Tras visitar el Puente de Miller Moon por la mañana, fui capaz de determinar que la muesca tenía exactamente la misma forma que las cubiertas que hay sobre los tornillos a lo largo de los puntales al extremo del puente.

“Adicionalmente, se encontró un pedazo de madera en su cabello—que al forense le resultó extraño porque era el único pedazo. Resulta que la madera en su cabello es exactamente la misma que tienen los soportes de madera a lo largo y por debajo del puente, hasta del mismo tono y textura. Si a eso le añadimos el hecho de que estaba desnuda y que se encontró su ropa sobre el puente, me hace pensar que no saltó. Más bien parece que estaba colgada del extremo del puente. Con bastante fuerza, puedo añadir, a juzgar por esa muesca. Y si se iba a quitar a vida, ¿por qué se esforzaría por sujetarse del borde?”

“Tiene sentido, creo yo,” dijo Tate.

“Sí que lo tiene,” dijo McGrath. “Pero entonces esto nos lleva a más preguntas. ¿Fue solamente Malory la que puede que haya sido asesinada? ¿Podemos también añadir a Skinner en el mismo barco? Y si es así, ¿por qué no a todos los demás que han saltado desde ese puente?”

“Estuve hablando con la doctora Jan Haggerty, una psiquiatra que vive en el pueblo. Me dijo que, en base a lo que sabía sobre Skinner, no hay manera de que se suicidara. Y sin duda, su madre también está de acuerdo con eso. Y si miramos las fechas de los suicidios, han pasado casi dos años desde que se encontrara un cadáver en las rocas que hay debajo del puente. Ahora, dos años después, tenemos a dos en cuestión de cuatro días. Creo que podemos asumir con certeza que también merece la pena investigar la muerte de Kenny Skinner como un posible asesinato. Las fechas son demasiado cercanas como para que se trate de una coincidencia.”

“Alguacil Tate, ya hemos hablado de la importancia del chico de Skinner,” dijo McGrath. “Le pido que en los próximos días tenga la consideración de proporcionarle a la agente White cualquier cosa que

necesite. Y le ruego que le deje liderar este caso. Es una de mis mejores agentes y confío en ella por completo. ¿Puede hacer esto por mí?”

“Sin duda alguna. No tienes más que decirme en qué te podemos ayudar.”

“Agente White, ¿tienes alguna pista que investigar en este momento?”

“Nada robusto todavía,” dijo ella. “Pero supongo que no debe de ser difícil encontrar a alguna gente con la que hablar sobre las vidas de las víctimas. Me están diciendo continuamente que este es uno de esos pueblos donde todo el mundo se conoce entre sí. Cuando hablé con la madre de Kenny Skinner, se me ocurrieron algunas ideas.”

“Muy bien. Ponte a ello, y mantenme informado. Alguacil Tate, gracias de nuevo por su cooperación.”

“Sin prob—”

Pero McGrath ya había colgado. La pantalla titiló por un momento y entonces se terminó la conexión.

“No te lo tomes personalmente,” dijo Mackenzie. “A mí me lo hace todo el tiempo.”

Con un gesto de indiferencia, Tate preguntó, “Y entonces, ¿qué necesitas de nosotros?”

Mackenzie lo pensó por un momento, intentando determinar el mejor curso de acción. “¿Puedes conseguirme los informes policiales de algunas de las personas que se han suicidado en ese puente durante los últimos cinco años más o menos?

“Puedo hacer eso por ti,” dijo Tate. “Aunque no creo que haya mucho que mirar.”

“Está bien, solo—”

Le sonó el teléfono, interrumpiéndola. Lo respondió y escuchó la voz sombría de Pam Skinner al otro lado.

“¿Agente White? ¿Todavía sigue en Kingsville?”

“Así es.”

“¿Cree que podría pasarse de nuevo por mi casa? Finalmente, mi marido se ha calmado un poco y quiere hablar con usted.”

“Desde luego. Deme unos cuantos minutos.”

No se trataba de una pista en sí misma, pero era mejor que lo que tenía hace un momento. Y así sin más, Mackenzie se marchó de la comisaría de policía de Kingsville más convencida que nunca de que estaba oficialmente en busca de un asesino.

CAPÍTULO DIEZ

Cuando Mackenzie se metió a la zona de garaje de los Skinner diez minutos después, vio a un hombre que asumió ser Vincent Skinner en el porche de la entrada. Estaba rígidamente sentado en una vieja mecedora, siguiendo su coche con la mirada mientras ella aparcaba. Cuando se reunió con él en el porche, pudo ver con bastante claridad que estaba destrozado. Tenía los ojos enrojecidos de llorar y todo su cuerpo parecía un nudo fuertemente enroscado, listo para saltar al mínimo signo de presión.

"Señor Skinner, gracias por tomarse el tiempo para hablar conmigo."

"Gracias por investigar esto," le respondió. "Pensé que hablaríamos mejor aquí fuera. Pam ha conseguido dormirse por fin así que quiero que la casa esté en silencio."

"Eso es comprensible."

"Pam me ha contado todo lo que le dijo y he de decir que estoy de acuerdo con ella al cien por cien," dijo Vincent. "La verdad es que Kenny no era el tipo de jovencito que se pudiera suicidar. Por empalagoso que suene, amaba demasiado la vida."

"¿Me puede dar algunos ejemplos?"

Vincent miró los tableros del porche que tenía a sus pies y se echó a reír, con una risa triste que salía de su ronca garganta. "Bueno, no voy a embelesar las cosas para usted. Entiéndame, quería a mi hijo sin reservas, pero a veces podía ser algo travieso. Tenía un apartamento hecho polvo a las afueras del pueblo, y ha estado trabajando para mí durante cinco años, por lo que sé bien el dinero que hacía. También tonteaba con algunas aplicaciones estúpidas del mercado de valores, que le daban algún dinero de vez en cuando. Pero aun así… una nueva chica cada mes, fiestas los fines de semana, aunque sin llegar nunca al exceso… pero, a pesar de todo ello, tenía buenos modales. Y creo tener la confianza de que le dirán lo mismo por todo el pueblo. Era amable, y de buen corazón… aunque también le gustara divertirse."

"Esas mujeres con las que se veía," dijo Mackenzie. "¿Cabe alguna posibilidad de que pueda haber un ex novio celoso que pudiera estar buscando una revancha?"

"Si es así, yo no tenía ni idea. Lo que sí sé, sin embargo, es que las dos últimas chicas con las que estaba tonteando estaban solas en ese momento."

"¿Y sabe cómo se llamaban?"

"Una de ellas se llamaba Lizzy… aunque no me acuerdo de su apellido. No era de Kingsville, era de Elm Creek, dos pueblos más allá. La que hubo antes de ellas se llamaba Amanda Armstrong. Vive aquí en el pueblo. Se divorció hace unos cuantos años. Yo me metía con él porque la mujer tenía doce años más que mi hijo. Pero creo que su ex se mudó a Boston. Así que no creo que haya ninguna posibilidad de que esté implicado."

"¿Y qué hay del trabajo? Trabajaba para usted y usted lleva una tienda de provisiones para tractores, ¿es eso correcto?"

"Sí, neumáticos y tractores. Kenny era bueno en lo que hacía, pero la verdad es que no ponía muchas ganas en ello."

"¿Y de qué se encargaba en el trabajo?"

"Les tenía a él y a otro chico a cargo de las ventas de neumáticos," respondió Vincent. "Kenny también era bastante bueno con las reparaciones menores de coches, camiones, y equipos de granja."

"¿Y se llevaba bien con sus compañeros de trabajo?"

"Sí, claro. Son los que le solían acompañar en las fiestas los fines de semana. A veces, podían ser irresponsables, pero nunca he tenido problemas con ellos. Bueno… retiro eso. Hubo una ocasión, hace como ocho o nueve meses, en que Kenny se acabó metiendo en una pelea de puñetazos con un tipo en el aparcamiento."

"¿Un cliente?"

"Bueno, más bien un cliente potencial. Vino a la tienda a por unos cuantos neumáticos de tractor, por lo que tengo entendido. Entonces Kenny y él discutieron un poco y las cosas se pusieron al rojo vivo. Yo no estaba allí ese día; uno de los otros chicos tuvo que separarles."

"¿Y no sabe de qué se trataba la discusión?"

"No, y Kenny nunca me lo dijo."

“¿Recuerda el nombre del otro tipo?”

“Oh claro. Era J. T. Case. Es un tipo del pueblo. Tiene un maizal bastante grande a unas diez millas de aquí.”

“¿Y tiene fama de ser un buscalíos?”

“No, no J.T. Pero su hijo, Mike, es un pendenciero. Uno de esos chicos que siempre abusaban de los demás chicos en la escuela. Odio diseminar cotilleos, pero hay un rumor que dice que pegó a una ex novia hasta dejarla medio muerta. Se fue como un año y entonces regresó. Nadie sabe con certeza lo que ocurrió, si le soy honesto.”

“Pero la discusión en el trabajo se dio entre J.T.—el padre—y Kenny, ¿verdad?”

“Así es.”

Mackenzie absorbió todo esto, sin sentir que había mucho por donde tirar, pero deseando encontrar algo para poder crear algunas pistas.

“Para terminar, ¿se le ocurre cualquiera que pueda tener algo contra su hijo—algo tan terrible que los llevara al asesinato?”

“Llevo pensando en esto desde que me enteré de su muerte. En el momento que el alguacil Tate me dijo que parecía un suicidio, supe que no era cierto. Al instante, me empecé a preguntar quién querría matar a Kenny y no se me ocurrió ni una sola persona.”

Mackenzie asintió y se puso de pie. “Bueno, tiene mi tarjeta por si se le ocurre cualquier otra cosa. No dude en llamarme incluso aunque se le ocurra algo que le parezca irrelevante.”

“Claro,” dijo Vincent, pero ya tenía una mirada perdida en los ojos. Estaba mirando de nuevo a los tableros del porche, quizá intentando figurarse cómo había sucedido todo esto—cómo había cambiado su vida literalmente de un día para otro.

Mackenzie regresó al coche y lo sacó del patio, sintiendo que no había conseguido nada con esta reunión más que provocar que un hombre de luto cayera todavía más hondo en su pesar.

***

Cuando regresó a la comisaría, parecía haber más energía en el lugar. Supuso que se debía a que los dos suicidios recientes estaban ahora siendo investigados como casos de asesinato. Cuando regresó a la pequeña sala de conferencias, se encontró al ayudante Andrews y a otro agente repasando varias pilas de archivos.

"¿Conseguiste algo del padre?" preguntó Andrews.

"Todavía no lo sé," dijo Mackenzie. "Todavía hay muchas cosas que investigar. Puede que necesite regresar al puente para echarles un vistazo más a fondo a las rocas del lecho a la luz del día. Quizá haya algo allí que se ha pasado por alto."

"Quizás," dijo Andrews, aunque por el tono de voz, no parecía muy seguro de ello.

"Bueno, creo que puede que tenga algo para ti," dijo el otro agente. Era un chico afroamericano de aspecto más juvenil, quizá de veintimuchos años. La placa que llevaba sobre su pectoral izquierdo decía Roberts. Le pasó dos archivos a Mackenzie con una mirada esperanzada en los ojos.

"¿Qué es lo que estoy mirando?" preguntó Mackenzie.

"Los archivos de Malory Thomas y Carl Alvarez."

"Alvarez," dijo Mackenzie. Le llevó un momento recuperar el nombre de su memoria. Su nombre estaba en la lista de suicidios desde el Puente de Miller Moon durante los últimos años.

"Sí," dijo Roberts. "Saltó del puente hace cuatro años. A primera vista, no hay gran cosa que enlace a los dos casos. Solo Alvarez tenía antecedentes y la única acusación contra él era posesión de marihuana del mismo año en que se quitó la vida. Sin embargo, la manera en que obtuvo la marihuana es lo que les conecta. Parece que el tipo que le vendió la droga a Alvarez también tiene una conexión con Malory Thomas. Se metió en una pelea con su ex novio no hace mucho tiempo."

"Parece una conexión bastante sólida," dijo Mackenzie. "¿Quién es el tipo?"

Incluso antes de que le diera una respuesta, Mackenzie estaba bastante segura de lo que podía esperar. A veces, los casos encajaban así de esta manera.

Roberts le respondió: “Mike Case.”

CAPÍTULO ONCE

Mackenzie estaba llegando rápidamente a la conclusión de que, cuando los adolescentes no se marchaban de sus pueblos al terminar la secundaria, solían acabar trabajando de una u otra manera para sus padres. Este había sido el caso con Kenny Skinner y por lo visto, también lo era con Mike Case. El alguacil Tate telefoneó a J.T. Case y obtuvo la confirmación de que Mike Case se encontraba trabajando en los maizales, allá en la granja de los Case.

Como se sabía que J.T. Case era un tipo más bien duro—aunque un tipo duro respetado por todo el mundo—Tate había insistido en acompañarla. Mackenzie había tratado de convencerle de que estaría bien sola, pero él no quería ni hablar del asunto. Como la discusión no merecía la pena, Mackenzie aceptó.

Mackenzie hubiera podido encontrar la granja con bastante facilidad incluso aunque Tate no hubiera estado al volante de su coche patrulla. El maizal destacaba de inmediato a la derecha de la autopista en el momento que se salía de los límites del municipio de Kingsville. Ver el maíz hizo que su mente viajara de vuelta a Nebraska, donde había dado comienzo su trayectoria. Recordaba caminar por entre los elevados tallos cuando se puso a trabajar en el caso del Asesino del Espantapájaros—viendo los cadáveres atados a las estacas como si la pusieran de camino hacia un futuro del que no estaba segura.

Cuando Tate aparcó el coche, Mackenzie tomó nota de los dos hombres que estaban enganchando un pequeño tráiler a la parte trasera de una camioneta GMC de modelo antiguo. Ambos miraron al coche patrulla, dieron la impresión de que ni siquiera los habían visto, y entonces volvieron a enganchar el tráiler.

Mackenzie y Tate se acercaron caminando a la camioneta. Se imaginó que dejaría que Tate diera comienzo al asunto ya que parecía conocer bien a J.T. Case. Sin embargo, ella estaba más interesada en hacerse una idea sobre Mike. Se preguntó si se iba a encontrar con una de esas familias sureñas tan cerradas que se mantenían unidos en todas las circunstancias. ¿Seguiría protegiendo el padre a su hijo de veintitantos años como si se tratara de un bebé vulnerable?

“Qué hay, J.T.,” dijo Tate. “Y tú también Mike. ¿Cómo va todo?”

“Bastante bien,” dijo J.T. Pasó un tornillo por el enganche del tráiler, conectándolo con la camioneta. “Estoy a punto de sacar este

tráiler allá fuera para recoger las copas secas, así que, si podemos hacer que esto sea rápido, te lo agradecería.”

“Bueno, estoy aquí como escolta amistosa, la verdad. Quiero que conozcas a la agente White, del FBI. Está aquí para investigar las muertes recientes.”

Los dos Case miraron a Mackenzie con mucho interés. Por lo visto, la mención del FBI les había sacado de sus testarudas actitudes de indiferencia.

“¿Muertes?” preguntó J.T. “¿No querrás decir suicidios?”

“Bueno, eso es lo que ambos casos parecen desde una distancia,” dijo Mackenzie. “Pero nuestras investigaciones nos han llevado a creer que hubo algo de juego sucio, al menos en uno de los casos.”

“Pero eso no quiere decir que sea el caso para todos ellos, ¿o sí?” dijo Mike.

“Eso es lo que estoy tratando de averiguar. Lo complicado es que hay tantos de esos suicidios desde ese puente en los últimos años que es difícil individualizar cada uno de ellos. Así que lo que hicimos fue buscar conexiones entre ellos, y hasta el momento, solo encontramos una.”

“Dime, Mike,” dijo Tate. “¿Recuerdas que te metiste en una pelea el año pasado con un tipo llamado Chris Osborne?”

Mike hizo un gesto de desprecio y asintió con la cabeza. “Claro, ¿y qué pasa con él?”

“¿Sabes por casualidad con quién estaba saliendo en aquel momento?”

En esta ocasión, Mike se echó a reír directamente. “Tienes que estar bromeando. Claro… en ese momento estaba con Malory Thomas.”

“¿Y a qué se debió la pelea?” preguntó Mackenzie.

“Estaba con unos amigos en un bar. Y a lo mejor le dije algunas cosas inapropiadas a Malory. Le ofrecí invitarla a un par de tragos. A Chris no le hizo ni pizca de gracia y se puso a discutir conmigo. Acabamos peleándonos. Fin de la historia.”

“Alguacil, no me hace gracia lo que están sugiriendo,” dijo J.T.

“Eh, a mí tampoco,” dijo Tate. “Pero cuando se trata de un caso como este en el que hay muy pocas pistas, tenemos que investigar todos los caminos posibles. Y en este momento, la única conexión que tenemos entre las dos víctimas es Mike.”

“¿Qué conexión?” preguntó Mike. “¿Qué otra víctima?”

“Carl Alvarez, de hace tres años,” dijo Mackenzie. “El historial indica que le detuvieron por posesión de una buena cantidad de droga. Y dio tu nombre, dijo que tú se la habías vendido.”

Él desvió la mirada con rapidez, y por lo que Mackenzie podía decir, eso era prueba de culpabilidad. Aun así, él sacudió la cabeza. “Sí, me frieron bien por eso,” dijo Mike.

Entonces le miró directamente a Tate, y añadió: “Aunque nunca lo probaron, ¿no es así? Por lo visto perseguir a la gente sin tener pruebas sólidas es lo que funciona en el trabajo policial en Kingsville.”

Al percibir que se estaba cociendo alguna clase de tensión local, Mackenzie tomó las riendas de la conversación, regresando al asunto que se traían entre manos.

“Mike, si te pidiera que me dieras pruebas de donde te encontrabas las últimas noches, ¿podrías hacerlo?”

Se quedó callado un momento. Mackenzie no podía adivinar si estaba intentando pensar en una coartada o decidiendo si quería permitir que continuara el interrogatorio. Finalmente, se cruzó de brazos y respondió.

“Sí. Las últimas tres noches las he pasado en el bar Road Runner, aquí al lado. Antes de eso, pasé aquí la noche, durmiendo en el sofá.”

“¿Haces eso a menudo?” preguntó Mackenzie.

“Pues sí,” dijo J.T. “Pero no entiendo cómo eso puede ser asunto suyo.”

“Así que usted puede confirmar el hecho de que Mike durmió en su sofá hace cuatro noches?” preguntó Mackenzie.

“Sí. De vez en cuando le dan unos calambres en la espalda. El idiota de él se tomó cuatro pastillas para el dolor esa tarde y no le

permití que condujera."

"¿Y qué hay del bar?" le preguntó Mackenzie a Mike. "¿Cómo pagaste?"

"En metálico, pero le puedes preguntar a cualquiera que estuviera allí y te lo dirán. Estuve allí al menos hasta las once de la noche. Y después me fui directo a casa… excepto la última noche que me fui en coche con una mujer con la que me estoy viendo."

"¿Nos puedes dar su nombre y número de teléfono?" preguntó Tate.

J.T. se puso delante de Mike y sacudió la cabeza. "No, no puede. Y lo lamento, pero os voy a pedir que os larguéis de la manera más amable posible. Soy muy consciente de que mi hijo ha tomado algunas malas decisiones, pero sugerir que haya matado a alguien, mucho menos que haya empujado a alguien de un puente o algo por el estilo, es insultante. Ya os ha dado información más que de sobra para probar su inocencia y que me zurzan si voy a seguir permitiendo que le machaquéis a preguntas."

Tate pareció ponerse algo a la defensiva al escuchar esto, pero Mackenzie estaba satisfecha. Dio un paso para regresar hacia el coche, haciéndole un gesto a Tate para que la siguiera. "Está bien," dijo. "Gracias por su tiempo, caballeros."

Tate la siguió lentamente de vuelta al coche, con un aire claramente confundido. Cuando se puso de nuevo detrás del volante y dio marcha al motor, les echó una última mirada a los Case.

"¿Eso era todo lo que necesitabas?" le preguntó.

"Sí. En un pueblo pequeño como este, será relativamente fácil averiguar si Mike Case estuvo en el bar esas tres noches. Y si así fue, básicamente le elimina como sospechoso en la muerte de Kenny Skinner. Y si su padre confirma que ha dormido en el sofá la noche en que mataron a Malory Thomas, eso también le elimina. Me gustaría que enviaras alguien al bar para asegurarnos de que su historia es cierta. Si no lo es, le visitaremos de nuevo… y esta vez con pruebas de que está mintiendo en algo."

"¿Qué te dice tu instinto?" le preguntó Tate.

"Estoy segura al noventa y nueve por ciento de que no es Mike Case. Tanto él como su padre estaban más preocupados de que les

estuviéramos interrogando sin descanso y cuestionando su carácter que de las acusaciones. Está la culpabilidad y está la actitud defensiva. Rara vez se ven tan mezcladas. A estos tipos les pillamos desprevenidos del todo. Se sintieron legítimamente insolentados de que estuviéramos intentando acusar a Mike de asesinato."

Tate sonrió. "Vaya… si tu mente funciona así todo el tiempo, debes de estar siempre agotada."

Mackenzie se lo tomó como un cumplido. Aunque, básicamente, se equivocaba. Cuando le surgían pensamientos en todos sus cilindros, era cuando más enérgica se sentía. Así era, de hecho, cómo se estaba sintiendo mientras se dirigían de vuelta a comisaría. Estaba tras la pista de un asesino que probablemente era residente del pueblecito que estaba investigando en este momento. Eso solía significar que la conclusión del caso no se encontraba demasiado lejos.

Aunque también sabía que, en ocasiones, esos casos aislados podían ser más peligrosos. Echó un último vistazo pensativo al maizal mientras lo pasaban de largo, como para recordarse esto a sí misma.

CAPÍTULO DOCE

Como en este momento el caso se encontraba en un estado de comprobación de archivos y de espera a los resultados del forense, Mackenzie decidió regresar a DC. Una vez allí, se detuvo a visitar a Barry Burke en la oficina del examinador médico para ver si las cosas estaban más claras con respecto al cadáver de Kenny Skinner. Solo fue un viaje de unos setenta minutos; si surgía alguna cosa en Kingsville mientras ella estaba fuera, podría estar de vuelta en una hora.

Salió de Kingsville con todo esto en mente. En un segundo plano, también era consciente de que quería regresar para ver cómo estaba Ellington. Hablar por teléfono con él era una cosa, pero después de haber sido amantes durante varios meses y compañeros de trabajo incluso más tiempo, podía captar muchas más cosas en una conversación cara a cara.

La transición de los bosques de Kingsville a las carreteras interconectadas y las calles de DC y sus suburbios fue gradual, pero, aun así, acabó por llegar. Antes de que fuera consciente del tiempo que había transcurrido, se encontraba tomando una salida para ir a una cita que había hecho por teléfono con Barry Burke en la oficina del examinador médico.

Era la 1:37 del mediodía cuando se reunió con Burke en una de las salas de examinación. La habitación había sido limpiada y esterilizada recientemente. Las superficies relucían, y el aire estaba plagado del olor a amoniaco.

“Tengo buenas y malas noticias para ti,” le dijo Burke, apoyándose en una de las mesas de examinación.

“Las malas primero,” dijo ella.

“No encontré absolutamente nada en Kenny Skinner que indicara que hubo algún tipo de juego sucio en el asunto. Había algunos moratones en su pecho, pero con toda franqueza, no hay manera de determinar si ya estaban allí o no.”

“Así que ¿todas sus heridas encajan con lo que cabría esperar de alguien que se ha caído sobre esas rocas desde sesenta metros de altura?”

“Sí, la verdad es que sí. En el caso de Kenny, solo espero que el

golpe en la cabeza le matara antes de que la devastación absoluta de su espalda destrozada tuviera tiempo de registrarse en su sistema nervioso. Tiene la médula rota en varios puntos y dos costillas traspasaron la piel.”

“Pues sí que son malas noticias,” dijo Mackenzie. “¿Y cuáles son las buenas?”

“En fin, las buenas noticias son que como no hay pruebas que apoyen la idea del asesinato, no tengo que enseñarte ninguna de esas fotos horribles.”

“Eso sí que son buenas noticias. Ya lo vi de cerca anoche y eso que había poca iluminación. Así que… no me importa no verlas de nuevo. Pero tengo una pregunta que hacerte. ¿Puedes volver a mirar en tus historiales para ver si te llegó el cadáver de un chico llamado Carl Alvarez hace unos tres años?”

“Claro, puedo mirar eso para ti. ¿Lo necesitas ahora o te lo puedo enviar?”

“Dime algo en cuando lo averigües.”

“¿Estás buscando la misma clase de cosas?” preguntó Burke. “¿Pruebas de algo que pueda apuntar al asesinato en vez del suicidio?”

“Así es, exactamente.”

“Lo puedo mirar, pero tengo que decirte algo—en suicidios como estos, gente que salta de las alturas—va a resultar muy difícil. Especialmente con cadáveres que pasaron por aquí hace mucho tiempo.”

“Eso ya me lo esperaba,” dijo ella. “Aun así, me gustaría saberlo con certeza.”

Burke le asintió con la cabeza. Y a pesar de que no dijo nada, la expresión en su rostro le indicó que entendía su desesperación. Aparte del descubrimiento de que Malory Thomas estuvo colgada del puente, lo cierto es que no tenía gran cosa para continuar. Estaba, básicamente, persiguiendo fantasmas.

***

Su siguiente parada era el edificio J. Edgar Hoover. Aunque había sido su lugar de trabajo durante más de un año, todavía le resultaba difícil de creer que la mujer a menudo vergonzosa que había empezado como agente de la policía local en Nebraska hubiera acabado allí. Subió a su oficina, con la sensación de que regresaba con las manos vacías. Sin duda, habían sido su trabajo y sus averiguaciones las que habían hecho que el caso de un supuesto suicidio acabara siendo investigado como un asesinato, pero ¿y ahora qué? Si acaso, no había hecho más que escalar una situación que parecía llevarlos de cabeza a un callejón sin salida.

Se aventuró a ir hasta el despacho de McGrath y él la pudo recibir de inmediato. Parecía estresado cuando se sentó delante de su escritorio. Mackenzie se empezaba a preguntar bajo cuánta presión le estaba poniendo el ayudante del director para que llegara al fondo de la muerte de su sobrino.

"Por extraño que parezca," dijo McGrath, "el director Wilmoth se siente más aliviado de saber que cabe la posibilidad de que asesinaran a su sobrino. Supongo que le resulta más conveniente que la causa de la muerte sea un asesinato en vez de un suicidio. Describe a su familia extensa como a una gente muy preocupada por las apariencias. Si fuera un suicidio, puede que sacaran su nombre a colación en los periódicos. A propósito, gran trabajo manteniendo este asunto en secreto. En un pueblecito como Kingsville, eso no puede ser tarea fácil."

"Tengo la impresión de que el departamento de la policía local de allí quiere mantener el secreto tanto como nosotros. No es que les haga gracia el hecho de tener un lugar mítico que la gente utiliza literalmente como una máquina para suicidarse."

"¿Hay alguna novedad?" preguntó McGrath.

"Hablé con una pista potencial por la mañana. La policía local de Kingsville está comprobando su coartada, pero estoy bastante segura de que van a dar con un callejón sin salida. También me detuve en la oficina del examinador médico de camino hacia aquí. No fueron capaces de encontrar ninguna prueba de asesinato en el cadáver de Kenny Skinner."

"Ya lo sé, acabo de hablar con el director de EM de aquí. Hemos enviado allí a unos cuantos chicos del departamento forense ahora mismo, pero nadie piensa que vayamos a encontrar nada. Entonces, ¿cuáles son los siguientes pasos?"

“No sé si hay alguno en absoluto,” dijo Mackenzie. “La policía de Kingsville ha puesto bajo vigilancia la carretera que va al puente. Están comprobando la coartada del único sospechoso posible. No había pruebas en la escena del crimen… así que no lo sé. Además de ir a visitar a cada amigo y familiar de cada víctima de suicidio en los últimos años, no veo ninguna solución de verdad.”

“A riesgo de sonar como un burro, creo que quizá sea eso lo que necesitas hacer. Vuelve allí y quédate. Habla con todos los que creas que puedan tener hasta la más mínima información. Queremos hacer esto cuanto antes sea posible, así que tienes mi permiso para quedarte allí el tiempo que necesites.”

“Sí señor.”

“¿Regresaste debido a Ellington?” le preguntó.

No veía necesidad de mentir. “En parte,” dijo ella. “Aunque también necesitaba acercarme para hablar con Burke. Y ya que estoy aquí, me adelantaré y pondré mis notas al día. Pero me aseguraré de regresar allí como muy tarde para las cinco.”

“Suena bien,” le dijo. “Mantente al mando de esto, White. Si puedes hallar al asesino real, Wilmoth va a tomar nota. Y eso podría hacer cosas increíbles por tu carrera en el bureau.”

Mackenzie asintió y salió del despacho, ahora sintiendo la presión añadida de saber que había personas a la cabeza de la jerarquía del bureau que le estaban prestando atención de cerca en este caso. Esto permaneció en su mente mientras escribía sus notas en su oficina. Le daba la impresión de que la estaban mirando con lupa, que la estaban examinando con más detalle que nunca.

Y aunque le ponía bastante nerviosa, esto también servía para motivarla. Ahora sus pensamientos ya estaban de vuelta en ese viejo puente—los tornillos, los soportes, la caída que revolvía el estómago a esas rocas que había debajo.

Pero primero, estaba Ellington.

Y si la conversación no iba bien, se imaginaba que podía ser tan malo como mirar hacia abajo desde ese puente a la tierra que había al fondo.

***

Como Ellington no estaba en el apartamento cuando llegó, le llamó a su móvil. Le dijo que se encontraba en el parque a cinco manzanas de la casa, comenzando a correr. Mackenzie optó por caminar en vez de conducir, imaginando que todavía tenía mucho tiempo disponible si tenía hasta las cinco para regresar a Kingsville. Le encontró de pie junto a un banco, realizando los estiramientos posteriores a la carrera.

"¿Cuánto corriste?" le preguntó.

"Tres millas y media."

"Hoy te lo estás tomando con calma, por lo que veo."

"Es solo pereza. Después de todo lo que ha sucedido, no puedo encontrar la motivación. Y cuando no puedes encontrar la concentración para hacer algo tan simple como correr…"

"Entonces, hablemos de ello. Tengo que estar de vuelta en Kingsville bastante pronto."

"¿Vas a regresar? ¿Qué es lo que pasa allí, de todos modos?"

Mackenzie frunció el ceño. Odiaba mantener cosas en secreto de él, pero sabía que la estaban observando muy de cerca. "Lo siento," dijo. "McGrath quiere que guarde esto en secreto."

"¿Guardarías silencio si las cosas no hubieran progresado de la manera que lo han hecho durante el último día y medio? ¿Respecto a las acusaciones contra mí?"

"Bueno, si no te hubieran pedido que te marcharas, puede que estuvieras en el caso conmigo," dijo con cierta amargura. "Así que esa es una pregunta con una respuesta obvia."

"Tienes toda la razón," dijo él.

Dicho eso, los dos tomaron asiento en el banco y miraron hacia el parque.

"Tengo que admitir que no tengo ni idea de por qué me molesta tanto todo esto," dijo Mackenzie. "Creo que se trata de un sentido de la confianza. Es algo que creo que me tenías que haber contado, sobre todo antes de que nos fuéramos a vivir juntos."

“Probablemente,” admitió Ellington. “Pero estaba avergonzado, ¿sabes? Y con toda honestidad, en su momento pareció algo insignificante. Y es por eso que tengo un conflicto interior. Porque en su momento, realmente pareció insignificante, no sé por qué de repente es algo tan grave.”

“¿Cómo fue la conversación con McGrath? Preguntó. “¿Está buscando algo esa mujer?”

“¿Además de hacerme quedar mal y ponerme incómodo? No lo sé.”

Mackenzie estuvo a punto de preguntarle por el nombre de la mujer. Quizá pudiera sacar su nombre de la base de datos y ver qué clase de mujer era. Le resultaba difícil imaginar a una mujer que guardara rencor durante tanto tiempo y después buscara venganza cuando el clima político era el ideal para su denuncia.

“¿Quieres que me vaya de casa?” preguntó Ellington.

“No. Es solo que… no lo sé. Tengo que esforzarme para dejar que la gente se me acerque. No dejo que se acerquen de manera natural. Y esto me hizo sentir que me ocultabas cosas. Además… eres un buen compañero.”

“¿En el trabajo o en la cama?” le preguntó con una sonrisita maliciosa.

“No te pases.”

Se quedaron en silencio después de eso. Cuando extendió la mano para tomar la de Mackenzie, ella se lo permitió. “Lo superaré,” dijo ella. “En aquel momento, no te conocía. Si acaso, creo que me preocupa más tu carácter… que hicieras algo así cuando estabas casado.”

“Lo sé, pero aprendí la lección. Por eso es que tuve que rechazar a una detective muy atractiva en Nebraska no hace mucho tiempo. Y eso sí que fue difícil.”

Mackenzie no pudo evitar que le saliera una sonrisa. Le apretó la mano y entonces se puso de pie. “Tengo que regresar. Te llamo luego a la noche. ¿Estás bien?”

“Claro. Solo siento curiosidad sobre este caso secreto que tienes entre manos.”

Mackenzie hizo un gesto de cremallera sobre sus labios y le lanzó una sonrisa. “Mantente curioso, entonces. Me gusta ser una mujer misteriosa.”

Lo dejó ahí, regresando por donde había venido. Parte de ella quería hablarle del caso con todas sus ganas. Quizá se pudiera identificar con ella. Había una cosa en el caso que le hacía titubear, algo que le impedía meterse de lleno y comprometerse. No se trataba de algo que se atreviera a comentarle a McGrath. Pero se lo hubiera podido decir a Ellington en cualquier otra circunstancia.

Le podía decir a Ellington que le daban miedo las alturas.

Le podía decir que, al mirar hacia abajo desde el Puente de Miller Moon, se había asustado muchísimo. Le podía decir cómo casi se había caído de un pino cuando tenía solo ocho años, cómo se quedó colgando unos diez metros en el aire, la resina pegándose a sus dedos mientras el corazón se le salía del pecho.

Aunque, con este caso, no le podía decir nada de eso.

Estaba medio esperando que le acompañara hasta su coche, pero no lo hizo. Lo cierto es que lo agradecía. Le mostraba que conocía sus manías y las respetaba. Sabía cuándo necesitaba distancia y lo respetaba.

De camino hacia el coche, sacó el teléfono y llamó a Tate. Le respondió con esperanza en la voz, quizá asumiendo que se las habría arreglado para resolver el caso mientras estaba en DC.

“¿Hubo suerte?” le preguntó.

“No, pero regreso para allá. Necesito que me hagas un favor. ¿Es posible que tú o uno de tus agentes redacte una lista con los nombres de los familiares y amigos de Malory Thomas? Deja fuera a los padres. Creo que con las amistades será suficiente por el momento.”

“Pues será para lo mejor,” dijo Tate. “Su padre está en la cárcel en alguna parte de North Carolina y su madre murió cuando era una adolescente. Tiene a una tía en el pueblo. Y por supuesto, puedo encontrar los nombres de unos cuantos amigos.”

“Gracias. Hasta pronto.”

“Agente White…dime. Sé directa conmigo. ¿Crees que tenemos a un asesino en nuestro pueblo?”

“Todavía no lo sé,” dijo ella.

Resultaba y sonaba débil al salir de sus labios. Y realmente esperaba que el alguacil Tate no fuera demasiado bueno en percibir una mentira cuando la oía.

CAPÍTULO TRECE

Maureen Hanks miró al otro lado del parabrisas y vio la silueta amenazadora de la torre de agua de Kingsville. En la espesa oscuridad de la noche, resaltaba como un macabro y gigantesco demonio, que acechaba continuamente al pueblo. Y como el pueblo era tan pequeño, en ocasiones también hacía las veces de faro, para ayudar a la gente a encontrar el centro de la localidad.

Por supuesto, Maureen no se encontraba en el centro para nada. Estaba en el asiento delantero de la camioneta de Bob Tully, aparcada al borde de un campo de heno abandonado. Se estaba poniendo el sujetador, con los dedos todavía temblorosos debido a la intensidad que acababa de experimentar su cuerpo. Estaba desfallecida, al igual que Bob, los dos agotados de los esfuerzos físicos de los últimos diez minutos. La camioneta olía a sudor y a sexo, y también levemente al vino blanco barato que siempre bebía cuando quedaba con Bob.

Desvió la mirada de la silueta de la torre del agua hacia Bob, mientras él se contorsionaba en el asiento para subirse los pantalones. Se tomó un momento para admirar sus abdominales definidos y los pequeños pero firmes músculos de sus brazos, resultado todo ello de los levantamientos y las soldaduras que realizaba en su trabajo en Camiones Connor. Admirar su cuerpo en los momentos posteriores al sexo, cuando habían intercambiado su sudor y sus nervios todavía estaban a flor de piel, le hizo recordar lo fácilmente que se había metido en esta situación. Le facilitaba mucho la tarea de echar a un lado la culpabilidad que se asomaba en su mente cada vez que pensaba en el marido y la hija de tres años que le esperaban en casa.

“No te tomes esto a mal,” dijo Bob. “Pero no podemos hacer esto de nuevo.”

“Dices eso cada vez,” le dijo ella, acercándose y pasándole la mano por el estómago. “Y unos dos días después, acabamos aquí.”

“Ya lo sé,” dijo él. “Pero tiene que parar. Lo entiendes, ¿verdad? Este puñetero pueblo es demasiado pequeño. La gente lo descubrirá. Y no quiero ser el tipo que provocó la separación de una familia.”

Habían estado disfrutando de esta relación furtiva durante seis meses. Ella se preguntó por qué de repente sentía preocupación por el estado de su matrimonio.

“Está bien,” dijo ella. Sabía que él acabaría cambiando de idea. Se

pondría caliente de nuevo en unos pocos días y le dejaría una notita debajo del banco que hay detrás de Homeland Realty, donde ella trabajaba. Se liaría de nuevo con él… una y otra vez.

Y si no era así… en fin, quizá averiguara por fin cómo encontrar la felicidad en la vida domesticada que pensó que deseaba hacía cuatro años cuando se casó con su marido.

Bob le echó una última ojeada mientras ella se ponía la blusa. Le gustaba la manera en que le miraba—era una de las razones de que la relación ilícita hubiera comenzado en un principio. Su marido había dejado de mirarla así después de que diera a luz a su hija.

Bob le dio marcha al motor y salió de su lugar privado. La camioneta dio tumbos por el campo hasta que encontró la pista de tierra que serpenteaba hasta regresar a las carreteras secundarias de Kingsville. Era allí, justo fuera de la vista de la carretera, donde ella había aparcado su coche. No se dijeron ni una palabra mientras él detenía la camioneta. Se inclinó hacia él e intercambiaron un beso, un beso intenso que rayaba en lo descuidado y que no consiguió encontrar un equilibrio entre la pasión y la lujuria.

"Te veo por ahí," dijo ella mientras abría la portezuela y se bajaba. Caminó hasta su coche y se puso detrás del volante. Se quedó allí sentada un rato, viendo cómo desaparecía la camioneta de Bob al doblar la curva de la pista de tierra. Cerró los ojos por un momento, escuchando el silencio de la noche campestre.

Esto es una locura, pensó. Tengo una hermosa familia, un marido que puede que todavía me quiera si le doy una oportunidad, y una hija increíblemente preciosa.

Abrió los ojos y buscó las llaves del coche. Por un momento, algo resultó extraño. Algo parecía… andar mal.

Probablemente solo se trataba de sus nervios. Siempre estaba paranoica después de sus encuentros con Bob, sintiendo que había ojos en el bosque, espiándola.

Dio marcha al coche y cambió a la marcha de conducir. Pero, antes de que pusiera el pie en el pedal, surgió una voz del asiento de atrás mientras colocaban algo frío y duro en la base de su nuca.

***

Había sabido que Maureen Hanks y Bob Tully estaban teniendo una relación ilícita durante un mes más o menos. Había estado buscando lugares secretos en Kingsville, lugares que se elevaran mucho por encima del suelo. Le había venido la torre de agua a la mente y allí es donde los había visto por primera vez. La camioneta de Bob chirriaba ligeramente. Se había ocultado detrás de un grupo de árboles a unos siete metros de distancia y había estado observándoles, viendo a Maureen desnuda de cintura para arriba a través del parabrisas y escuchando sus gritos y gemidos de placer.

Maureen nunca le había caído bien. Sus padres eran unos imbéciles; se creían los dueños del pueblo. Y ella siempre había sido una de las más zorras en la escuela. Había notado esto a pesar de que ella iba tres años por delante de él, y se graduó cuando él solo había terminado con el noveno grado.

Y ahora aquí estaba, sentada delante de él, con su arma colocada en la nuca. Podía oler el sexo en ella. Se preguntó cómo era posible que su marido nunca se hubiera dado cuenta. O quizá lo había hecho y no le importaba. Suponía que Maureen Hanks no era la clase de mujer por la que mereciera la pena pelear.

"¿Qué has estado haciendo?" le preguntó.

Vio cómo ella trataba de mirar en el espejo de atrás. Presionó el cañón de la pistola más cerca de su cabeza. Ella no tenía manera de saber que no estaba cargada. Conseguir engañarla así hizo que se sintiera todavía más en control.

"Te hice una pregunta," dijo él. "¿Qué has estado haciendo? Ahora mismo… ¿qué estabas haciendo?"

"Por favor… te ruego que no se lo digas a nadie."

"Oh, a mí no me importa tu rollito. Solo quiero escucharte decirlo."

"Estaba acostándome con un hombre."

"¿Con tu marido?"

"No."

"Con Bob Tully," dijo él. "Un hombre que estoy seguro es tan terrible como tú."

Ella soltó un sollozo y él notó que estaba temblando. “Por favor… haré lo que sea. Pero por favor no se lo digas a nadie. Y no… por favor, no utilices esa arma.”

“Estoy seguro de que harías cualquier cosa,” dijo él. “Follarte a Bob Tully es prueba de ello. Y no te preocupes… no utilizaré el arma a menos que me obligues. Por ahora, solo necesito que hagas exactamente lo que te diga.”

“Sí, claro. ¿El qué?”

“La torre del agua… ¿sabes cómo llegar hasta la carretera de acceso?”

Ella titubeó por un instante y sacudió ligeramente la cabeza. Estaba rígida como una tabla en su asiento delante de él. “No, creo que no.”

“Es fácil,” dijo él. “Vamos a hacer una excursión hasta allí. Te diré por dónde tienes que ir. Por el momento, conduce nada más.”

“¿Por qué a la torre del agua?” preguntó ella.

Él sonrió en la oscuridad de su asiento de atrás, el lugar donde le había estado esperando mientras ella se acostaba con Bob. Se había estado escondiendo, sabiendo que estarían allí. Había seguido a Bob por Kingsville cuando salió del trabajo. Observó cómo Bob le dejaba la nota debajo de ese banco. Entonces había seguido a la camioneta hasta aquí, aparcando su coche como a una milla de distancia y después caminando a través de los bosques para llegar a su coche unos momentos después de que Maureen se montara a la camioneta de Bob.

“Vamos. Regresa a la carretera y métete a la izquierda.”

“Vale,” le dijo ella, ahora llorando. “Pero, ¿por qué?”

Ahogando una risita, le respondió: “Por las vistas.”

CAPÍTULO CATORCE

Mackenzie aparcó su coche en el aparcamiento de Road Runner, el mismo bar que por lo visto frecuentaba Mike Case. El ayudante Andrews y el agente Roberts habían trabajado diligentemente para obtener una lista de contactos de los que mejor conocían a Malory Thomas. Al final, los únicos nombres de esa lista que dieron algún resultado fueron los de Emma Huddleston y Michelle Nash. Cuando Mackenzie les había telefoneado de regreso a Kingsville, habían hecho planes para encontrarse en Road Runner ya que era allí donde Emma y Michelle habían planeado reunirse esa noche.

El sitio era la mismísima definición de un garito. Se encontraba junto a lo que parecía ser una tienda de Blockbuster Video abandonada hacía tiempo, cuyo logo todavía se podía adivinar en el polvo donde en otro tiempo, estuviera la pegatina en la ventana. Había señales de neón en las ventanas del bar, anuncios llamativos de distintas marcas de cerveza; mientras que el logo de Road Runner estaba hecho de un vinilo sencillo sobre las puertas dobles que hacían de entrada.

Antes de que Mackenzie pasara al interior, caminó junto a un grupo de gente que estaba fumando afuera de la puerta. Por lo visto, la prohibición de fumar en los bares había llegado hasta las zonas más remotas. Cuando echó un vistazo al interior, se sintió bastante criticona. El lugar no tenía nada de especial que pudiera darle un aspecto más elegante. Había una máquina de discos apoyada contra la pared de atrás, donde se acurrucaban tres hombres a su alrededor, uno de ellos haciendo que tocaba la guitarra al son de “Money for Nothing” de los Dire Straits.

La barra propiamente dicha era una simple tabla de madera que recorría la mitad de la pared izquierda. Solo había tres grifos de cerveza detrás de la barra, con varias estanterías de licores detrás de un camarero demasiado gordo que se encontraba mezclando un refresco con algo que parecía ron.

Encontró a Emma y a Michelle exactamente donde dijeron que iban a estar. Las dos eran rubias, las dos estaban bastante flacas, y tenían aspecto muy juvenil. Claro que, cuando se les acercó más, vio que una de ellas tenía al menos treinta años, y que trataba de quitarse unos diez años de su aspecto con la ayuda del maquillaje. Estaban sentadas en un reservado en el rincón con una jarra grande de cerveza

y tres vasos en medio de la mesa, dos de los cuales estaban parcialmente llenos.

"¿Emma y Michelle?" les preguntó cuando se acercó a la mesa.

"Somos nosotras," dijo la más alta de las dos rubias. "Yo soy Michelle."

"Así que obviamente yo soy Emma," dijo la otra con una risa forzada. Esta era la que seguramente rondaba los treinta.

"Siéntate," dijo Michelle. "No sabíamos qué normas siguen los agentes en horas de trabajo, pero también tenemos un vaso para ti."

Si hubiera sido una hora más temprana del día, Mackenzie se habría abstenido, pero considerando que ya eran más de las nueve de la noche y la única parada después de eso era su motel, se permitió tomarse un trago. Se sirvió de la jarra, dándoles a las dos mujeres la oportunidad de hacerse a la idea de que estaban sentadas con una agente del FBI.

"Os voy a hacer algunas preguntas que puede que os sorprendan," dijo Mackenzie. "Realmente agradecería vuestra total sinceridad y que lo mantuvierais en secreto por el momento. En un pueblecito como este, los rumores corren a toda velocidad, y me temo que cualquier cosa que pueda salir a la luz entorpecería la investigación."

"Investigación," dijo Emma. "¿Se suelen realizar investigaciones sobre suicidios?"

"Lo hacemos cuando hay circunstancias extrañas que rodean al suicidio," dijo Mackenzie.

"Me parece bien," dijo Michelle. "Porque de ninguna manera Malory se suicidó."

"¿Qué te hace estar tan segura de eso?"

"Bueno, para empezar, eso iba en contra de sus creencias," dijo Emma. "Malory tenía creencias bastante arraigadas. No es que fuera una santurrona ni nada por el estilo, pero rezaba e iba a la iglesia la mayor parte de los domingos. Sé con certeza que se sentía apasionadamente en contra del suicidio."

"Es cierto," dijo Michelle. "Y no solo eso, sino que ese maldito

puente le asustaba.”

“¿A Malory le daban miedo las alturas?” preguntó Mackenzie.

“No, que yo sepa no, pero era un poco cagada. Y todas esas historias sobre el puente que era acechado por los que se habían quitado la vida allí le aterrorizaban. Estoy segura de que no lo creía realmente, pero aun así… era como un bebé grande para esa clase de cosas.”

Las dos amigas intercambiaron una mirada nostálgica antes de que Emma agarrara su vaso y se bebiera lo que quedaba. Lo rellenó de inmediato, dejando la jarra como a medio vaso de quedarse vacía del todo.

“¿Alguna de vosotras sabe si tenía enemigos? ¿O de alguien que pudiera tenerle envidia por cualquier razón?”

“No,” dijo Michelle. “Y eso es lo que más me confunde. Te puedo decir sin ninguna duda que ella no saltó voluntariamente de ese puente, así que alguien tuvo que llevarla allí contra su voluntad. La única persona de la que le oí hablar mal en alguna ocasión fue su padre. Era un malnacido. Incluso aunque Malory nunca lo dijera con esas palabras, a mí me daba la impresión de que había habido alguna clase de abuso sexual en su historia.”

Mientras Emma asentía, Mackenzie tomó un trago de su cerveza. Estaba un tanto apagada y era más bien de la clase genérica de cerveza suave; no se acercaba a sus preferencias, pero le gustaron la sensación y el sabor en el tenso y extraño espacio de este bar en el quinto pino del mundo.

“¿Cómo era la típica noche que pasabais las tres?” preguntó Mackenzie.

“Como esta, solo que más feliz,” dijo Emma. “A veces hay unos chicos que nos invitan a unos tragos. Principalmente, chicos de la secundaria que nunca se marcharon del pueblo—igual que nosotras, supongo. Nada malo, ¿sabes? A pesar de lo que puedas pensar de Kingsville y de pueblos similares, no hay muchos tipos raros. Los viejos no se dedican a tirarnos los tejos. La mayoría de ellos conoce a nuestros padres, además. Normalmente, no hay muchos problemas por aquí, ¿sabes? Creo que he visto dos peleas en este bar y he estado viniendo aquí desde que tengo veintiún años.”

“¿Y qué hay de Mike Case? ¿Alguna de vosotras le conoce?”

Michelle frunció el entrecejo y dio un trago a su cerveza. Emma se rió un poco y miró hacia otro lado. “Oh, sin duda,” dijo Michelle. “Él y yo tenemos este rollo que va y que viene. Se ha ido durante bastante tiempo en este momento.”

“Me he enterado de que tiene cierta reputación,” dijo Mackenzie.

“Así es,” dijo Michelle. “Se acuesta con todas y es pone burro con cualquiera que se atreva a molestarle. Pero no es… bueno, no podría ser un sospechoso. Todo lo que hace es por llamar la atención. Para distanciarse lo más posible de su padre. Ese tipo de hombre.”

“¿Conocía a Malory?”

“No demasiado bien,” dijo Emma. “Solamente de pasada. Y lo suficiente como para que Malory le tomara el pelo a Michelle por enrollarse con él todo el tiempo.”

“Entonces, asumamos que hubo alguien más implicado,” dijo Mackenzie. “¿Hay alguien que se os ocurra que podáis pensar que hiciera algo así?”

Las dos mujeres se encogieron de hombros a la vez, casi en un movimiento coreografiado.

“La verdad es que no se me ocurre nadie,” dijo Emma. “Sinceramente.”

“Es verdad,” coincidió Michelle. “Si hubo alguien más implicado, no sé si pudiera haber sido alguien de por aquí.”

Esta era una sospecha que Mackenzie había empezado a considerar en su camino de regreso desde DC. Y esperaba que no fuera así, porque cuando el grupo de potenciales sospechosos se abría para incluir alguien de otra localidad, encontrar una solución se ponía infinitamente más difícil.

Escuchar eso de las dos mujeres que no solo conocían a fondo el pueblo, sino también a Malory Thomas, hizo que Mackenzie se diera cuenta de que era muy probable que pudiera estar buscando a alguien foráneo después de todo. En ese momento, le resultaba lo bastante cierto como para que Mackenzie levantara su vaso hasta sus labios y le diera dos tragos grandes a la cerveza como si estuviera tratando de alejar ese pensamiento.

CAPÍTULO QUINCE

Quizá fuera por el estrés y la frustración de lo que estaba pasando con Ellington, o quizá tuviera algo que ver con la sensación de que este caso empezaba a alejarse de ella, pero cuando Mackenzie regresó a su motel, deseó haberse tomado unas cuantas cervezas más en Road Runner. Aunque no sirvieran de nada más, le podían haber ayudado a dormirse con más facilidad.

Encendió el portátil, a sabiendas de que había muy poco que pudiera hacer. Tenía a unas cuantas personas en DC haciendo trabajo de fondo, tratando de hallar conexiones entre todas las víctimas de suicidio, pero más que nada concentrándose en Kenny Skinner y Malory Thomas. No había mucho más que pudiera hacer por su lado hasta mañana por la mañana cuando se reuniría con el alguacil Tate y el ayudante Andrews.

Se metió a la cama justo después de que dieran las once, pero supo de inmediato que no se iba a dormir enseguida. Su mente seguía regresando a Ellington y a lo que estaba atravesando. Más que nada, estaba empezando a entender que empezaba a apoyarse demasiado en él. No estaba segura de cómo se sentía al respecto; una cosa era admitir que estabas enamorada de alguien, y otra cosa totalmente diferente era admitir que estar separado de una persona específica te hacía sentir más sola de lo que jamás habías estado. Y si era sincera consigo misma, allí es hacia donde se dirigía—si no se encontraba ya en ese punto.

Al menos eso explicaría por qué se sentía tan extraña… tan diferente… en las dos ocasiones en que había venido a Kingsville. Este era su primer caso sin él a su lado desde que habían comenzado su relación y, francamente, le resultaba demasiado diferente. No es que estuviera triste de por sí, sino más bien que se sentía incompleta.

Esto es patético, pensó para sus adentros mientras yacía en la cama, deseando que le sobreviniera el sueño enseguida. Sueno como el final de

Jerry Maguire y estoy empezando a odiarme un poco a mí misma. Quizá me sentí tan enfadada por las acusaciones de acoso sexual no porque me sintiera decepcionada con él, sino porque estaba enfadada —enfadada de que alguna tontería que había cometido en el pasado pudiera afectar tanto lo que él y yo tenemos ahora.

Y eso era lo que más le asustaba. Es lo que hacía que una

parte muy pequeña de sí misma se preguntara si debería terminar el asunto con él. Ellington le hacía sentir a salvo, segura y amada, pero depender tanto de él le hacía preguntarse cómo podía eso afectar su buen juicio en el futuro, y como resultado, su carrera profesional. Aunque nunca se había visto a sí misma como una feminista, tampoco se había visto como el tipo de mujer que llegara a necesitar un hombre en su vida para sentirse completa.

Y, aun así, ahí estaba…

Estos pensamientos le resultaban pesados, como piedras que estuvieran oprimiéndole el pecho. Claro que esas piedras fueron las que eventualmente le ayudaron a caer en el sueño a pesar de que era íntimamente consciente de la falta de Ellington al otro lado de la cama.

***

Los campos de maíz eran una característica tan habitual de sus sueños que le daba la sensación de que se adentraba en un parque de atracciones. Sabía lo que podía esperar en sus bordes y en sus senderos principales, pero eran las cosas que existían dentro del campo las que sabía que podían arruinarla. Así que, cuando empezó a soñar con esos maizales de Nebraska por segunda vez desde que consiguiera llevar al asesino de su padre ante la justicia, lo hizo con una temerosa familiaridad.

Estaba de pie en medio de una de las hileras, mirando hacia el horizonte que estaba pintado de los rojos y dorados del atardecer. Había sangre en las copas y pisadas leves a lo largo de esa hilera. Siguió las pisadas, y una sensación de peligro inminente surgió casi de inmediato. Fue a por su Glock, pero descubrió que no estaba allí. De hecho, la funda no estaba allí tampoco—como no estaban sus pantalones.

Estaba de pie en el maizal, un hecho que le trajo a Malory Thomas su mente adormecida. La tierra estaba cálida bajo sus pies descalzos, recordándole a la arena de una playa. Caminó junto a la hilera, mirando hacia delante a la luz fracturada del atardecer a través de los tallos de maíz- Dio dos pasos, y después un tercero—y entonces la tierra cambió.

La tierra seca se transformó en madera, los tablones de madera de

alguna clase de pasadizo. El campo de maíz que le rodeaba seguía siendo el mismo, excepto por esto. Continuó caminando, mientras se chocaba contra los tallos a su paso. La madera se alisaba de vieja bajo sus pies y cuando miró a su alrededor, vio que no había tierra debajo de los tablones de madera, solo tallos de maíz que parecían haber crecido a través de los tablones. Mackenzie dejó de caminar, apartó suavemente algunas de las hojas de los tallos a un lado, y miró hacia delante.

Al otro lado de las dos hileras de tallos, estaba el campo abierto. Había una bajada. Y esperando al fondo estaba el lecho reseco del río debajo del Puente de Miller Moon.

Estaba de pie sobre el puente. No había raíles, solo unos tallos de maíz de algún otro momento terrible de su vida, como si todos los recuerdos que había creado se estuvieran entrelazando entre ellos para acosarla.

Sorprendida, soltó un grito y dio unos pasos hacia atrás. Brevemente, tocó los tallos que había al otro lado del puente por detrás suyo, pero para entonces, ya era demasiado tarde. Su pie izquierdo dio con espacio abierto en su retirada hacia atrás. Luchó por mantener el equilibrio, pero ya había perdido la batalla con la gravedad.

Se estaba cayendo. Sus dos pies dieron una voltereta en el aire. Y mientras caía, mientras el puente y los tallos de maíz se desvanecían cada vez más a medida que se caía, vio la silueta oscilante de Malory Thomas a un lado del puente. Malory estaba pidiendo ayuda a gritos, pero lo único que Mackenzie podía hacer era gritar de vuelta.

Gritó con fuerza, esperando el impacto, esperando golpearse y sentir esa última ráfaga de dolor al estrellarse contra las rocas que había al fondo del puente.

Sus oídos estaban llenos de zumbidos, rítmicos y alejados, algo familiar que le seguía en su descenso.

Se despertó sobresaltada y se dio cuenta de que el sonido del zumbido provenía de su teléfono móvil.

Agarró el teléfono y miró la llamada y la hora de un vistazo. Eran las 4:50 de la mañana y la llamada provenía del alguacil Tate.

“Al habla la agente White,” respondió.

“Estás de vuelta en el pueblo, ¿verdad?” le preguntó.

“Sí, en el motel. ¿Qué pasa?”

“Tenemos otro cadáver. ¿Crees que podías pasar a examinarlo?”

Vio de nuevo el extraño puente híbrido de su sueño y la idea de mirar hacia el fondo le causó escalofríos. Trató de decirse a sí misma que simplemente se debía a que aún no estaba despierta del todo.

“Claro. ¿Ya estáis vosotros allí, al fondo del puente?”

“Pues la verdad es que no. Este no está en el puente. ¿Sabes dónde está la torre del agua?”

“Sí.” La había visto en las dos ocasiones que había venido al pueblo e hizo planes para estará allí en cuanto le fuera posible. Se arrojó algo de agua fría a la cara y se vistió lo más rápido que pudo. Y hasta mientras sacaba el coche del aparcamiento del motel cinco minutos después, no se podía sacudir aun la sensación de su sueño—una sensación intensa y gutural de estar cayendo desde las alturas.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Mackenzie tuvo la suficiente fortuna como para acabar conduciendo por detrás de un coche patrulla de camino hacia la torre. Entre tanta curva y desvío de esas carreteras secundarias, de ninguna manera la hubiera encontrado con la facilidad que suponía. Siguió al coche de la policía por una carretera que era muy similar a la que llevaba al Puente de Miller Moon, solo que, en vez de gravilla, esta se convertía en una pista de tierra. A unos cientos de metros más abajo, pasaron a través de una valla metálica, cuya entrada ya había sido abierta.

Condujo entre la polvareda que levantaba el coche por delante suyo hasta que se detuvo. La torre destacaba entre la oscuridad de antes del amanecer, como si le estuviera dando la bienvenida.

Cuando se bajó del coche, comprobó que al volante del coche patrulla que había seguido iba el agente Roberts. Este le lanzó un gesto de reconocimiento a medida que caminaban junto a los otros dos coches de la policía.

Los únicos policías que estaban en la escena eran el alguacil Tate y su ayudante Andrews. Estaban de pie junto a un hombre que llevaba un polo y un par de pantalones de estilo militar desgastados.

La solitaria camioneta aparcada junto a los coches patrulla llevaba un cartel de Mantenimiento del Estado en su puerta. Mackenzie asumió que se trataba de un empleado del condado, probablemente el responsable de abrir la puerta de acceso por la que habían pasado.

Mackenzie ya podía ver la forma del cadáver, que yacía directamente debajo de la torre del agua. La escena era algo menos formal que la de Kenny Skinner debajo del puente; las únicas luces que se estaban utilizando eran los focos delanteros de la camioneta de mantenimiento y del coche del alguacil.

“¿Ya tenemos una identificación?” preguntó Mackenzie.

“Se llama Maureen Hanks. Treinta y dos años. No se lo hemos dicho a nadie todavía, ni siquiera a la familia. Tiene una niña de tres años.”

Al decir esto, Tate pareció atragantarse un poco. Cautelosamente,

Mackenzie se acercó al cadáver. No estaba en tan mal estado como el cadáver de Kenny. Por el aspecto que tenía, la única herida visible era el cuello roto. Había un poco de sangre, que creaba un halo alrededor de su cabeza. Mackenzie se imaginó que cuando movieran el cuerpo, encontrarían bastante más.

"¿Cómo la descubrieron?"

Tate solo frunció el ceño por respuesta, dejando que respondiera el ayudante Andrews. "Su marido denunció su desaparición a la una de la madrugada," dijo. "Pusimos a un agente a conducir por todas partes en su búsqueda… para ser francos, nada demasiado activo. Hay rumores sobre ella y otro hombre, aunque no sé si han llegado a oídos de su marido. Así que el agente dio una vuelta por el pueblo, buscando en algunos de los puntos donde hemos detenido a adolescentes por aparcar para liarse. Encontró su cadáver poco después de las cuatro de la mañana… hace poco más de una hora."

"¿Alguna idea sobre quién puede ser su amante?" preguntó Mackenzie.

"Bueno, todo es especulación," dijo Andrews, "pero todos los signos apuntan a un tipo llamado Bob Tully. "No tiene antecedentes, es un tipo bastante decente, a decir verdad. En fin, si le quitamos todo eso de estar tirándose a la mujer de otro hombre, supongo."

Mackenzie desvió la mirada del cuerpo de Maureen Hanks y comenzó a rodear lentamente la torre del agua. Aún no estaba segura de lo que andaba buscando, aparte de una manera clara de llegar al pequeño pasadizo que rodeaba la parte superior de la torre.

Encontró ese punto de acceso en la parte posterior de la torre. Era una escalera delgada compuesta de raíles de metal. Parecía bastante sólida, solo que algo estrecha. La idea de tener que subirla en repetidas ocasiones por un trabajo le revolvió un poco el estómago. Escuchó cómo se aproximaba Tate, enchufando la linterna hacia ella. El hombre de mantenimiento del condado caminaba por detrás suyo, manteniendo su distancia como si no quisiera tener nada que ver con todo ello.

"¿Entonces esta escalera está ahí sin más, al aire libre, todo el tiempo?" preguntó Mackenzie.

"Sí," dijo el hombre de mantenimiento. "Está atornillada al lateral de los soportes que sujetan la torre. Acaba allí arriba sobre la plataforma."

“Que usted sepa, ¿ha habido problemas alguna vez con gente que haya subido allá arriba solo para pasar el rato?”

“Que yo sepa, no,” dijo. “La verja por la que acaba de entrar siempre está cerrada. Ahora que, si somos francos, hay un camino trasero para acceder a ella.” Señaló a la izquierda, donde había una franja de árboles envuelta en la oscuridad de la noche. “A unos cincuenta metros al otro lado de ese grupo de árboles y arbustos, hay un viejo campo. Solía ser un campo de heno, me parece a mí. Entonces hay una serie de viejas carreteras de cazadores y de leñadores que dan vueltas durante un rato hasta que uno regresa a las carreteras principales. Si alguien realmente quisiera llegar a la torre, podría venir por ese camino, a través de esos árboles.”

Mackenzie caminó por debajo de la torre. Podía sentir su inmenso tamaño y su peso por encima de su cabeza. Cuando elevó la vista, Tate le siguió la mirada con el haz de luz de su linterna. A medida que la luz viajaba por los robustos soportes, Mackenzie señaló algo.

“Justo ahí,” dijo. “El grafiti. ¿Lo ve?”

Tate retiró la luz un poco y la enfocó donde alguien había garabateado algunas leyendas con pintura de spray. Se acercaron más y vieron que también había otras cosas escritas. Algunas estaban marcadas con un cuchillo, otras garabateadas con rotulador. Denny ama a Amy. Para pasar un buen rato llama al 555-2356, pregunta por la MAMÁ de Paul. ¡NIN por siempre! ¡ANARQUÍA!

Había más, pero era todo lo mismo—casi como si lo hubieran copiado y pegado de otra pared llena de grafiti. Dibujos explícitos de genitales, comentarios groseros sobre mujeres.

“¿Alguna vez has detenido a alguien del pueblo por pintar grafiti?” le preguntó Mackenzie a Tate.

“Lo cierto es que sí,” dijo Tate. “Es un chico de veintidós años que etiquetó uno de los viejos graneros de cereales al otro lado del pueblo como hace un año más o menos. También le gusta jugar con fuego. Empezar fuegos en campos abiertos, incendiar viejos contenedores de basura detrás del supermercado, cosas así.”

“Bueno, el grafiti es prueba de que al menos hay unas cuantas personas que están escalando la verja que hay en la carretera o llegando aquí por el camino de atrás. Y si alguien vino aquí para arrojar a esta mujer desde arriba, seguramente llegó por el camino de atrás.”

“¿Es que piensas que hay alguna posibilidad de que se trate de un suicidio?” preguntó Tate.

“No. No después de los detalles que poco a poco están surgiendo en los casos de Malory Thomas y Kenny Skinner.”

“¿Y por qué la torre del agua?” preguntó el empleado de mantenimiento.

“Porque seguramente el asesino haya visto que tenéis la carretera de acceso al Puente de Miller Moon bajo estrecha vigilancia. Tenía que encontrar algún otro sitio al que ir.”

“Pero eso plantea otra pregunta totalmente distinta,” dijo Tate.

“Así es,” asintió Mackenzie. “¿Por qué necesita un sitio elevado? Si quiere matar a esta gente, ¿por qué no lo hace de una manera más simple? ¿Por qué tomarse el tiempo de acarrearlos hasta el puente o de forzarles de alguna manera a que suban por esta escalera?” dijo Mackenzie, señalando hacia la escalera que llevaba a la plataforma que rodeaba la torre del agua.

Con una leve sensación de náusea en el estómago, caminó hacia la escalera. Miró hacia arriba y trató de imaginarse a alguien que le forzara a subir por ella. ¿Qué haría falta? ¿Un arma en su espalda? ¿Alguna amenaza de daños físicos?

“Alguacil, ¿tenéis en el coche el equipo necesario para espolvorear esto en busca de huellas?”

“Claro. Dame un segundo.”

Mientras Tate regresaba a su coche y hablaba con el ayudante Andrews durante unos instantes, Mackenzie regresó al cadáver de Maureen Hanks. Llevaba toda su ropa puesta, y aparte de la descoloración y la hinchazón alrededor de su cuello obviamente fracturado, no vio señales de ninguna lucha. Se dio cuenta de que de nuevo tenía que ser paciente y esperar a los resultados de la autopsia. Más esperas, más idas y venidas de DC, intentando encontrar algún camino.

O podría quedarme aquí durante unos días, pensó. Tengo a ese hombre que se estaba acostando con ella con el que hablar y además está el pirómano local que ha mencionado Tate. Hay mucho que hacer por aquí —muchas razones para mantenerme alejada de DC mientras se tranquiliza todo este asunto con Ellington.

Tate y Andrews volvieron con un equipo de pruebas mientras Roberts y el empleado de mantenimiento se quedaban rezagados junto a los coches. Mackenzie se quitó del medio, permitiendo que los agentes hicieran su trabajo. Observó cómo Andrews cepillaba el área con pericia en busca de huellas. Andrews hizo el trabajo, comprobando los cuatro primeros peldaños de la escalera en busca de huellas. Cuando terminó cinco minutos después, le miró encogiéndose de hombros.

"Las comprobaremos, pero no me esperaría demasiado. Sabemos que las huellas de Maureen estarán ahí, y probablemente las de uno o dos empleados del condado."

"Al menos es algo," dijo Mackenzie, elevando de nuevo la vista hacia la escalera. Entonces miró a Tate y dijo: ¿Puedo pedirte prestada la linterna?"

Él se la pasó y al instante, miró hacia la escalera. Por lo visto, ya sabía lo que ella estaba pensando. "¿Quieres un par de ojos adicionales?"

"Gracias, pero creo que estaré bien. ¿Qué altura tiene?"

"Creo que algo más de cuarenta metros," dijo Andrews.

Para ser francos, lo cierto es que sí que prefería que alguien le acompañara, pero la idea de estar allá arriba en un espacio que ya era reducido con otra persona le ponía de los nervios.

Mackenzie se metió la linterna al bolsillo de su chaqueta. Era una Maglite más bien grande, y la parte de atrás se le salía del bolsillo. Lentamente, empezó a ascender. Se sintió bien en los primeros peldaños, pero cuando vio que el suelo iba desapareciendo paulatinamente por debajo de ella, empezó a sentir temblores. Su temor a las alturas no era muy intenso pero lo bastante como para provocar que se detuviera.

Mantuvo la vista enfocada hacia delante, observando sus manos a medida que pasaban de un peldaño al siguiente. Sentir las patas y los soportes de la torre del agua cerca de ella le ayudaba a sentirse estable, pero seguía sintiéndose casi encallada mientras ascendía.

Por fin alcanzó la plataforma, y tuvo que darse un empujón empleando los agarraderos de metal junto al borde del raíl de seguridad que bordeaba la plataforma. Puso el pie lo más cerca que pudo del tanque del agua, obligándose a no mirar hacia abajo.

Recorrió toda la plataforma con la luz de la linterna. Estaba sucio y rayado, pero no había obstrucciones. Caminó hacia el otro lado de la bomba y las válvulas que había al extremo trasero y continuó el circuito completo alrededor de la plataforma.

No estaba segura de lo que estaba buscando. Quizá nada… quizá solo quería tener la sensación de cómo sería estar aquí de pie en este estrecho espacio, sabiendo que alguien que estaba contigo tenía la intención de hacerte daño.

Pero todavía más importante que eso, pensó, ¿en qué clase de espacio mental tiene uno que estar para tener el deseo de subir alguien aquí arriba con la expresa intención de empujarles desde lo alto?"

Finalmente, se permitió a sí misma mirar hacia abajo desde la valla de seguridad que le llegaba a las costillas. Vio los coches, enfocando sus luces de cruce hacia delante. Las sombras de Tate y de Andrews se extendían dentro de la oscuridad. El empleado de mantenimiento y el agente Roberts daban la impresión de ser pequeños figurines de acción acurrucados junto a los coches.

Y después estaba, claro está, Maureen Hanks. Su cuerpo casi parecía ser parte del paisaje. Si no fuera por los ángulos de sus rodillas y sus codos, uno podía pensar que alguien se había desecho de algo de basura tirándola desde esta altura.

Quizá este sea el modus operandi del asesino. Desde aquí arriba, todo parece pequeño. Pequeño e insignificante.

Era un sentimiento escalofriante que tener mientras se estaba de pie sobre una delgada tira de metal y hierro a cuarenta metros de altura sobre el suelo. Pero, al mismo tiempo, no podía negar el sentimiento de que, de alguna manera, ella se sentía superior a lo que veía allá abajo desde estas alturas. Era, pensó, exactamente el tipo de sentimiento con el que un asesino necesitaba conectar para hallar algún sentido de autoestima.

Fue este leve boceto de un perfil lo que le dio el valor para caminar lentamente de vuelta a la escalera. Pero en el momento que su pie se aventuró en el espacio vacío en busca del peldaño, pensó en su sueño, en cómo el reclamo de la gravedad estaba a tan solo un peldaño resbaladizo de distancia.

CAPÍTULO DIECISIETE

Mackenzie dejó que el alguacil Tate le acompañara por el camino hasta la dirección de Lawrence King. King era el chico de veintitantos que había comentado era una especie de pirómano residente en el pueblo. De camino a la casa móvil de King, Tate hizo lo que pudo para describir al sospechoso sin ser demasiado despectivo.

"No es que tenga una minusvalía mental o algo así," explicó Tate. "Es solo que es… lento. No sé de qué otro modo explicarlo. Te pones a hablar con él y no está del todo presente."

Mackenzie asintió porque ya había visto a ese tipo de persona antes. Normalmente, la gente que vivía con una tendencia a la destrucción solo de pequeñas cosas (en vez de los tipos de destrucción masiva que le venían a uno a la mente cuando se pensaba en terroristas), tenían una mirada vacía en los ojos. Hablaban como si estuvieran calculando cada palabra, quizá para asegurarse de que no estaban revelando nada—asegurándose de que no estuvieran abriendo una puerta que mostrara su vulnerabilidad.

Llegaron al parque de tráileres donde vivía King a las 6:12 de la mañana. El lugar estaba muerto a excepción de un solo camión de trabajo que salía rodando por la entrada del parque hacia la carretera principal. Tate iba conduciendo y Mackenzie notó que no necesitaba consultar la base de datos para encontrar su dirección; sabía dónde vivía Lawrence King, quizá debido a su reputación.

Tate aparcó el coche delante de un tráiler que era la definición de una casa móvil. Había un pequeño porche torcido que cubría la primera parte del tráiler. Una puerta con pantalla de cristal estaba ligeramente entreabierta, cubriendo una puerta principal que parecía estar hecha de cartón. A medida que subían por los destartalados peldaños del porche, Mackenzie notó dos latas de pintura en spray, abandonadas y tiradas de lado en una esquina del porche. Vio unas cuantas latas vacías de refrescos, a las que habían quitado el fondo y que estaban adornadas con marcas obvias de que las habían quemado.

Tate llamó a la puerta con bastante fuerza. El tráiler entero pareció echarse a temblar con la fuerza del golpe.

"¿Hay alguna posibilidad de peligro aquí?" preguntó Mackenzie.

"Lo dudo mucho," dijo Tate. "No sé si tendrá la capacidad de

atacar a alguien dentro de él. Pero la verdad… ahora que pienso en ello, arrojar a gente de lugares muy altos puede ser algo que encaje con él. Puede que entiendas lo que quiero decir cuando lo veas tú misma.”

Todavía no habían obtenido una respuesta, así que Tate llamó de nuevo a la puerta. Mackenzie podía ver que se estaba enfadando. Su postura y comportamiento—además del hecho de que había sabido al instante donde vivía King—hicieron que Mackenzie se preguntara si Tate había estado aquí unas cuantas veces con anterioridad. Tenía sentido si King tenía antecedentes por piromanía.

Después de otros treinta segundos, salió Lawrence King a abrir la puerta. Era un hombre esquelético con cabello negro alicaído, que parecía tener unos veintipocos años. Solo llevaba puestos unos pantalones cortos, que seguramente se había puesto a toda prisa cuando le habían sacado de su sueño dando golpes a su puerta. Era evidente que no estaba del todo despierto, y achinaba los ojos para mirarlos, aunque el sol todavía no estuviera brillando del todo en el cielo matutino.

“¿Qué?” preguntó King, por lo visto no demasiado preocupado de que hubiera un policía en su puerta a primera hora de la mañana.

“Lawrence, lamento haberte despertado tan temprano esta mañana, pero necesito hacerte algunas preguntas.”

“Está bien.”

Era evidente que no les iba a invitar a pasar adentro. También era evidente para Mackenzie que Lawrence King no era hombre de muchas palabras. Y solo en base a la manera en que manejó la situación, no pensaba que lo estuviera haciendo por ninguna clase de falta de respeto. Todavía estaba medio dormido y la verdad es que ni siquiera parecía encontrar nada de extraño en la situación.

“¿Dónde estuviste anoche?” le preguntó Tate.

“Después del trabajo me vine aquí y pillé algo de comer. Después de eso, me fui donde Mike Tharpe y jugué un poco al póquer.”

“¿Y cuánto tiempo estuviste allí?”

King se encogió de hombros. Ahora parecía estar despertándose. Las múltiples preguntas también parecieron crear un poco de alarma en su expresión. “Quizá unas dos o tres horas. Eran las once más o

menos cuando regresé a casa.”

“¿Y te fuiste directamente a dormir cuando llegaste aquí?”

“No, estuve despierto durante un rato. Viendo algunas cosas en Internet.”

Mackenzie estuvo observando el rostro de King todo el tiempo, intentando hacerse una idea de lo que estaba pensando. Cuando le dio su respuesta sobre ver algunas cosas en Internet, estaba segura de que estaba siendo honesto. Él le miró muy rápidamente y entonces miró hacia los tablones del porche. Le daba vergüenza admitirlo, lo que quería decir que había estado viendo algo comprometedor en Internet. Probablemente pornografía a juzgar por la expresión en su cara.

Tate le miró de vuelta, como preguntándole si quería tener su oportunidad de interrogarle. Esperó a que la mirada de King se volviera hacia ellos y los mirara. Cuando lo hizo, Mackenzie preguntó: ¿Cuánta gente había jugando al póquer anoche?”

King se tomó un momento para pensarlo. “Empezó con seis de nosotros. Entonces Jimmy Hudson perdió cincuenta pavos y se enfadó. Se puso a insultar a todos y se marchó. Pero el resto de nosotros seguimos jugando.”

“¿Y saliste ganando?” le preguntó Mackenzie.

“Sí, pero solo diez pavos. Menos da una piedra.”

“¿Quién más estaba jugando al póquer contigo?”

King le dio los nombres sin dudarlo ni un instante. Era evidente que entendía que sospechaban de él por alguna razón. Había pasado rápidamente de las adormiladas respuestas monosilábicas a las explicaciones más detalladas.

“Y bien, King,” le dijo Mackenzie, “¿conoces a una mujer que se llama Maureen Hanks?”

“Sé quién es, pero no la conozco bien. Es algo más mayor que yo, creo. Se graduó como tres o cuatro años antes.”

“¿Y qué hay de su marido? ¿Le conoces?”

“Le conocí en la secundaria. Un tipo bastante agradable. ¿Por qué? ¿Pasa algo?”

“No, nada en absoluto,” dijo Tate. “Hemos estado investigando algo esta mañana. Gracias por tu tiempo, Lawrence. Y mira… voy a necesitar que me des tu palabra de que esta conversación queda entre nosotros, ¿de acuerdo?”

King asintió. “Cuídese, alguacil.”

Dicho esto, Tate empezó a descender del porche. Mackenzie se sorprendió ante la repentina despedida, pero le parecía bien. No tenía más preguntas y ya había decidido qué pensar al respecto.

De vuelta en el coche, Tate giró la llave y salió marcha atrás del sucio patio. “¿Alguna idea?” le preguntó.

“Creo que es inocente. También creo que lo que fuera que vio anoche online le resultaba embarazoso.”

“Lo mismo digo,” dijo Tate. “Se le subieron un poco los colores, ¿no es cierto? De todas maneras… los nombres de los chicos con los que jugó al póquer… los conozco a todos. Supongo que son un grupo bastante decente de chavales. Haré las comprobaciones necesarias y me aseguraré de que sin duda Lawrence estuvo allí, pero espero encontrarme con que me ha estado diciendo la verdad. Tengo que recordarte, que le he interrogado al menos tres veces debido a acusaciones de piromanía y de hacer pintadas en propiedad pública. Es un mentiroso terrible… y lo que vi esta mañana…. No estaba mintiendo.”

Mackenzie asintió. También estaba segura de que Lawrence King no era el hombre que buscaban. Incluso si se acababan equivocando, lo sabrían en una hora como mucho, una vez comprobara Tate su coartada con los demás jugadores de póquer.

Era difícil ver esto como un callejón sin salida, al ver que, para empezar, ni siquiera había algún camino genuino a la vista. A Mackenzie le parecía que, si iban a conseguir cualquier tipo de información valiosa, provendría de Bob Tully, el hombre con el que Maureen había estado acostándose a escondidas.

A pesar de que ella no había estado a cargo del desarrollo de la agenda del departamento de policía de Kingsville, pensaba que estaban haciendo un excelente trabajo, cuando se tomaba todo en cuenta. Durante su visita a la residencia de King, otros dos agentes habían ido a la residencia de los Hanks para informar al marido de Maureen de que habían hallado su cadáver. Por cuestión de decencia y por el riesgo de difamar el carácter de Maureen todavía más, habían

decidido esperar unas cuantas horas antes de llamar a Bob Tully. Por supuesto, querían hablar con él antes de que se corriera la noticia como la pólvora por todo el pueblo.

Escuchó conversaciones esporádicas entre Tate y sus hombres por la radio del coche patrulla y por medio de sus móviles mientras recorrían el trayecto entre el parque de casas móviles y la comisaría. Podía percibir el aire de pueblo de su departamento en estas conversaciones, especialmente en la mujer que estaba en el centro de comunicaciones de emergencia. Cuando habló por la radio, Mackenzie pudo percibir el dolor en su voz, intentando reprimir la emoción que le embargaba ante el hecho de que una mujer que había conocido toda la vida por su nombre de pila estuviera muerta—y que, probablemente, la hubieran asesinado.

Y mientras escuchaba todo esto, la mente de Mackenzie retrocedió hasta el momento en que había estado de pie sobre la plataforma de la torre del agua. Intentó reconectar con la sensación de estar por encima de todo, de estar en uno de los puntos más elevados de Kingsville y de la sensación de poder aplastar todo lo que había por debajo de ella.

Era un sentimiento extraño, uno con el que ella no se relacionaba. Sin embargo, al mismo tiempo, tenía la sensación de que había algo allí… quizá algo que se le estuviera pasando por alto.

La idea no se alejaba de su mente y todavía le estaba molestando al fondo de sus pensamientos cuando Tate entró con el coche al aparcamiento del departamento de policía de Kingsville. Y a pesar de que el sol ya había reclamado su lugar en el cielo, no podía evitar sentir esa oscuridad previa al amanecer a su alrededor, esperando a atraerla hacia una caída libre en el vacío.

CAPÍTULO DIECIOCHO

En comisaría, ya habían añadido el nombre de Maureen Hanks a la lista de las personas que habían muerto en el Puente de Miller Moon. A pesar de que no había muerto como consecuencia de una caída desde el puente, se estaba comparando su muerte con las demás porque había fallecido tras caer desde una gran altura. Ya había tres policías investigando informes y su base de datos para intentar encontrar conexiones entre Maureen y cualquiera de las demás víctimas.

Y sorprendentemente, ya habían encontrado una. El agente Roberts se la presentó al alguacil Tate y a Mackenzie cuando llegaron a comisaría.

“Parece que Maureen y Malory sirvieron en alguna clase de programa infantil en la iglesia Baptista de Kingsville hace dos veranos,” dijo. “Además de eso, no hay conexiones entre las dos. Tiene gracia, sin embargo, que Bob Tully fuera el tipo que habían contratado para cortar el césped de los terrenos y del cementerio ese mismo verano.”

Era una pista muy débil, pero al menos les ofrecía un pozo más hondo del que sacar más cosas si todo lo demás se agotaba. Mackenzie no podía ni imaginarse lo pesado de la tarea de averiguar quiénes fueron los chicos que atendieron el programa veraniego. Y después conseguir los nombres de sus padres y hasta los nombres de cualquier otra persona que hubiera echado una mano con el programa veraniego.

Eso sería toda una pesadilla, incluso con los recursos de DC, pensó mientras iba de camino a la sala de conferencias. Esperemos que no llegue a ese punto.

Se encontró con una cafetera llena hasta arriba en la parte de atrás de la sala de conferencias. Se sirvió una taza mientras Tate y Andrews llegaban por detrás. Andrews estaba hablando con alguien por teléfono, planeando una reunión. Cuando colgó, dio la impresión de que le estuvieran entrando náuseas. Mackenzie no quería ni imaginar el caos que se debe montar en un pueblecito como Kingsville cuando no cabe duda alguna de que hay un asesino acechando por allí.

“Ese era Bob Tully,” dijo Andrews. “Le dije que necesitamos hablar con él cuanto antes le sea posible, pero no le di ninguna razón. Viene hacia aquí en este instante.”

“¿Cómo reaccionó?” preguntó Mackenzie.

“Se sintió alarmado. Me preguntó si se trataba de su madre. Lleva algún tiempo enferma, pero se niega a tomarse las cosas con más calma. Cuando le dije que no se trataba de ella, pareció tranquilizarse. Sin duda, siente curiosidad, pero no trató de escabullirse de ello.”

“¿Qué hacemos si no es él?” preguntó Roberts.

“Todavía no podemos adelantarnos a decir eso,” dijo Mackenzie, pensando en el escenario dantesco de tener que escarbar en las pistas más minúsculas como el programa de verano que conectaba a Maureen Hanks con Malory Thomas. Resultaba de lo más enervante, porque Mackenzie sentía que, en un pueblo tan pequeño como este, las conexiones entre la gente deberían ser mucho más fáciles de desvelar.

“¿Entonces cuándo vamos a por él?” preguntó Andrews.

“No lo hacemos,” dijo Tate, quitándole a Mackenzie las palabras de la boca.

“¿Alguna vez se ha caído alguien de esa torre del agua?” preguntó Mackenzie.

“No,” dijo Roberts. “Hicimos que alguien lo comprobara esta mañana. No hay nada por el estilo. Nunca ha sucedido nada allá arriba de lo que tengamos conocimiento.”

“Así que el puente y después la torre del agua,” dijo Tate. “¿Por qué las alturas?”

“Yo también estoy tratando de encajar las mismas piezas,” dijo Mackenzie. “O el asesino es muy respetuoso de las alturas, como un adicto a la adrenalina que encuentra la cima de su adicción lanzándose desde los cielos o haciendo puénting, o quizá sea que las víctimas son las que tienen miedo de las alturas.”

“Ese es un buen punto,” dijo Tate. “Roberts, ¿podéis mirar eso tú y unos cuantos más? Buscad en los historiales, llamad a la familia y los amigos. Ya sé que no será divertido, pero esto es todo lo que

tenemos por ahora.”

Roberts no parecía muy contento con la tarea asignada, pero asintió brevemente y salió de la sala de conferencias.

“Entonces, ¿qué hacemos por ahora?” preguntó Andrews.

“Esperamos a Bob Tully,” dijo Mackenzie, sentándose con su taza de café. Miró hacia la sala de conferencias como si estuviera deseando que apareciera en cualquier momento.

***

Bob Tully apareció ocho minutos después. Iba vestido como para ir al trabajo, una pequeña empresa maderera a diez millas a las afueras del pueblo. Llevaba puesta una camisa sencilla de botones que había pasado por su buena cantidad de sudor y manchas durante su existencia. También llevaba puesto un par de vaqueros desgastados y un par de botas de trabajo hechas trizas. Cuando el ayudante Andrews le escoltó hasta la sala de conferencias, tenía una expresión de auténtica confusión.

La confusión pareció transformarse en preocupación cuando Andrews cerró la puerta de la sala de conferencias y se encontró de pie en una habitación con el alguacil del condado, su ayudante y otra mujer a la que no conocía de nada.

“No voy a tratar de engañarles,” dijo Tully. “Me habéis asustado un poco entre todos.”

“No creemos que haya necesidad de estarlo,” dijo el alguacil Tate. “Adelante, siéntate, Bob.”

Bob hizo lo que le dijeron, sentándose en una silla a la mesa de la sala de conferencias. Andrews también se sentó, ocupando el último asiento.

“En primer lugar,” dijo Tate, “me gustaría presentarte a la agente White del FBI. Está en el pueblo investigando algunas de las cosas trágicas que han sucedido últimamente. Doy por sentado que ya has oído hablar de Malory Thomas y Kenny Skinner, ¿verdad?”

“Sí, claro,” dijo Tully, mirando a Mackenzie con desconfianza.

“Te hemos pedido que vengas debido al otro cadáver que hemos encontrado esta mañana,” dijo Mackenzie. Decidió intervenir más pronto que tarde para calibrar sus expresiones faciales y su respuesta a un agente externo que pudiera considerarle sospechoso de haber cometido un crimen. Hasta el momento, parecía estar demasiado preocupado como para registrar nada más.

“¿Quién?” preguntó Tully.

Fue Tate quien le respondió, dando el nombre de una manera que insinuaba que sabían que el nombre significaría algo para Tully. “Era Maureen Hanks.”

Mackenzie vio claramente cómo desaparecía el color de su rostro. También vio que sus ojos comenzaron de inmediato a llenarse de lágrimas, pero que estaba haciendo todo lo que podía por reprimirlas.

“Te llamamos a comisaría,” continuó Tate, “porque conocemos el rumor que ha estado circulando por el pueblo durante unos cuantos meses. Un rumor sobre ti y Maureen.”

Al principio, Bob no dijo nada. Una lágrima se las arregló para escaparse y se la secó rápidamente del rostro.

“Está bien,” dijo Mackenzie. “Mira Tully, esto es lo que hay. No tenemos ninguna intención en absoluto de hacer vuestra relación—si es que había alguna—pública. Teniendo en cuenta que la señora Hanks acaba de morir, no hay ninguna ventaja en mancillar su reputación. Sin embargo, si realmente había algo entre vosotros dos, puede que seas nuestra mejor fuente de información.”

“¿Creen que la maté yo?”

“No he dicho eso ni de lejos,” dijo Mackenzie.

“Tiene razón,” dijo Tate. “Bob… tienes que decírnoslo ahora mismo. ¿Había algún tipo de relación entre Maureen y tú?”

“Sí,” dijo, la palabra saliendo de su boca como una respiración ahogada.

“¿Durante cuánto tiempo?”

“No lo sé. Quizá unos seis meses.”

“¿La viste anoche?” preguntó Mackenzie.

"Sí."

"¿A qué hora del día fue esto, y qué hicieron?"

Parte del color había regresado a la cara de Bob. Había algo de sonrosado en sus mejillas, casi del mismo color que había visto surgir en las mejillas de Lawrence King hacía menos de una hora. Casi se compadeció de él por un momento. Era evidente que no era el tipo de hombre que fuera a presumir de su conquista de una mujer casada. La verdad, pensó que tenía un aspecto bastante desgraciado.

"Nos encontramos en la carretera que se desvía del camino Briar," dijo. "Utilizábamos mucho ese lugar. Ella aparcaba el coche justo al lateral donde empieza a convertirse en una carretera de tierra, ¿sabe? Nos vimos ayer por la noche, justo antes de la puesta de sol. Nos metimos en mi camioneta, continuamos un poco más por el camino hacia donde está el campo, justo en el punto donde se puede ver la torre del agua. Y la verdad, prefiero no entrar en detalles sobre lo que sucedió después."

"Y no te vamos a obligar a que lo hagas," dijo Mackenzie. "Sin embargo, te ruego que comprendas que va a haber una autopsia. Así que, si los dos se acostaron, va a ser evidente que ella había sido sexualmente activa unas horas antes de su muerte. Si tuvisteis sexo sin protección, lo rastrearán de vuelta a ti en uno o dos días."

"Mierda," dijo él, y esta vez salió un leve sollozo.

"¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?" preguntó Tate.

"No lo sé con certeza. Quizá como una hora. Nos vimos justo antes de que anocheciera y ya era completamente de noche cuando saqué la camioneta a la pista de tierra."

"¿Y qué sucedió cuando te fuiste de allí?" preguntó Mackenzie.

"La dejé junto a su coche y me fui de allí. De la misma manera que hemos hecho siempre."

"¿Viste cómo entraba al coche?"

"No. Salí de allí bastante deprisa. Ayer… ayer me asustó un poco. Me hizo pensar que, si ella supiera que podía seguir saliéndose con la suya, seguiría haciendo lo que estábamos haciendo. Yo… me he estado sintiendo culpable al respecto durante un tiempo. Quiero decir… tiene una cría. Y… en fin, ¿ahora está muerta?"

“Sí,” dijo Mackenzie. “Hallaron su cadáver al fondo de la torre del agua. Tenía el cuello fracturado y todos los signos apuntan a que cayó desde lo alto de la torre.”

“¿Creen que saltó de la torre?” preguntó Bob.

“¿Lo crees tú?”

Sacudió la cabeza de inmediato. “No. No, no Maureen. Puede que sintiera algo de culpabilidad o de mala conciencia por lo que estábamos haciendo, ¿sabe? Pero no. No era del tipo que se suicida. Amaba a su familia, por extraño que suene, considerando con quién están hablando. Su niña pequeña era lo más importante del mundo para ella.”

“Perdona que te pregunte,” dijo Tate, “pero, ¿tienes alguna prueba de donde te encontrabas después de que la dejaras junto a su coche?”

“Unas cuantas, supongo. Pasé por la tienda de Pop y compré seis cervezas. Me fui a casa, me tomé unas cuantas cervezas y vi algo en la televisión. Seguramente Pop se acuerda de que pasé a por la cerveza. No había nadie en la tienda cuando pasé por allí. Por lo demás, aunque…. un momento. Hice una llamada de teléfono sobre las diez más o menos.”

“¿A quién llamaste?” preguntó Tate.

“A Sam Brooks. Estoy tratando de convencerle para que me venda una de sus guitarras acústicas.”

“¿Llamaste desde tu móvil?” preguntó Mackenzie.

“Sí,” le respondió. Sacó su teléfono móvil, buscó el historial de llamadas, y se lo mostró a todos ellos. Había realizado la llamada a las 10:07 y había colgado a las 10:12.

Mackenzie asintió. “Te seré honesta, Tully. No creo que lo hicieras tú. De verdad que no. Pero, teniendo en cuenta tu relación con ella y que probablemente fueras la última persona en verla con vida además de quien sea que la haya forzado a subir a esa torre, necesitamos interrogarte bastante exhaustivamente.”

“Entonces, ¿soy un sospechoso?”

“Sí, pero solo por defecto.”

“Ayudaré en lo que pueda,” dijo. “Pero realmente preferiría que su marido no se enterara de esto.”

“¿Utilizó un condón?” preguntó Mackenzie.

“Sí.”

“Entonces lo más probable es que se pueda omitir tu nombre del todo por el momento. Asumiendo que seas inocente, claro está.”

Bob Tully asintió y a Mackenzie le dio la impresión de que estaba mirando a un hombre destrozado. No estaba segura sobre si había sentido algo por Maureen Hanks además de la lujuria, pero se sentía claramente herido por la noticia sobre su muerte.

Sentía en las entrañas que Bob era inocente. Pero también sabía que, si no encontraban a un asesino enseguida, o al menos pruebas irrefutables de que Bob había estado en su casa toda la noche después de la llamada sobre la guitarra, seguramente acabaría pasando un futuro previsible en esta sala de conferencias o en una celda de detención en algún lado.

Entonces, supongo que necesito ver lo que puedo hacer para asegurarme de que eso no suceda, pensó Mackenzie mientras apuraba su taza de café.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Al final, acabaron soltando a Bob Tully por falta de pruebas sólidas, pero se implementaron unas cuantas formalidades. Le advirtieron de que no se fuera del pueblo hasta que se solucionara el caso y, en secreto, asignaron a un policía la tarea de vigilarle por si acaso. Mackenzie echó un vistazo al breve informe que se había redactado sobre el aparente asesinato de Maureen Hanks para asegurarse de que tenían cubiertas todas las bases.

Entonces, sin ningún camino de verdad que seguir, regresó a su coche y se dirigió hacia la torre del agua. Esta vez le resultó mucho más fácil, se acercó por la misma dirección que habrían tomado Bob y Maureen la noche anterior. Aparcó el coche donde asumía que habían aparcado Bob y Maureen. La torre del agua estaba quizá como a doscientos metros, un bulto blanco que se desvanecía en la distancia.

Mackenzie se bajó del coche y caminó hacia el grupo de árboles que separaba la vieja campa yerma de la torre del agua. Nunca había sido de las que se sentía molesta en plena naturaleza, pero había algo extraño en esa sensación de aislamiento de Kingsville. Solo podía adivinar lo que debía haber sentido Maureen Hanks mientras le llevaban hasta la torre del agua entre estos árboles y arbustos en medio de la noche.

Alcanzó el claro donde estaba la torre de agua y volvió a meterse debajo de ella. Examinó el grafiti y echó un buen vistazo alrededor por si había algo que se le hubiera pasado por alto la noche anterior. De nuevo fue hacia la escalera y ascendió por ella. Era menos estresante a la luz del día, más fácil convencerse a sí misma de que no tenía miedo de las alturas.

Desde la cima, miró hacia abajo, tratando de reconectar con esa sensación que había sentido la noche anterior—la sensación de poder, la sensación de estar de pie por encima de todos los demás.

Se preguntó si eso era lo que atraía al asesino a estos lugares elevados. ¿Necesitaba sentirse poderoso? Y de ser así, ¿cómo encajaba esto con su necesidad de matar a sus víctimas?

No, eso no tiene sentido, pensó. Si necesita la sensación de estar por encima de algo, probablemente también la necesita para conseguir que sus víctimas se suban a estos lugares elevados. Es más probable que esté trayendo las víctimas con él por alguna razón.

“Porque no quiere estar solo,” dijo en voz alta. Era algo fácil de considerar; al fin y al cabo, ella también había sentido la punzada del aislamiento solo con caminar hacia la torre del agua.

Cambió de marcha en su cabeza, intentando ver los puntos de vista de las dos escenas de asesinatos desde alguien que podía tener miedo de la altura en vez de utilizarla como una herramienta para fabricar un sentido del poder. De inmediato, le pareció que tenía sentido. Podría hasta ser algo así como un sistema sacrificial. El asesino lleva a las víctimas a estos lugares elevados, probablemente con la intención de matarlos de todas maneras, pero ¿por qué? Era una pregunta con multitud de respuestas potenciales, pero también le daba al menos alguna clase de motivo, por retorcido que fuera.

Que ella misma tuviera miedo a las alturas le hacía más sencillo identificar esto como un posible motivo. Pero todavía no sabía nada sobre el asesino. Iba a tener que hablar con alguien que supiera un poquito más sobre fobias específicas.

Y por suerte para ella, resulta que había alguien que podía servir de ayuda a menos de cinco millas de distancia.

***

Jan Haggerty no había sonado demasiado sorprendida de que Mackenzie le hubiera llamado y, quince minutos después, cuando salió a recibir a Mackenzie a su puerta, casi tenía el aspecto de estarle esperando. Los siguientes momentos fueron casi una reproducción de lo que había ocurrido la primera vez que Mackenzie le había visitado. Entraron a la cocina donde la doctora Haggerty sirvió dos tazas grandes de café negro antes de que pasaran a su despacho.

“Sabes,” dijo Haggerty. “Me acabo de enterar de lo de Maureen Hanks unos quince minutos antes de que me llamaras.”

“¿Cómo te enteraste tan pronto?” preguntó Mackenzie.

“Ah, el corre, ve y dile de los pueblos pequeños. Me llamó mi suegra y dijo que creía que seguramente recibiría una visita de esa señora del FBI de nuevo. Le pregunté por qué y me lo dijo. Y Dios sabe cómo se enteró ella.”

“¿Y cómo sabía que te vine a visitar esta semana para empezar?” preguntó Mackenzie.

Haggerty solo se encogió de hombros y tomó un sorbito de su café. Cuando dejó la taza sobre la mesa, dijo: "La gente de por aquí es bastante chismosa. Mucho me temo que es uno de esos estereotipos sobre los pueblos pequeños que son ciertos."

"En fin, la razón de que esté aquí de nuevo es porque esperaba que supieras un par de cosas sobre fobias—en particular, sobre el temor a las alturas."

"El miedo a las alturas se conoce como acrofobia," dijo Haggerty. "Realmente no se trata realmente de un miedo básico por las alturas. Es más bien un problema con la confianza—confiar en tu propio equilibrio y en que lo que te está sujetando a tal altura no te falle."

"¿Sabes si solo se trata de una cuestión de nacimiento, que algunos tienen y otros no? ¿O es posible que un evento traumático lo cree dentro de ti?"

"Estoy segura de que ambas cosas son ciertas," dijo Haggerty. Ponderó algo por un instante y entonces añadió: "Supongo que crees que el asesino tiene alguna atracción o aversión a las alturas, ¿cierto?"

"Así es," dijo. "Y esperaba que me pudieras ayudar a entender cómo puede pensar alguien así. Asumo que tiene miedo de las alturas y que está utilizando los asesinatos como una manera de superar ese miedo."

"Eso es interesante," dijo Haggerty. "¿Cómo llegaste a esa conclusión?"

"Además de una fascinación enfermiza con el control—que todavía no he descartado del todo—sencillamente, no hay ninguna razón de peso para elegir arrojar a la gente de una gran altura como medio para matarlos. Me hace pensar que está llevando a esta gente a estas alturas porque él es quien tiene miedo a enfrentarlas."

Haggerty asintió. "Interesante. Entonces podría estar empujándoles cuando descubra que no le están ayudando a superar este miedo."

"O cuando empiece a sentirse más seguro y los vea como innecesarios," añadió Mackenzie.

"Si estamos tratando con alguien que tenga este tipo de problemas mentales, hay unas cuantas cosas básicas que considerar," dijo Haggerty. "¿Cuál es la fuente de su miedo? ¿Por qué ha elegido

estas personas como sus víctimas? ¿Las ve como algún tipo de conexión con su miedo a las alturas?”

“Entonces, ¿estarías de acuerdo conmigo en que el asesino tiene un miedo a las alturas en vez de algún tipo de amor por ellas debido a la sensación de poder y control?”

“Sí, lo creo. Seguramente, alguien que estuviera en ello debido al aspecto del control no elegiría algo tan impredecible como unos lugares elevados para la escena del crimen. Hay demasiadas cosas que están más allá de su control. Hay demasiadas cosas impredecibles. A propósito… me pregunto algo… ¿Puedes decirme si Maureen Hanks estaba desnuda?”

“No, no lo estaba.”

“Pero Malory Thomas sí lo estaba, ¿verdad? Verás… hace que me pregunte si hay algún tipo de desconexión sináptica en el asesino. Una fobia legítima no es más que, en su origen, la excitación del cuerpo en una situación—que no es sexual en la mayoría de los casos, sino un estado exaltado de alerta. Cuando esto comienza, tu sistema nervioso inunda tu cuerpo ya sea con la necesidad de escapar o la necesidad de explorar algo más a fondo. Parece que nuestro asesino puede estar entre estos dos.”

“Así que, si tuvieras que apostar tu dinero, ¿dirías que el asesino tiene algún tipo de cuelgue mental?”

“Si lo tiene, no va a ser ninguno muy grave. Hacer que una mujer suba hasta la cima de la torre del agua requiere de paciencia, planeación y coraje.”

“Estaba pensando lo mismo,” dijo Mackenzie.

“Sabes, no soy una experta en fobias y con toda franqueza, no conozco a nadie que lo sea. Pero sé que hay grupos de apoyo para este tipo de cosas por todos lados. Si me das un segundo, seguramente pueda encontrar la tarjeta de visita de alguien que lleva uno de esos grupos cerca de donde tú vives.”

“Eso sería perfecto. Gracias.”

Mackenzie dio unos sorbitos a su café mientras Haggerty se iba a alguna otra parte de la casa. Mackenzie empezaba a pensar en el tipo de persona que pudiera sentir ese mismo tipo de control y de poder que había contemplado mientras estaba de pie en la torre del agua.

Pero era más complicado que eso; también tenía que ser alguien que tuviera miedo de tales alturas—y quizá, si se atrevía a ir un paso más allá, un respeto y admiración de ese miedo.

Unos momentos más tarde, Haggerty apareció con la tarjeta de visita que le había prometido. Se la entregó a Mackenzie con el ceño fruncido. “De veras me gustaría poder ser de más ayuda.”

“Tonterías,” dijo Mackenzie. “Has servido de tremenda ayuda. Las pequeñas cosas como esta,” dijo, levantando la tarjeta de visita, “normalmente pueden ser de mucha más ayuda de lo que se puede esperar.”

“Así lo espero,” dijo Haggerty. “Cuando las habladurías sobre lo que ha pasado en el pueblo se extiendan de verdad, las cosas van a ser un caos total. La gente deja de confiar en los demás. Se rompen lazos amistosos y familiares. Las cosas se pueden poner muy desagradables en un pueblo como este.”

“Bueno, esperemos encontrar a nuestro asesino antes de que las cosas lleguen hasta ese punto,” dijo Mackenzie.

Aun así, cuando se marchó dos minutos después con nada más que una vieja tarjeta de visita por sus molestias, encontrar a un asesino parecía más difícil que nunca.

CAPÍTULO VEINTE

Mackenzie estaba contenta de que Kingsville solo estuviera a una hora de distancia de DC, ya que eso le hacía mucho más soportables la monotonía de las idas y las venidas. No se sentía abandonada como normalmente lo estaría si le hubieran enviado a un caso en otra parte del país. Debido a la gran proximidad, solo tardó cuarenta y cinco minutos en llegar de Kingsville a Herndon, que la pondría a tan solo veinte minutos de DC cuando terminara.

La tarjeta de visita que le había dado Haggerty era de un hombre llamado Oswald Gates. La tarjeta decía que era un LPC especializado en "obtener la paz y el descanso mediante situaciones de grupo." Parecía bastante agradable por teléfono y aunque no había facilitado un grupo relacionado con fobias en más de un año, se entusiasmó con la posibilidad de conocerla.

Su consulta se encontraba en un pequeño edificio de ladrillos justo en el centro de la ciudad. Cuando Mackenzie aparcó delante de él, asumió que el edificio de aspecto genérico era el tipo de lugar donde se realizaban reuniones habituales de Alcohólicos Anónimos, y donde solían organizar ventas de cachivaches o de pasteles para las organizaciones de caridad locales durante los fines de semana. Quizá de un modo un poco injusto, se imaginó que era el lugar ideal para que la gente charlara sobre sus miedos.

Entró al edificio y descubrió que olía a un detergente de pino y a café fuerte. Imaginó que era una especie de centro comunitario, hasta el detalle del tablero de corcho en el pasillo con postillas, posters, y anuncios sobre acontecimientos venideros. Al final del pasillo, se encontró con el despacho de Oswald Gates. Estaba de espaldas a la puerta, hurgando dentro de un archivador gris y magullado. Mackenzie llamó a la puerta y Gates se dio la vuelta para recibirla. Era un afroamericano de mediana edad con una barba bien cuidada que cubría la mayor parte de su rostro. Llevaba un par de gafas de lectura que hacían que sus ojos parecieran enormes.

"Hola, señor Gates," dijo ella. "Gracias por reunirse conmigo tan deprisa."

"Por supuesto," dijo. "Sabe, como Kingsville está tan cerca de aquí, me he enterado de esos suicidios. Pero por teléfono me di cuenta de que ¿cree que puede haber algo más en todo ello?"

"Eso es lo que parece," dijo Mackenzie. "Como dije, tengo su número gracias a Jan Haggerty y ella pensó que usted podría ofrecerme algunas ideas sobre el estado mental de alguien que tenga miedo a las alturas."

"Sin duda puedo intentarlo," dijo él. Golpeó con la mano una pila de archivos que sin duda había sacado del archivador que había detrás suyo. "¿Qué le gustaría saber?"

"¿Cuánta experiencia tiene con gente que padece de acrofobia?"

"Bastante, la verdad. El miedo a las alturas es el miedo más común entre los seres humanos. Es tan habitual que la mayoría de la gente ni siquiera piensa en venir a grupos de apoyo para ello porque creen que es perfectamente normal. Pero he trabajado con unos cuantos."

"¿Recuerda a alguno que fuera agresivo? ¿Cree que la agresión o incluso la depresión parezca estar conectada con el miedo a las alturas?"

Gates se tomó un momento para pensar en ello y después sacudió la cabeza. "No. De nuevo, es un temor tan común que rara vez hay alguien que se avergüence de ello. Ahora, hay gente que tiene miedo de las alturas incluso cuando miran hacia abajo desde la valla de su porche y esos son los que se pueden sentir avergonzados de su fobia. Pero no… que yo sepa, basándome en mi propia experiencia y lo que he leído sobre el tema, la agresión no es una consecuencia de la acrofobia."

"¿Me puede decir quizá algunas cosas que usted pueda asociar con la gente que tiene este miedo?" preguntó Mackenzie.

"Claro, es bastante fácil. Trabajé con un hombre durante unos seis meses porque sabía que se iba a meter en una profesión en la que tendría que viajar mucho. Y la idea de meterse en un avión no le asustaba en absoluto. Era la posibilidad de que pudiera echar una ojeada desde la ventana cuando estuviera en el aire. Tuvo terrores nocturnos sobre esto durante meses.

"Pero incluso en su caso, fue un miedo fácil de procesar. Un día, le llevé al tejado de este edificio. Tuvimos una sesión allí arriba. Lo pasó fatal todo el tiempo, pero cuando le mostré la salida de incendios en la parte de atrás—le mostré que había una manera segura de bajar hasta el suelo—eso le ayudó. Después fuimos a otro edificio y a otro más hasta que un día subimos a la torre del reloj cerca del centro de la

ciudad. Cuatro pisos de altura y fue capaz de mirar hacia abajo sin perder los nervios.”

“Entonces ¿cree que un enfoque gradual ayuda a la gente a superar su miedo?”

“Sí, y hay publicaciones y estudios sobre ello que lo confirman.”

“Entonces, en base a lo que usted sabe, ¿cuál cree que pueda ser la causa de que alguien que tiene miedo de las alturas se lleve a alguien con ellos a la fuerza hasta un lugar elevado?”

Gates frunció el ceño y dijo, “¿quieres decir como un puente o una torre?”

Mackenzie asintió. Aunque todavía no estaba segura al cien por cien del hecho de que el asesino tuviera miedo de las alturas, la mirada de pena en la cara de Gates le hizo inclinarse incluso más por ello.

“Es difícil de decir,” respondió Gates. “Quizá sea porque es una transferencia de poder o control. No es impensable asumir que, como les asusta estar en esos lugares elevados, tener el control total sobre alguien en ese escenario les puede hacer sentir más fuertes. Podrían estar utilizando a las víctimas como una fuente de poder.”

“Se refiere a la mentalidad que piensa ‘puede que yo esté asustado de estar en este puente, pero sin duda alguna te tengo a ti bajo mi control, así que al menos estoy en control de algo.’ ¿Algo por el estilo?”

“Algo por el estilo, exactamente,” dijo Gates. “Aunque creo que, si además lo está llevando hasta el asesinato, puede que se trate de algo más que simplemente superar un temor. Creo que, en ese caso, se trata más de controlar a la víctima. Está tratando de librarse del temor viendo esos lugares elevados como algo diferente a un lugar que le asusta. Parece que esté tratando de que el lugar se relacione totalmente con el control.”

“Y aunque ese sea un punto de vista retorcido, ¿cree que alguien pueda conseguir librarse de su temor de esa manera?”

“Francamente, no lo sé. Eso está demasiado lejos de cualquier cosa que se me haya pasado por la mente.” Suspiró y sacudió la cabeza como si tratara de sacarse la idea de la mente. Entonces empujó la pila de archivos que había estado delante de ellos hacia

Mackenzie. “Repasé mis archivos de los cinco años pasados. Lamento decir que esto es todo lo que pude encontrar.”

Mackenzie abrió el primer archivo de par en par. La pila contenía solo siete y cada uno de ellos era muy grueso.

“¿Qué son estos?” preguntó.

“Las notas y archivos que tengo sobre todo el que ha pasado por mi puerta que tuviera un temor legítimo a las alturas en los últimos cinco años. Como dije, no hay muchos que busquen ayuda de verdad para ello. Y la verdad es que no sé si algo de eso le ayudará. Me imaginé que quizá encontrara algún tipo de similitud entre todos ellos que le pueda ayudar.”

“Claro, esto es fantástico, gracias.”

“Sin embargo, le pido que por favor no se los lleve con usted. Por asuntos de confidencialidad y todo eso. Sin embargo, puede que esté dispuesto a hacer la vista gorda si quiere llevarlos a la sala de impresión al otro extremo del pasillo y hacer copias.”

“Creo que simplemente los repasaré aquí mismo si no le importa. No debería tardar más que unos minutos.”

“Adelante,” dijo Gates. “Necesito agarrar unos papeles de la sala de impresión, así que siéntase como en su casa. Regresaré en un momento.”

Dicho esto, Gates salió de la sala y se dirigió hacia el fondo del pasillo. Mackenzie no perdió ni un segundo y se zambulló de lleno en los archivos. Los archivos eran bastante delgados, algunos con solo una página de contenido. Pero Gates tomaba notas bastante buenas, detallando los pensamientos y las emociones de la persona además de hacer sus propias anotaciones. Vio mucho de lo que acababan de comentar, pero prestó más atención a algunos de sus listados de anotaciones.

Una mujer que había venido se sentía asustada hasta de los ascensores. Para ella, no era la visión de las alturas lo que le aterrorizaba tanto como la sensación de ascender hacia arriba. También vio un breve estudio sobre el hombre que Gates había mencionado—el hombre que quería superar sus temores para poder tomar vuelos de trabajo.

Pasó cinco minutos mirando las anotaciones, tecleando sus

propias notas en su teléfono cada vez que se encontraba con alguna cosa que mereciera la pena apuntar—y, con toda franqueza, no había gran cosa.

Claro está, hasta que llegó a la quinta carpeta.

Esta era la carpeta más gruesa con diferencia. Había tres páginas de notas escritas a máquina, una sola hoja con anotaciones realizadas por Gates, y entonces una docena más o menos de fotografías en blanco y negro. Repasó las notas, y se encontró con la historia de un hombre llamado Tyler Black. Las alturas le habían aterrorizado de pequeño, pero poco a poco, lo había acabado superando. De adolescente, le habían arrestado por exhibicionismo, cuando se acostó con alguien encima de un puente declarado en ruinas a las afueras de New Jersey. Con el tiempo, acabó mudándose a Landover, Maryland, por razones de trabajo, y allí había sido donde el antiguo temor le había asaltado de nuevo. Según decían las anotaciones de Gates, Tyler había empezado a tener sueños en los que se caía de edificios elevados o en los que se tiraba en paracaídas, pero este no se acababa abriendo.

Lo que más atraía a Mackenzie era el hecho de que se le hubiera ocurrido acostarse con alguien en un puente en ruinas. ¿Acaso lo hizo en un intento de superar su miedo? Si así era, venía a ser como una de las descripciones de su sospechoso que acababan de concebir Gates y ella hacía unos minutos.

Gates entró a la sala por detrás suyo en el momento que Mackenzie sacaba las fotos en blanco y negro del final de la carpeta.

"Ah, ese debe ser Tyler Black," dijo Gates.

Mackenzie estaba mirando la primera foto mientras Gates retomaba su asiento detrás del escritorio. Era una foto en blanco y negro de un edificio aparentemente al azar. La cámara tenía el ángulo necesario como para capturar el edificio entero. Tenía unas cinco plantas de altura, pero por lo demás, no tenía nada de especial.

"¿De qué son estas fotos?" preguntó Mackenzie.

"Tyler tenía un interés por la fotografía," explicó Gates. "Hacía retratos básicos, bodegones, ese tipo de cosas. Así que un día le recomendé que empezara a tomar fotografías de algunos de los lugares elevados que le asustaban. Lo hablamos y pensé que, si pudiera ver los lugares que le asustaban desde una perspectiva diferente, eso podía ayudarle a superar sus miedos. Verlos como un punto de enfoque de su arte en vez de un punto de enfoque de su temor."

“¿Y funcionó?” preguntó Mackenzie.

“Durante un tiempo, dio la impresión de que así era, pero dejó de venir a verme en medio de todo ello. Un día me llamó y me dijo que estaba mucho mejor. Cuando le pedí que me diera detalles, no conseguí gran cosa.”

Mackenzie asintió, impresionada con el enfoque de Gates. Lo de ver estos sitios elevados de una manera nueva a través de la lente de la fotografía era bastante genial. Examinó el resto de las fotos, una de las cuales era una captura de una vieja fábrica de ferretería con la torre muy alta de una chimenea en la parte de atrás. Era una fotografía fantástica, que demostraba que Tyler Black tenía muy buen ojo para este tipo de cosas.

Sin embargo, no fue hasta que llegó a la quinta fotografía que alguna foto captó su plena atención.

“Señor Gates… ¿sabía que esto estaba aquí?” preguntó.

“¿A qué te refieres?” le preguntó.

Mackenzie sacó una de las fotos en blanco y negro de la carpeta y se la pasó por encima de la mesa.

“Yo… ni siquiera me acordaba de esta,” dijo Gates, alternando su mirada entre la foto y Mackenzie. “¿Es este…?”

Mackenzie asintió, bajando la vista hacia la fotografía en cuestión.

“Sí. Es el Puente de Miller Moon.”

CAPÍTULO VEINTIUNO

Aunque el descubrimiento de la foto de Black era una pista de peso, a Mackenzie no le parecía que fuera lo bastante sólida como para merecerse una llamada al departamento de policía de Herndon. En vez de ello, llamó al agente Harrison en DC y le hizo una solicitud de información. Cinco minutos después, tenía la dirección de Tyler Black además de la dirección de su lugar de trabajo.

Como era el principio de un jueves por la tarde, Mackenzie se arriesgó y decidió visitar el lugar donde trabajaba Tyler—una empresa de construcción donde él trabajaba en el departamento de armarios. Se encontraba en el centro urbano de Herndon, un agradable espacio de oficina que parecía más bien una exclusiva empresa de diseño que una empresa de construcción.

Había unas cuantas personas detrás de sus escritorios, y una mujer que hablaba muy enfadada por teléfono. Cuando la mujer vio entrar a Mackenzie, le hizo un gesto con un dedo en el aire, indicándole que esperara. Mackenzie así lo hizo, escuchando cómo la mujer se quejaba durante unos treinta segundos por teléfono antes de colgar y volver su atención hacia Mackenzie.

"¿En qué puedo ayudarle hoy?" le preguntó la mujer.

"Estoy buscando a Tyler Black," dijo Mackenzie.

La mujer se echó a reír y volvió la vista hacia el cielo. "Claro, ¡como todo el mundo!"

"No entiendo lo que quiere decir," le dijo Mackenzie, haciendo lo posible por mantener la calma.

"Lo que quiero decir es que Tyler dejó su puesto esta semana. Así sin más, a mitad del día, simplemente nos mandó a todos a la mierda y salió disparado. Y nadie sabe nada de él desde entonces."

"¿No les dio ninguna razón?"

"No. Aunque no parecía el mismo de siempre." La mujer miró a Mackenzie con desconfianza. "¿Por qué lo pregunta?"

"Soy del FBI," dijo, sacando su placa para mostrársela. Había entrado con la intención de mantener la discreción, pero el hecho de

que su única pista sólida se hubiera largado de su trabajo al mismo tiempo que se había hallado el cadáver de Malory Thomas era algo demasiado importante como para pasarlo por alto.

"Oh," dijo la mujer, abandonando su actitud de inmediato.

"Entonces, antes de que se largara sin más, ¿hubo algo respecto a Tyler Black que le alarmara?" preguntó Mackenzie. "¿Cualquier cosa que le resultara fuera de lo normal?"

"No, y eso es lo más extraño. Tyler era increíble. Un gran tipo, un tipo guapo si le soy franca. Uno de esos hombres que siempre querían ayudar a la gente. A veces se desvivía por ayudar, así que sin duda… cuando se largó el lunes, fue toda una sorpresa."

"¿Y no tiene ni idea de a qué se debía ese cambio repentino de actitud?"

"No, pero si le está buscando, le puedo dar su dirección."

"No gracias," dijo ella. "Ya la tengo. Gracias por su tiempo."

Se dio la vuelta y solo había dado dos pasos de vuelta hacia la puerta cuando le vibró el teléfono en el bolsillo. Lo sacó y comprobó que era Harrison quien le llamaba.

"¿Qué pasa, Harrison?"

"No vas a creer esto," dijo Harrison. "Pero después de que obtuviera las direcciones de Tyler Black, me lancé y pedí un informe completo por si acaso. Y resulta que no está en Herndon."

"Así es, acabo de descubrirlo también. ¿Dónde diablos está?"

"Está en la cárcel en el condado de Baltimore, Maryland. Es un nuevo residente… le registraron esta misma mañana."

"¿Debido a qué?"

"Aquí es donde algo huele mal," dijo Harrison. "Estaba de pie al borde del Puente Francis Scott Key."

Las coincidencias temporales en todo esto son fantasmagóricas, pensó Mackenzie. Si le detuvieron esta mañana, eso le dio tiempo de sobra para conducir desde Kingsville, Virginia, hasta Baltimore, Maryland.

Por mucho que Mackenzie odiara lanzarse a sacar conclusiones

prematuras, todo lo que se estaba acumulando tenía el aspecto de que habían dado en la diana.

“¿Ya le han procesado?” preguntó.

“No lo sé. Puedo llamar y preguntar.”

“Hazlo. Y da igual cuál sea el resultado, necesito que informes a McGrath de esto. Quiero tener a Tyler Black en DC para el final del día.”

“¿Crees que sea nuestro tipo?”

Tuvo que reprimir un sí, porque no quería sonar demasiado segura. Así que, en vez de eso, le respondió con un más seguro: “Ya veremos.”

***

Le dio la sensación de que el resto del día se deslizaba a paso tortuga. Dos horas después de salir de Herndon, Mackenzie estaba de regreso en su despacho en DC. Supo, sin ninguna duda, que incluso aunque Tyler resultara ser el asesino, seguramente acabaría de vuelta en Kingsville. No tenía ningún problema con ello, pero se percató de que estaba tratando de ponerle frenos a su certidumbre de que este era el final del caso—que Tyler Black era el asesino.

Cuando dieron las 4:15, Black todavía estaba siendo transportado —media hora más tarde de lo estimado por el departamento del alguacil del condado de Baltimore. Sin embargo, eso le venía bien a Mackenzie. Bosquejó una línea de acontecimientos en Kingsville en su pizarra para marcadores y entonces, debajo de ella, una línea temporal de acontecimientos en la vida de Tyler Black a lo largo del mismo espacio temporal. Había conseguido algunos pedazos sueltos de la historia de Tyler por teléfono en las últimas horas, y aunque sin duda no conocía al dedillo todas sus acciones durante ese periodo, sabía lo bastante como para rellenar una línea temporal de los últimos cinco días.

Y hasta el momento, las cosas no tenían buena pinta para Tyler Black.

Mientras estudiaba las líneas temporales y repasaba los archivos que había acumulado en Kingsville, Harrison asomó la cabeza por su

puerta entreabierta. “Está aquí,” le dijo. “Le tendrán en una sala de interrogatorios en cinco minutos.”

Le hizo un gesto de agradecimiento mientras se tomaba otro momento para volver a repasar los archivos. Nunca había sido de las que hacía esperar a los sospechosos; siempre había creído que eso de hacerles sudar la camiseta era una táctica patética para hacer que los agentes de policía se sintieran más en control de una situación de lo que realmente estaban.

Era un sentimiento con el que Ellington estaba de acuerdo. Y saber que él tendría tanta prisa como ella por empezar a hablar con Black hizo que le echara de menos. Pero era algo más que simplemente anhelarle y desear que estuviera aquí con ella. Tenía que ver con una comodidad y familiaridad de las que, por lo visto, se había estado aprovechando. Funcionaban bien juntos—tanto en casa como en el trabajo—y resultaba extraño no tenerle allí con ella mientras salía de su despacho y se dirigía arriba a las salas de interrogatorios.

Se encontró a Harrison hablando con McGrath. La agente Yardley también estaba allí con ellos, aunque estaba hablando con alguien a toda prisa por el teléfono que había al otro extremo del pasillo. Había dos policías del condado de Baltimore saliendo de la sala, camino de la oficina frontal donde seguramente tendrían que sentarse a esperar que se decidiera el sino de su prisionero.

“Se acaba de sentar ahí,” dijo McGrath cuando se le unió Mackenzie.

“¿De qué clase de humor está?” preguntó Mackenzie.

“Los agentes que le trajeron dijeron que está más asustado que otra cosa,” dijo Harrison. “Quizá algo confundido, pero para nada impredecible.”

Mackenzie no dijo nada más. Se quedó un momento ordenando sus ideas y después pasó al interior. Como siempre, lo primero que sintió al entrar a la sala de interrogatorios fue la cámara en el rincón derecho al otro extremo de la sala, observando todo lo que hacía y grabando todo lo que decía. Entonces sintió la mirada del hombre que estaba sentado a la mesa, observándola en detalle cuando se puso delante.

Se sentó enfrente de él, sin saber muy bien por dónde empezar. Si él era el asesino y estaba motivado en algún sentido por el miedo,

estaba segura de que podría obtener una confesión de él con facilidad, pero también sabía que tendría que mantenerse lo más calmada posible para llegar hasta allí.

“Tengo entendido que estabas de pie sobre el borde del Puente Francis Scott Key,” dijo Mackenzie. “¿Qué estabas haciendo allí?”

“Pues solo miraba hacia el agua,” dijo él. Su voz delataba su miedo. Estaba muy asustado—ya se debiera a que le habían atrapado o a que fuera culpable, eso no lo sabía.

“¿Y ponerte de pie sobre el borde es la única manera de hacerlo?” le preguntó. “Parece más bien peligroso. Sobre todo, para un hombre que ha acudido a terapia por su miedo a las alturas.”

Sus ojos mostraron un destello de sorpresa, que fue rápidamente reemplazado por una vergüenza resignada. “¿Y cómo lo sabe usted?”

“Estuve hablando con Oswald Gates por la mañana,” le dijo.

“Oh,” dijo él. Y dicho esto, Mackenzie pudo ver cómo giraban las ruedas dentro de la cabeza de Black a medida que continuaba tratando de averiguar por qué le habían detenido.

“Me parecieron muy interesantes esas fotos que tomaste,” dijo Mackenzie. “Gates me dijo por qué las hiciste—porque intentabas utilizar la fotografía como un método para superar tus temores. ¿Crees que funcionó?”

“Pensé que lo había hecho,” dijo, “pero no lo sé. Hubo días en que me despertaba con el miedo otra vez y era peor que antes… pero… mire… es que estoy de lo más confundido. Supongo que entiendo que me arresten por ponerme de pie sobre el borde del puente y bloquear el tráfico parcialmente con mi coche, pero… ¿no es esto algo de más por un delito como ese?”

“¿Qué hacías al borde del puente?” preguntó Mackenzie. “No me digas mentiras. Dime la verdad.”

“Pensaba en saltar,” dijo sin ningún titubeo. “Estoy harto de estos temores, ¿sabe? No son solo las alturas. Tengo ataques de pánico en medio de las multitudes… ataques muy malos que hacen que me entren las ganas de vomitar. Algunos días se acumula todo a la vez y me siento como un auténtico desgraciado.”

“¿No te asustaba estar allí entonces, si te dan miedo las alturas?”

“Claro, estaba aterrorizado, pero imaginé que si podía reunir el valor para saltar entonces sería como mandar el miedo a la mierda, ¿sabe?”

Al fondo de su mente, la certidumbre que había sentido respecto a que Tyler Black era el asesino empezaba a derrumbarse lentamente. El asesino llevaba al menos tres víctimas para este momento—quizá más si el rastro de cadáveres se extendía más allá de la semana pasada. Que alguien con esa motivación tuviera el pensamiento de terminar con su vida en medio de su carnicería era bastante improbable.

“Cuando me reuní con Gates, le eché un vistazo a algunos de sus archivos. Vi las fotos que hiciste. Y hay una entre ellas que me pareció muy interesante. Verás, me he pasado los últimos días en el pueblecito de Kingsville, Virginia.”

Black asintió. “Allí es donde se encuentra el Puente de Miller Moon. Está en una de mis fotos.”

“Así es,” dijo Mackenzie. “¿Puedo preguntarte por qué te interesa ese puente en particular?”

“Cuando empecé a intentar superar mi miedo a las alturas, hice una búsqueda en Google. Buscando puentes cercanos que no eran realmente tan altos—cuanto más aislados y en caminos más secundarios, mejor. Pensé que a lo mejor podía acostumbrarme a librarme de ese temor caminando por encima de algunos de esos puentes más bajos que estaban en el quinto pinto. Y apareció el Puente de Miller Moon. Un bonito puentecito, allá en medio de un lugar muy tranquilo.”

“También ha sido la escena de dos muertes que han tenido lugar en los últimos cinco días,” dijo Mackenzie.

Ella le miró fijamente a la cara. Acababa de sacar a colación un detonante bastante fuerte, solo para observar su reacción. Su reacción sería, y ella lo sabía, lo que le ayudaría a identificar si era o no culpable. Y lo que vio fue una sorpresa total y algo de conmoción.

“¿Suicidios?” preguntó.

Mackenzie asintió. “Al menos, eso es lo que parecen, pero al escarbar un poco más, parece que han sido asesinatos.”

Dio la impresión de que las ruedas dentro de la cabeza de Black se

hubieran detenido de repente al oír esto. "¿Y eso… es eso por lo que estoy aquí?"

"Un rastro de pruebas anecdóticas nos llevó hasta ti, sí. Después de hablar con una mujer en tu trabajo y descubrir que te habías marchado de buenas a primeras esta semana más o menos al mismo tiempo que empezaron los asesinatos, tenía muy mala pinta. ¿De qué se trató el episodio en el trabajo?"

"Dejé de tomar mis medicamentos para la ansiedad. Me ponen de los nervios y mareado, sobre todo cuando tenemos mucho trabajo. Me estaba quedando atrás en los plazos, los temores empezaban a resurgir, y simplemente me volví loco. Fue la primera de varias cosas que me llevaron hoy al borde del puente."

Su expresión y la falta de una actitud defensiva ya le habían dejado bastante claro a Mackenzie que no era el asesino. Aun así, tenía que seguir un protocolo y había algunos cabos sueltos por atar.

"¿Dónde fuiste cuando dejaste el trabajo ese día?" preguntó.

"Regresé a mi apartamento. Me eché una siesta, tomé unas cuantas cervezas."

"¿Y cómo acabaste en Baltimore?"

"Ya había cruzado el Puente de Francis Scott Key en unas cuantas ocasiones. Era familiar… más grande que cualquiera otra cosa que hubiera intentado para superar mis temores, pero… no sé. Creo que incluso antes de salir de Herndon hacia Baltimore, ya estaba pensando en saltar."

"¿Dónde estuviste en Baltimore estos últimos días?"

"En un Holiday Inn."

"¿Tienes los recibos? ¿Alguna prueba de que has estado en Baltimore estos últimos días?"

"Pagué con mi tarjeta de crédito así que puedo conseguir los recibos. Y la única prueba que tengo de que estuve todo el día en la ciudad son las transacciones que hice. El almuerzo, pillar una película, ese tipo de cosas."

Y así llegamos al final de esta pista, pensó Mackenzie, relajándose en su asiento. "Muchas gracias por tu tiempo, Black," dijo mientras se ponía

de pie y se iba hacia la puerta. "Disculpa las molestias."

Estaba fuera de la sala y de pie junto a Harrison y McGrath antes de que Black le pudiera responder. Se sentía como una idiota—quizá hasta un tanto vaga por haber asumido que Tyler Black había sido la respuesta a todas las preguntas que se habían estado acumulando desde su primera visita a Kingsville.

"No es nuestro hombre," dijo. "Y algunas simples comprobaciones de sus tarjetas de crédito durante los últimos días deberían servir para probarlo."

"¿Afirma que estuvo en Baltimore todo el tiempo?" dijo McGrath.

"Al menos los últimos dos días. Lo que le libra por completo en la muerte de Maureen Hanks y seguramente también en la de Kenny Skinner."

"Entonces, ¿dónde nos deja eso?" dijo McGrath.

"¿De vuelta al principio?" preguntó Harrison.

"No tanto como al principio," dijo Mackenzie. "Pero con el debido respeto, necesito quedarme en Kingsville hasta que terminemos con esto. Seguramente tres muertes en el transcurso de una semana significan que el asesino está allí. Estoy perdiendo el tiempo entre idas y venidas."

Casi añadió: Y sin mi compañero, es más trabajoso de lo habitual. Pero mantuvo la calma, y se guardó el comentario.

"Por mí no hay problema," dijo McGrath. "Solo mantenme informado por teléfono. Si necesitas más recursos, sigue llamando a Harrison. Si necesitas un compañero en esto, también puedo enviarle a él o a Yardley."

"Lo agradezco, pero creo que por ahora estoy bien."

Era consciente de que sonaba a exceso de confianza, pero lo último que necesitaba ahora mismo era un reemplazo de compañero. No haría más que compararle con Ellington; le habían forzado a tomar esa posición antes y aunque al final había funcionado, lo cierto es que había creado más complicaciones de las que merecían la pena.

Y hablando de penas, supuso que tenía que hacer una última parada en DC antes de regresar a Kingsville para el tiempo que fuera

necesario. Necesitaba hablar con Ellington y hasta entonces, mientras regresaba de vuelta a su despacho, no tenía ni idea de cómo iría la conversación o incluso por dónde tenía que empezarla.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Mackenzie escuchó el sonido de la ducha cuando entró al apartamento. También vio la bolsa del gimnasio de Ellington junto a la entrada, lo que quería decir que acababa de llegar de un entrenamiento. Le complacía ver que todavía se mantenía activo en vez de estar tirado en el apartamento, lamentándose de su mala suerte.

Le dejó disfrutar de la ducha sin molestarle. Mientras esperaba, entró al dormitorio y encendió el portátil. Había enviado los archivos del caso desde su teléfono a sus carpetas personales en el directorio del FBI. Las abrió, revisándolas en busca de cualquier cosa que se le hubiera podido pasar por alto. Cada uno de los casos—Malory Thomas, Kenny Skinner, y Maureen Hanks—había sido revisado por completo. Lo único que seguía llamándole la atención era el cambio de escenario. Sin duda, tenía sentido que el asesino hubiera cambiado de ubicación después de que la policía pusiera el Puente de Miller Moon bajo vigilancia. Esto hacía que se preguntara si a lo mejor necesitaban llamar a la policía estatal para poner todas las estructuras elevadas de Kingsville bajo vigilancia. No había demasiadas, pero eran lo bastante numerosas como para agotar los recursos del alguacil Tate si decidían ir por esa ruta.

Entonces, por detrás suyo, escuchó como Ellington apagaba el grifo de la ducha. Terminó de leer el archivo que tenía entre manos mientras escuchaba los sonidos de Ellington moviéndose por el cuarto de baño a través de la pared.

"No te alarmes," gritó Mackenzie. "Pero estoy aquí."

"Bienvenida de vuelta," le gritó él desde el baño adyacente. "¿Debería salir vestido o desnudo?"

"Vestido," dijo ella. Percibió el intento de hacerle gracia, pero lo cortó de raíz. Para ser honestos, todavía no estaba del todo segura de por qué le molestaba tanto lo de la suspensión. Le hacía sentir como una cría que había perdido contacto con la realidad. No podía regresar a Kingsville con ese sentimiento. No podía permitir que su mente se distrajera debido a la toxicidad que existía entre Ellington y ella.

Ellington no respondió después de su comentario, consciente de la seriedad de su tono. Surgió del cuarto de baño dos minutos después en el momento que ella cerraba sus archivos. Llevaba puestos unos

pantalones cortos y una camiseta de correr, con el cabello todavía húmedo tras la ducha.

“¿Cómo va el caso?” le preguntó.

“Todavía está atascado,” dijo ella. “Regreso a Kingsville esta noche.”

“¿Tienes alguna pista que investigar?”

“No. Solo quiero estar allí por la mañana en vez de conducir temprano.”

“¿Estás segura?” le preguntó, sentado al borde de la cama. “Sin duda sería agradable tenerte aquí esta noche. A menos que estés molesta conmigo por la suspensión.”

“No sé por qué estoy molesta,” admitió Mackenzie. “Algo anda mal y no lo sentí hasta que surgieron las acusaciones contra ti. Pero tenemos que figurarnos de qué se trata ahora o va a acabar por interferir con mi trabajo.”

“Bueno, a riesgo de sonar como un imbécil, creo que encontramos cuál es el problema ahora mismo en esa afirmación,” dijo. “Estás demasiado preocupada por la manera en que los pecados de mi pasado van a afectar la manera en que enfocas tu trabajo. Así que mi pregunta para ti es si estás más molesta conmigo como compañero o como pareja.”

“Creo que es un poco de ambas cosas. Y con toda franqueza, no sé cómo puede ser un problema que ponga mi trabajo por delante de ti en este momento. Hiciste algo estúpido en el pasado y ha vuelto para darte un mordisco en el trasero. No hay ninguna razón en absoluto por la que debería de dejar que me afectara a mí y a mi trabajo.”

“Pero lo estás haciendo. ¿Por qué es eso?”

“Porque me está resultando difícil verte de la misma manera,” admitió.

“¿Y hay alguna manera de superar eso? Quiero decir… mira, entiendo que, en este punto, se trata de mi palabra contra la suya, pero espero que me conozcas lo suficiente como para saber que mi palabra tiene bastante peso.”

“Sí, eso ya lo sé. No sé… creo que es algo más profundo. Algo a lo

que no me puedo enfrentar todavía.”

“¿Y de qué se trata?” le preguntó él.

Ella ya sabía la respuesta, pero no estaba lista para decírselo aún. Por otra parte, ¿no había venido hasta aquí para aclarar todo esto de una vez?

“¿De qué se trata, Mackenzie?” le preguntó de nuevo, extendiendo su mano para tomar la de ella. “A pesar de la suspensión y de las acusaciones contra mí, todavía estoy aquí. Todavía soy yo.”

“Lo sé,” dijo ella. “Mira… quizá me equivoqué. Quizá esto tenga que esperar hasta después del caso. Porque cuanto más pienso en ello y más trato de aclararlo, más empiezo a pensar que todo esto es un problema conmigo. Un problema que yo estoy teniendo.”

“¿Qué problema?”

Odiaba la manera en que le estaba presionando tan intensamente, pero sabía que lo hacía por amor. Por esa razón, le resultó más fácil de lo esperado decirlo en voz alta de una vez. “Que me he hecho demasiado dependiente de ti. Y eso es nuevo para mí. Nunca me he apoyado en nadie… nunca me importó lo que nadie pensara de mí. Y ahora hay muchas cosas—gran parte de mi autoestima y de mi motivación para ser mejor persona—que provienen de cómo quiero que tú me percibas. Me asusta, raya en la estupidez, y me fastidia mucho.”

“Mac, ven aquí…”

Ella sacudió la cabeza y se levantó de su escritorio. “No puedo. No puedo besarte ahora mismo y ciertamente, no puedo pasar aquí la noche. Necesito entender esto por mi cuenta.”

“No veo qué es lo que hay que entender,” dijo Ellington. “Lo que quiero decir es… ¿estás tan asustada de esto que están pensando en dejarlo?”

Ella había considerado esto brevemente, pero escucharlo de su voz era un poco terrorífico. De hecho, le puso una bola en la garganta y lágrimas en los ojos—aunque se las arregló para reprimirlo todo antes de que pudiera con ella.

“No. Es solo que… no lo sé. Necesito saber que vas a estar ahí. Si voy a depender tantísimo de otra persona y no dejar que eso me

destroce, tengo que saber que vas a estar ahí. Y todo esto de la suspensión y las acusaciones que la provocaron… me revolvieron por dentro.”

“Por supuesto que voy a estar ahí,” dijo él. “Mac… ¿qué más puedo hacer para demostrártelo? Tú y yo hemos pasado por mucho juntos. Pensaba que ya me había probado a mí mismo.”

Se odiaba a sí misma por ello, pero sabía que no podía profundizar mucho más en esta conversación. No confiaba lo bastante en sí misma como para mostrarse en toda su vulnerabilidad delante suyo. Sabiendo eso, se acercó a él y le dio un breve abrazo.

“Mac…”

“Está bien,” le dijo, rompiendo el abrazo para darle un beso muy casual en la comisura de los labios. “Necesito regresar a Kingsville. Te mantendré informado.”

“Solo quédate aquí esta noche,” le suplicó.

“No puedo,” dijo ella. “Seguramente no debería de haberme marchado para empezar. Nos vemos.”

Antes de que Ellington dijera nada más, había salido del dormitorio. Llevaba una pequeña bolsa en el maletero de su coche y aunque sabía que solo contenía un cambio de ropa, no quería extender su estancia poniéndose a buscar más cosas. Seguramente habría una lavandería en alguna parte de Kingsville.

Salió del apartamento con una sola certidumbre: que no se trataba en absoluto de un problema que tuviera con Ellington; el problema que le acuciaba era más bien consigo misma. Y había sido necesaria la suspensión de Ellington y la tensión que había surgido con ella para que se diera cuenta de ello.

Fuera lo que fuera, todavía no figuraba a la cabeza de su lista de prioridades. Y quizá ese fuera el problema. Mientras siguiera en medio de un caso abierto con un asesino que ya había acumulado tres cadáveres en el transcurso de una semana, no tenía tiempo para el drama o la emoción—incluso aunque se tratara de Ellington.

Sin duda, sabía que era algo que tenía que procesar si esperaba tener en algún momento una relación normal y estable. Pero primero, tenía que atender otros asuntos. Primero tenía que encontrar a un asesino.

Desde luego, ahora que estaba de nuevo sin ninguna pista, eso parecía más difícil que nunca.

Le hizo caer en la cuenta de algo que le congeló el corazón por un instante.

Si iba a atrapar a este asesino, tenía que meterse dentro de su cabeza. Y como todavía estaba en libertad, iba a tener que averiguar cómo pensaba, cómo sentía.

Y si esperaba conocer mejor al asesino, iba a tener que explorar su propio temor a las alturas.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Comenzó por el Puente de Miller Moon. Mientras iba de camino hacia la pista de gravilla, pasó un coche de patrulla al final del sector donde la carretera dejaba de estar pavimentada. Ralentizó su marcha lo suficiente como para mostrarle su placa de identificación al agente de policía y después continuó bajando la carretera. Cuando llegó al viejo puente de hierro, dejó el coche en marcha, con los focos delanteros apuntados hacia él.

Sacó la pequeña linterna del compartimento de los guantes y se apeó del coche. Caminó por encima del puente sin dificultad. Aunque era viejo, el puente todavía era firme y estable, sólido bajo sus pies.

Cuando llegó a mitad de camino, enfocó la linterna hacia delante. Allí estaba el extremo bordeado de barricadas como una masa de oscuridad en la noche. Recorrió los raíles de seguridad hasta donde ella se encontraba y se acercó más a ellos, atisbando desde el punto en el que sentía con certeza había estado Malory Thomas agarrándose como a un clavo ardiendo hacía una semana más o menos.

Enfocando la luz hacia el agua, Mackenzie sintió la primera punzada de miedo. Intentó recordar cuándo había descubierto su temor a las alturas. Nunca había sido un miedo muy intenso, incluso después de que casi se cayera de un árbol de niña. No había trauma del pasado, ni ningún accidente horrible; simplemente siempre se había sentido incómoda en los lugares muy altos.

Ahora, incapaz de ver el agua, Mackenzie sintió ese miedo. Sin el agua a la vista, el fondo podía estar a cientos de metros de distancia. Por lo que ella sabía, podía haber un abismo insondable allá abajo. El hecho de que ya hubiera visto lo que había allá abajo le ayudaba un poco—pero el hecho de que solo se tratara de una muerte dolorosa sobre rocas que estaban expuestas en un río reseco le trajo el temor de vuelta al instante.

¿Habría elegido el asesino este puente si hubiera agua allá abajo?

La pregunta resultaba intrigante. Se preguntó por un momento si a lo mejor la altura de esos lugares no le estaría afectando al asesino de una manera temerosa. Quizá era alguna clase de aventurero, la clase de persona a la que le encantaban los lugares elevados. Pero, si eso era verdad, ¿por qué mancillar una fuente de placer con aquellos a los que planeaba asesinar?

Quizá sea todo parte de la excitación, pensó.

Se quedó allí unos momentos, hasta que el temor se disolvió en poco más que una incomodidad gradual. Regresó a su coche y se marchó del Puente de Miller Moon, haciendo señales al policía que había apostado al final de la carretera al pasarle de largo.

Se preguntó si habría algún coche apostado junto a la carretera del estado que llevaba a la torre del agua. En realidad, todo se reducía a un juego mental del gato y el ratón. Si había policías patrullando la carretera que llevaba hasta el puente, ¿por qué no la torre del agua? Seguramente el asesino asumiría que ese era el caso, ¿verdad? Así que, en realidad, tenía más sentido no apostar ningún coche en la carretera de la torre del agua. Y, de todas maneras, era un mal posicionamiento, ya que también se podía acceder a la torre desde el bosque.

Aun así, a medida que Mackenzie se acercaba a la carretera secundaria que llevaba al terreno en que se asentaba la torre del agua, vio que había allí un coche patrulla. Mostró la misma cortesía que había empleado en el puente, acercándose al coche para mostrar su identificación.

El policía dentro del coche bajó su ventanilla, con un gesto que, básicamente, le pedía a Mackenzie que hiciera lo mismo.

"Está todo tranquilo," le dijo. "Solo pasó un camión y no eran más que dos adolescentes dándose una vuelta. Probablemente en busca de un sitio en el que liarse."

"¿Hay algún coche en la pista de tierra que lleva hasta el acceso desde el bosque?"

"No. Yo he sido el que se ha estado moviendo entre los dos puntos."

"Está bien. Quizá haz una llamada a la comisaría y diles que voy a entrar desde ese punto."

"Lo haré. ¿Todo bien?"

"Sí," dijo Mackenzie. "Solo estoy haciendo comprobaciones de rutina."

El agente asintió, le hizo un gesto para darle las gracias, y volvió a subir su ventanilla. Mackenzie continuó por su camino, conduciendo hacia la pista de tierra que llevaba hasta la campa que habían

frecuentado Maureen Hanks y Bob Tully para sus encuentros furtivos. Aparcó su coche al extremo de la campa, sacó de nuevo su linterna, y fue caminando hacia el bosque.

Caminó lo más silenciosamente que le fue posible, imaginando que, si el asesino había, por una u otra razón, revisitado la escena del crimen por medio del bosque, no le pondría sobre alerta. Atravesó el bosque y salió a la campa de hierbajos. La torre del agua se erigía delante de ella y, en la oscuridad, parecía más grande de lo que ella recordaba.

Llegó a la escalera que había en la parte de atrás de la torre y miró hacia arriba. Con un fuerte suspiro, se metió la linterna al bolsillo, todavía encendida con la bombilla enfocada hacia el cielo, y comenzó a ascender por la escalera. Subió sin nada más que el silencio de la noche a su alrededor. Los sonidos nocturnos la escoltaban, y las ranas de árbol y los chotacabras cantaban. A pesar de que, generalmente, estos sonidos le resultaban agradables, parecían un mal presagio mientras ascendía hacia la plataforma.

Fue en el último peldaño donde le entró un poco el pánico—en el momento en que tenía que agarrarse a los extremos de los raíles de soporte y dar ese paso final hasta la plataforma, donde su pie se quedó colgando en el aire por un solo instante.

Cuando por fin llegó a la plataforma y tenía los dos pies firmemente plantados, su corazón se asentó un poco pero entonces pareció recordar que estaba a una gran distancia sobre el suelo. ¿Cuánta altura dijo el ayudante Andrews que tenía la torre?

Unos cuarenta metros…

Tomó una respiración profunda. Era más difícil manejar eso sin alguien más a su lado. La otra noche, habían estado allí Andrews y Tate. Antes de que pudiera dejar que le asaltara el pensamiento de Ellington, Mackenzie empezó a caminar. Dio unos pasos hacia la parte delantera de la torre del agua, desde donde había caído Maureen Hanks.

Sus piernas estaban sorprendentemente firmes a medida que caminaba hacia el frente. Mantuvo una mano en la superficie lisa de la cara de la torre y otra en el raíl a su derecha. Y justo cuando empezaba a asomar la vista gradualmente por encima del raíl, un movimiento repentino delante de ella captó su atención.

El corazón le golpeaba en el pecho y por alguna extraña razón,

pensó que el movimiento era de la misma torre—se temía que, de alguna manera, estaba cayéndose.

Pero entonces un puño hizo colisión con su rostro y reconoció el movimiento como un agresor.

Pero, ¿por qué diablos está aquí arriba? se preguntó mientras se tambaleaba hacia la izquierda del impacto del golpe.

Mackenzie sintió cómo se le abalanzaba su agresor, intentando acorralarla contra la superficie del tanque de la torre. Antes de que la pudiera sujetar con firmeza, Mackenzie se deslizó rápidamente hacia abajo y se escabulló por detrás suyo, casi haciéndole resbalar y caerse al hacerlo. Cuando zozobró hacia delante, ella le arrojó un hombro sobre la espalda. El agresor se dio de bruces contra la torre, lo que envió un sonido hueco como un clunk al silencio de la noche al tiempo que ella mantenía todo su peso y su determinación contra su espalda.

Mackenzie se puso a revolver en busca de sus esposas y ese fue el único momento que el agresor necesitó para sorprenderla con un movimiento muy primitivo. Elevó su pie izquierdo y justo cuando Mackenzie se preparaba para defenderse de una patada con muy mala puntería, lo que él hizo en vez de eso fue bajarla de repente y pisarle firmemente el pie izquierdo.

Desprevenida (y temiéndose que al menos dos de sus dedos se habían roto), Mackenzie liberó su peso de su agresor por un momento. Él tomó esta oportunidad para girarse en picado, y golpearla en el tórax con un codo.

Ella se tambaleó hacia atrás y cuando dio con los riñones en el raíl de protección, le pareció que el corazón se le quería salir del pecho. Lo utilizó para apoyarse, y lanzar una patada que aterrizó en la cadera del agresor.

“¿Quién eres?” le bufó al tiempo que se echaba hacia atrás.

La misma pregunta y la manera en que la había hecho hicieron que Mackenzie se diera cuenta de que este era el asesino. No solo le estaba atacando sin ningún motivo, sino que la manera en que le estaba planteando la pregunta le hicieron pensar que había interrumpido algo muy privado. Quizá había venido a revisitar la escena del crimen—a poner su miedo a prueba o, más probablemente, a revivir la muerte de Maureen Hanks.

No se molestó en responderle. Dudaba muy seriamente que escuchar que era del FBI haría que se detuviese en su ataque. De nuevo estaba lanzándose hacia ella mientras ella trataba de recuperar el aliento tras su último ataque. Él le lanzó un puñetazo que pudo bloquear con facilidad, pero, aun así, estaba luchando contra el raíl sin nada más que el espacio abierto y cuarenta metros hasta el suelo por detrás suyo.

Él pareció percibir esto y se lanzó hacia ella con las manos abiertas. Era la primera vez que le veía la cara con claridad e hizo todo lo que pudo por memorizarla. Llevaba un suéter con gorro, y el gorro le cubría la mayor parte de la cara, sus ojos casi cubiertos del todo.

Actuó por impulso, lanzando un derechazo hacia su cara. Aterrizó directamente en su garganta. Él comenzó a tener arcadas de inmediato, pero, así y todo, le golpeó con sus brazos extendidos. Mackenzie sintió cómo se arqueaba su espalda, y sus piernas perdían su capacidad de luchar con su fuerza. Cuando finalmente se echó hacia atrás, Mackenzie se temió que era demasiado tarde. Se estaba cayendo hacia atrás, comenzando a balancearse sobre el borde del raíl mientras sus pies ascendían en el aire.

Mackenzie se las arregló para enroscar su brazo izquierdo alrededor del raíl, atrapándolo con el gancho del codo. Esto detuvo su caída mientras que la mitad superior de su cuerpo se balanceaba precariamente sobre el raíl, en medio del espacio abierto.

Con su mano derecha, intentó alcanzar su arma. El atacante, todavía con la mano en la garganta mientras se tambaleaba contra la torre, lo vio. Soltó un improperio ahogado entre jadeos y echó a correr hacia la escalera.

Finalmente, Mackenzie se las arregló para enderezarse, plantando los pies firmemente en la plataforma una vez más. Sacó su arma e intentó salir en su caza, pero le temblaban demasiado las piernas y el corazón parecía querer salirse de su pecho. La adrenalina le recorrió el cuerpo, lo que le hizo sentir aturdida mientras intentaba seguirle.

"¡FBI!" gritó al tiempo que llegaba a la escalera. Cuando miró hacia abajo, vio que el sospechoso ya estaba a mitad de camino.

Pensó en lanzarle un disparo, quizá darle en el brazo, pero estaba demasiado oscuro y lo último que quería era volarle los sesos accidentalmente. Se le había caído la linterna en algún sitio en medio

de la pelea y la verdad es que no le podía ver.

Con el Glock todavía en la mano, empezó a descender por la escalera. Aun se sentía desorientada por haber sido casi arrojada desde la torre del agua, así que se tuvo que enfocar en cada uno de los peldaños. Se sintió aturdida por un momento, lo que hizo el descenso muy peligroso. Se arrimó a la escalera, abrazándola y ordenando a sus nervios y su dolor que se calmaran de una vez.

Empezó a descender de nuevo, esta vez empujada por pura determinación más que nada. Cuando sus pies tocaron el suelo, resintió la manera en que se había comportado durante los últimos veinte segundos. Le dolía la cara del puñetazo y estaba bastante segura de que al día siguiente tendría un moretón en sus senos del codazo recibido. Además de eso, se sentía como una cría asustada que acabara de salir de una sala oscura.

Caminó lentamente a través de la campa sosteniendo el Glock por delante de ella. Escuchó con atención, deseando que el sospechoso rompiera una ramita en alguna parte, que hiciera cualquier cosa que delatara su ubicación. Lo peor de todo es que no tenía ni idea de hacia dónde había salido huyendo. Había estado tan preocupada de no caerse de la escalera que le había perdido el rastro.

Dejó de moverse por completo, deteniendo hasta su respiración. Cerró los ojos y escuchó con la mayor atención que pudo.

Algo se movió lejos de ella a la derecha, en la dirección opuesta a donde había aparcado su coche. Giró la cabeza hacia allí y no vio nada más que la línea retorcida de los árboles. Aun así, corrió lo más sigilosamente que pudo en esa dirección. Se detuvo al llegar al final del bosque, poniendo toda su concentración en escuchar de nuevo.

En esta ocasión, no oyó nada.

Y con cada segundo que pasaba, sabía que el asesino había tomado más ventaja. Dado esto, sabía lo que tenía que hacer, y le reconcomía las entrañas como si fuera ácido.

Iba a tener que llamar a Tate y conseguir ayuda. Probablemente había tenido al asesino delante suyo, acorralado contra el lateral de la torre del agua, y se le había escapado.

Tragándose el orgullo más amargo que jamás había tenido que saborear, sacó su teléfono móvil para hacer esa llamada.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Mackenzie se mantuvo firme junto a la torre del agua hasta que divisó los primeros destellos de las luces de cruce que se avecinaban, atravesando la dispersa arboleda que había entre la campa donde había aparcado y el claro donde se erigía la torre. Habían pasado menos de tres minutos tras su llamada para cuando llegó el primer coche. Cuando el hombre se acercó a través del bosquecillo, no se sorprendió al ver que era el mismo agente que había saludado en la carretera de entrada. Mientras él avanzaba a toda prisa a través del bosque, aparecieron más luces de cruce reptando hacia ellos por detrás.

Diez minutos después, la zona bullía de actividad. El alguacil Tate y el agente Roberts se quedaron junto a ella mientras que el ayudante Andrews y otros ocho agentes examinaban la campa en busca de huellas digitales o de cualquier otro signo de presencia humana.

En especial, Tate fue quien no perdió ni un minuto en freírla a preguntas. No es que tratara de ser agresivo o de exagerar su posición: Mackenzie sabía esto, pero, aun así, se sintió un tanto disgustada por su provocativa actitud. Era una faceta suya que todavía no había visto.

"¿Le echaste un vistazo al tipo?" le preguntó, menos de diez segundos después de llegar a la escena.

"Más o menos. Creo que era de estatura media—no más de uno ochenta y cinco. Llevaba un suéter con capucha. Creo que negro. No tenía barba propiamente dicha… solo como de un día.

"¿Joven o viejo?" preguntó Tate.

"No lo sé. Mayor de veinte años, pero probablemente no más de cuarenta."

Tate asentía, pero parecía tan frustrado como se sentía Mackenzie. Con las manos en las caderas, miraba alrededor del claro. Estaba iluminado por los focos de los coches, que arrojaban sus sombras a una distancia imposible hasta que se las tragaba el bosque.

"¿Cuánta ventaja nos lleva?" le preguntó Roberts. Parecía tener la cabeza más calmada, como si estuviera haciendo lo que podía por mantenerse racional y lógico.

“No pasaron más de cinco minutos entre mi llamada y la llegada del primer agente.”

“¿Y no tienes ni idea de en qué dirección se marchó?”

“Creo que se fue por aquel lado,” dijo, señalando ligeramente hacia la derecha por detrás de ellos.

“Mierda,” dijo Tate. “Hay un laberinto de viejas carreteras de madereros y caminos para ATV por allí atrás. Si los conoce bien, nos podemos pasar la vida buscándole.”

“Pero allí atrás no hay casas,” señaló Roberts. “No tendría donde esconderse excepto en los bosques.”

Un centenar de pensamientos distintos pasaron por la mente de Mackenzie. Pensó que, si hacían una llamada a la policía estatal, podrían conseguir una unidad canina ahí afuera para la mañana. Claro que a la mañana ya sería demasiado tarde y para entonces, el asesino podía haberse acucharado en alguna parte, ocultándose. A pesar de que Kingsville era un pueblecito en el quinto pino, también era el tipo de pueblo que hacía muy fácil ocultarse a alguien que conociera bien sus recovecos.

Además de todo eso, había algo más. Algo sobre el asesino. El hecho de que estuviera aquí y que le hubiera atacado de inmediato—eso significaba algo. Le presionaba al extremo de su lógica deductiva, pero no había manera de que ella fuera a entretener ese hilo de pensamiento en medio de las luces y el caos de la campa de la torre del agua.

“Disculpad,” dijo. “Necesito informar de esto a mi director.”

De nuevo, Tate solo le lanzó un gesto de frustración mientras se unía a otro grupo de agentes cerca del final de la arboleda.

Mackenzie regresó a través del lateral de la arboleda, apresurándose a volver a su coche. No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar McGrath a este giro repentino de los acontecimientos—a que hubiera tenido a ese desgraciado a mano y se las hubiera arreglado para escapar. ¿Y su excusa? ¿Que estaba peleando con su propio temor a las alturas en ese momento? ¿Que estaba distraída pensando en Ellington? ¿Qué estaba empezando a cuestionar sus motivaciones reales ahora que había empezado a entender lo que podía ser la vida sin Ellington?

Todo eso no eran más que excusas patéticas y lo sabía de sobra. Así que solo podía llamar a McGrath con una cosa: la verdad.

Realizó la llamada, se quedó mirando el límpido cielo nocturno campestre, y esperó.

"¿Sí?" respondió McGrath.

"Estoy aquí en Kingsville," dijo Mackenzie, odiando la manera en que se sentía. "Y han tenido lugar algunos acontecimientos bastante drásticos."

***

McGrath lo había manejado bastante mejor de lo que Mackenzie se hubiera esperado. Había expresado preocupación por sus heridas (que ya empezaba a sentir que eran superficiales como mucho) y después había mencionado la posibilidad de enviar a Harrison para ayudarle.

"No creo que eso sea necesario," dijo Mackenzie. "Este es un tipo local, acostumbrado a los bosques y las carreteras secundarias. Los chicos de la policía local van a ser de más ayuda que otro traje y corbata de DC."

"¿Viste lo suficiente del tipo como para darle al departamento de policía local algo con lo que continuar?"

"Todo lo que vi fue muy genérico," dijo. Repasó la misma descripción que le había dado a Tate—la barba de un día, su edad aproximada, y demás.

"La verdad es que no es gran cosa, ¿verdad?" dijo él. "En fin, estoy seguro de que no tengo que decirte esto, pero, de todos modos, lo haré. Si se acerca tanto a ti otra vez, será mejor que no le dejes escapar de nuevo."

"Recibido," dijo Mackenzie y terminó la llamada.

Se quedó en el coche, repasando en su mente la escena de la torre del agua. Revivió la pelea en su cabeza, en busca de algún detalle que pudiera haberse perdido. El puñetazo le había pillado desprevenida, y si le hubiera lanzado el puñetazo desde otra dirección, solamente con ese golpe la podía haber arrojado por encima del borde de la

plataforma.

Pero no había sido así. Le habían golpeado por la izquierda, lo cual le había lanzado hacia el tanque que había en la parte superior de la torre.

Me golpeó con su izquierda, pensó. Es zurdo.

Aunque era un detalle nimio, en un pueblo del tamaño de Kingsville, pensó que esto podría servir para afinar el grupo de sospechosos sustancialmente.

Había algo más también. Ese pensamiento que le había asaltado en la campa hacía unos instantes. Tenía que ver con por qué había estado allí el asesino para empezar. Y, pensó, básicamente eliminaba la idea de que el asesino tuviera miedo a las alturas. Incluso aunque solo hubiera querido capturar de nuevo los asesinatos, revivirlos desde las escenas de los crímenes, un temor legítimo a las alturas no hubiera hecho de ello algo muy divertido.

Y no solo era eso, lo cierto es que peleaba muy bien a esas alturas.

No le asustan las alturas. Y tampoco tengo ninguna indicación real de que a sus víctimas les asustaran tampoco. Este tipo estaba aquí esta noche para regodearse en su obra, no para continuar luchando contra un temor. No está asustado —y seguramente nunca lo estuvo.

En otras palabras, estaba enfocando todo esto de la manera equivocada. Y, por lo visto, lo había hecho desde un principio.

Volvió a salir del coche y se apresuró a regresar a la campa de la torre. Encontró a Tate con facilidad, caminando de un lado a otro entre dos grupos de agentes que estaban empezando a adentrarse en el bosque, con las linternas enfocadas a la red de árboles que había por delante suyo.

“Un detalle más,” dijo mientras se acercaba a él. “Este tipo… es un zurdo. Cuando me lanzó el puñetazo, lo hizo con la mano izquierda.”

“¿Estás segura de eso?”

“Casi al cien por cien.”

“¿Hay algún otro pequeño detalle que hayas recordado?” le

preguntó. De nuevo, no estaba intentando parecer un capullo, pero, por lo visto, así era cómo se comportaba cuando se encontraba bajo presión.

“No,” dijo ella. “Pero creo que he estado enfocando todo esto de manera equivocada.”

“Y eso está mal, ¿verdad?”

“No, pero significa que ahora podemos empezar de cero. Y, a veces, esa es la mejor manera de conseguir perspectiva.”

Había escuchado eso en alguna clase durante el tiempo que paso en Quantico. Solo esperaba que resultara ser cierto en este caso.

***

Tres horas y media después, todavía no habían encontrado a ningún sospechoso. Tate, sin embargo, pareció quedarse con el detalle de que era zurdo y le dijo que le informaría si surgía algo. Entonces, Mackenzie tomó el consejo que le habían dado tanto Tate como McGrath. Se marchó del lugar, renunciando a la búsqueda, y regresó a su habitación en el motel.

Era poco antes de la una para cuando se hubo duchado y se metió a la cama. Con las luces apagadas, se temía que podía tener de nuevo ese sueño, el de caerse sin fin por un puente sin nombre mientras le azotaban tallos resecos de maíz por todos lados.

Se quedó frita solo un rato antes de despertar sobresaltada. Algo le había sacado de su sueño. Miró al reloj que había sobre la mesita y vio que eran la 1:22. No había estado durmiendo mucho para nada, entonces, ¿qué es lo que le había despertado?

El sonido regresó de nuevo. Alguien llamando a la puerta de su habitación.

¿Tate? se preguntó. De ser así, ¿por qué no me llamó sin más como dijo que haría?

Se levantó lentamente de la cama, agarrando su Glock al hacerlo. Con mucha calma, atisbó por la pequeña mirilla de cristal. Confundida ante lo que vio, abrió la puerta de inmediato.

Ellington estaba de pie al otro lado de la puerta.

“Hola,” le dijo tímidamente. “Me enteré de lo sucedido.”

Ella se echó a un lado, dejándole pasar. “¿Cómo?”

“Me llamó McGrath. Me preguntó si yo pensaba que estarías bien manejando esto tú sola. Algo sobre el sospechoso poniéndose a tiro. Dijo que hubo una pelea.”

“La hubo,” dijo ella. “Y sí, se escapó.”

Él la miró a la luz, inclinando su cabeza ligeramente para mirar donde le habían dado el puñetazo en la cara. Ella sabía que se había hinchado un poco, pero el dolor no era para tanto.

“¿Te encuentras bien?” preguntó Ellington.

“Sí. Bueno… no lo sé. ¿Y a ti no te van a romper el trasero por venir hasta aquí?”

“Bueno, esperaba que no se lo dijeras a nadie.”

“Esto es de idiotas. Podría meterte en muchos problemas.”

Se sentó al borde de la cama mientras Mackenzie cerraba la puerta. “Ya lo sé,” dijo. “Pero he estado pensando mucho en algunas de las cosas que dijiste en el apartamento. Sobre cómo te asusta contar con alguien que no sabes con certeza si va a estar siempre ahí.”

“Sí, es injusto que te cargue a ti con eso y—”

“No es ninguna carga,” dijo Ellington. “Y supongo que esa es la razón de que esté aquí.” Fue a tomarle la mano, que ella le ofreció sin oponer mucha resistencia. “Me enteré de que te habían atacado y de que las cosas se estaban saliendo de control por aquí y tenía que estar aquí, contigo. No había ni siquiera una pregunta que hacerse. Es por eso que, francamente, no me importa si me echan la bronca por ello. Mierda… ya me han suspendido. ¿Qué más podría pasar?”

“Para empezar, podrías quedarte sin tu trabajo.”

“Lo dudo. ¿No crees que McGrath tiene al menos alguna idea de que vine directamente a Kingsville cuando me dijo que te habían atacado? De todas maneras… lo que quiero decir es que, si la manera en que cuentas conmigo te asusta, el sentido de la protección que siento hacia ti también me asusta. Ya he estado enamorado antes, así

que ni siquiera voy a utilizar esa línea contigo. Pero, puedo decir con toda honestidad, que nunca me he preocupado tanto por el bienestar y la seguridad de alguien. Quizá tenga que ver con que seamos compañeros de trabajo. No lo sé. Pero cuando me enteré de que estabas en peligro, me dolió en el corazón porque no podía estar contigo en ese momento, en ese preciso instante. Y quizá sea eso por lo que estas acusaciones contra mí nos están separando tanto. Los dos estamos asustados a nuestra manera y algo como eso hace las veces de cebo. Si queremos encontrar una salida, ahí la tenemos.”

“¿Y tú quieres?” le preguntó Mackenzie.

“¡Diablos no! Si quisiera, no hubiera pisado el acelerador para venir a verte. De hecho, estoy aquí por otra cosa. Mira… me encanta que cuentes conmigo. Y también me encanta sentirme tan protector hacia ti. Así que juntemos esas dos cosas.”

“¿Cómo?”

Ellington se encogió de hombros, y la acercó hacia él. “Cásate conmigo.”

Aunque tenía las palabras ¿Estás loco? en la punta de la lengua, las reprimió. Había deseado ver algún signo de consistencia y seguridad por su parte y se lo estaba demostrando. Y aunque no estaba del todo preparada para darle un sí o un no a su solicitud, la absoluta sinceridad que había en sus ojos al decir esas palabras le decían todo lo que necesitaba saber.

En vez de responderle con palabras, le respondió con un beso. En unos segundos, había evolucionado hacia un calor que les derritió, un beso lento que parecía no terminar nunca pero que, al mismo tiempo, comunicaba un millar de cosas al resto de sus cuerpos. Al abrir la boca para besarle, le dolía un poco la mandíbula del puñetazo que había recibido, pero el dolor se desvaneció cuando la tumbó lentamente sobre la cama y le quitó la camisa con pericia.

Entonces Mackenzie se dejó llevar, permitiéndose cierta vulnerabilidad. Se permitió caer y, por un instante, no temió a las alturas desde las que había atisbado la noche anterior. Si todas las caídas eran como esta, ciertamente había maneras de superar ese miedo.

Algo de todo esto encajó dentro de su mente y lo guardó por un momento mientras Ellington y ella caían en una cadencia familiar—un ritmo con el que, incluso ahora, sabía que podría vivir el resto de su

vida.

CAPÍTULO VEINTICINCO

A la mañana siguiente, Mackenzie estaba a punto de meterse a la ducha cuando sonó su teléfono móvil. Eran poco más de las seis de la mañana, una hora en la que cualquier llamada que recibiera un agente significaba algo importante… o desalentador. Ellington, que seguía durmiendo en la cama, se despertó sobresaltado al escuchar el sonido. Todavía desnuda tras las actividades de la noche anterior, Mackenzie tomó el teléfono y vio el número de Tate en la pantalla.

“Buenos días, alguacil,” dijo.

“Agente White, estamos bastante seguros de que tenemos a un tipo que encaja con tu descripción. Y creo que tienes razón. Creo que estábamos atacando esto desde un ángulo equivocado desde un principio.”

"¿Quién es el sospechoso?"

"Un chico del pueblo llamado Jimmy Gibbons. Veintinueve años de edad, un zurdo bien conocido. También tiene reputación por vestirse al estilo grunge. Y tiene una preferencia por los suéteres con capucha."

"Eso parece demasiado general."

"Sí, eso es lo que pensamos nosotros también. Pero es que hay más. Mira, ven a comisaría en cuanto puedas. Te pondré al día de lo que tenemos y, a menos que pongas alguna objeción, parece que podemos hacer una redada en su casa."

"¿Y por qué no le hacemos una visita amistosa?" preguntó Mackenzie. Decidió que tendría que saltarse la ducha, poniéndose los pantalones mientras hablaba.

"Bueno, es que hay algo más. Ven aquí y te lo contaré."

Mackenzie concluyó la llamada y continuó vistiéndose. Era un tanto extraño sentirse mucho mejor esta mañana, principalmente porque había aparecido Ellington y había tenido el gesto más espectacular de todos.

"¿Alguna novedad en el caso?" preguntó Ellington, sentándose en la cama.

"La policía local parece creer que sí. Ahora mismo voy hacia allá para comprobarlo."

"Me encantaría acompañarte," dijo. "Pero tanto tú como yo sabemos que puede que no sea la idea más inteligente. ¿Hay algo que pueda hacer por ti desde aquí?"

"La verdad es que sí, aunque será monótono."

Él se encogió de hombros mientras también salía de la cama y empezaba a recoger su ropa. "Ya que estoy aquí, puedes hacer que sirva de algo. Sin duda alguna, no vine a Kingsville de vacaciones."

"Utiliza mi portátil para entrar a la base de datos del bureau y ver qué puedes encontrar sobre otros casos de los últimos tres años en que haya gente que se ha suicidado tirándose de algún lado y que tengan interrogantes… quizá no todo el mundo estuviera convencido de que

fueran suicidios. No te alejes demasiado del área de Virginia, DC, o Maryland."

"Claro, eso puedo hacerlo. Tenme informado sobre cómo van las cosas."

"Lo haré," dijo ella. Entonces se giró para darle un beso a Ellington, un beso largo que hizo las veces de recordatorio de lo que había sucedido la noche anterior.

"Ten cuidado ahí fuera," dijo Ellington. "Y haz el favor de no subirte a nada de nuevo."

"No puedo prometerlo," dijo ella, guiñándole el ojo mientras abría la puerta y salía a la calle.

***

Tate había reunido a su pequeño equipo en la sala de conferencias y todos miraron a Mackenzie con entusiasmo y respeto cuando entró a la sala. La sala apestaba a café y al sentimiento inconfundible de la tensión elevada que había entre los hombres con una meta similar en mente.

Andrews y Roberts estaban junto a la mesa, pero ninguno de los dos estaba sentado. Ambos estaban de pie, con el aspecto de dos toros a punto de ser liberados de sus jaulas para salir al rodeo.

"Justo a tiempo," dijo Tate. "Estaba a punto de poner al día al agente Roberts sobre lo que tenemos. Como te dije por teléfono, agente White, el nombre del sospechoso es Jimmy Gibbons. Es un chico del pueblo de veintinueve años y hemos confirmado que es zurdo. Trabaja en una pequeña tienda de reparaciones de motores al final del pueblo, donde es uno de cuatro empleados, incluido el propietario. Las capuchas negras son su estilo—se las pone todo el tiempo, incluso cuando la mayoría de la gente se ha cambiado a camisetas por el buen tiempo."

"Repito, sin embargo," dijo Mackenzie, "aunque sea una gran conexión, también es muy circunstancial."

"No en Kingsville. Parece que Gibbons no ha aparecido por el trabajo en una semana más o menos. Me lo confirmó directamente su supervisor. También es relevante que Jimmy tenga antecedentes

delictivos. Le dio un puñetazo a su novia hace unos pocos años. No le hizo mucho daño, pero en fin… Estuvo tres meses en la cárcel debido a ello. También es el tipo de persona que suele provocar rumores sobre sí mismo. Rumores que, en un pueblo como este, suelen ser ciertos."

"¿Qué tipo de rumores?" preguntó.

"Que Jimmy era un adolescente tímido que le disparaba a los gatos extraviados con un tirachinas," dijo Andrews. "De los que comenzaba pequeños incendios solo para ver cómo se freían las cucarachas."

"Y aunque su historial solo tenga ese único incidente con su ex," dijo Tate, "le han denunciado dos veces por actividades sospechosas: como por acosar a la gente en sus patios delanteros y por allanamiento de morada."

"¿Es ese su historial?" preguntó, señalando a una carpeta delgada delante de Tate.

Tate asintió y le pasó la carpeta a Mackenzie por encima de la mesa. Mackenzie lo abrió y lo repasó con rapidez. Estaba más interesada en la fotografía de Jimmy Gibbons. Inclinó la cabeza y entonces colocó la mano sobre la mitad superior de la cabeza en la foto. La foto solo mostraba un muy leve vello en su rostro, así que hizo lo que pudo por imaginarse una barba de un día como la que había visto en la barbilla y las mandíbulas del hombre de anoche.

"¿Qué piensas?" preguntó Tate.

Mackenzie le echó una última ojeada a la mitad inferior de la cara y entonces arrojó la carpeta sobre la mesa.

"Creo que quiero acompañaros para ir a esa redada."

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Mackenzie estaba cayendo en la cuenta de que todas las carreteras secundarias dentro y alrededor de Kingsville parecían exactamente iguales; no eran más que largas extensiones serpenteantes de asfalto que zigzagueaban a través del condado. Eran casi idénticas a excepción de un claro entre las arboledas para campas o pequeños terrenos donde se habían acumulado unas cuantas casas. Sentada en el asiento del copiloto con Tate al volante, casi se sentía como si estuviera en una extraña montaña rusa que le llevaba a través de bajadas y subidas a lugares desconocidos.

Jimmy Gibbons vivía al final de una pista de gravilla donde unas cuantas casas se erigían al lado de la carretera. El terreno entero se parecía a un parque de tráileres, solo que con casas de clase baja en vez de casas móviles. Porches inclinados, tejados que necesitaban una mano de trabajo, vejestorios de aparatos de aire acondicionado que colgaban de lóbregos ventanales, goteando charcos de agua sobre el césped. Tate entró a un caminillo de tierra delante de una de esas casas con otro coche por detrás suyo, donde venían Andrews y Roberts.

"Su supervisor dice que ha intentado llamarle tres veces y que Jimmy no le respondió ninguna," dijo Tate. "Apuesto a que no está aquí."

"En base a lo que me pasó a mí y las circunstancias que ya has señalado, tenemos la autoridad para entrar de todas maneras."

"¿Alguna vez tiraste una puerta?" preguntó Tate, con cierto sarcasmo.

"La verdad es que sí, más de las que me gustaría admitir."

Aparcó el coche y salieron juntos. La mañana estaba tranquila a excepción de un perro que ladraba como un descosido en alguna parte más lejana de la carretera de gravilla por la que habían venido. Esperaron a que se les unieran Roberts y Andrews y entonces se aproximaron al sórdido porche delantero como un cuarteto en fila india.

Mackenzie hizo un gesto a Tate para que tomara la voz cantante, queriendo darle completa autoridad en su propio territorio. No perdió ni un segundo, llamando con fuerza a la puerta mientras gritaba: "¡Jimmy! ¡Jimmy Gibbons! ¡Abre la puerta!"

El porche estaba en silencio. Incluso el perro que ladraba en la distancia se quedó callado. Mackenzie ya había estado las veces suficientes en esta situación como para presentir que no había nadie en casa. Tate le miró y ella asintió.

"Tienes cinco segundos," chilló Tate, "o vamos a entrar de todas maneras."

Aunque Tate no se molestó en contar en voz alta, esperó los cinco segundos antes de arrojar su hombro contra la puerta. Salió rebotando del golpe, aunque le dio en el marco. Frustrado, echó su pie hacia atrás y lanzó una patada feroz. Se tambaleó un poco, pero la puerta se abrió de par en par, rompiendo el marco que la soportaba.

Mientras Tate se recomponía, Mackenzie pasó al interior. No liberó su Glock de la funda, pero como por costumbre, su mano derecha se acercó y se mantuvo allí cerca. Adentro, se encontró con una casa que no estaba en un estado de mugre absoluta, pero que no había disfrutado de algunos mínimos cuidados amorosos en largo tiempo. El lugar apestaba a polvo y a comida pasada. La sala de estar, que era la primera habitación desde la entrada, estaba amueblada con una vieja alfombra llena de manchas, una mecedora, una lámpara sencilla, y una televisión. Había unos cuantos DVD por aquí y por allá, además de pedazos sueltos de periódicos y revistas.

Lentamente, Tate entró por detrás suyo. Le siguieron Andrews y Roberts, flanqueándole para después dirigirse a alguna otra parte de la casa. Mackenzie echó un vistazo alrededor de la sala de estar por un momento, pero no encontró nada de interés—ciertamente nada que encasquetaría tres asesinatos a Gibbons.

Se acercó hasta un pequeño pasillo que salía de la sala y llevaba a uno de los dos dormitorios de la casa. Andrews ya estaba allí, hojeando cuidadosamente unas cuantas pilas de papeles que había sobre un viejo escritorio de roble contra la pared de atrás.

"¿Alguna cosa?" preguntó Mackenzie.

"Solo unos cuantos dibujos realmente perturbadores. Parece tener bastante talento artístico. Solo que… en fin, le falta algún tornillo."

Mackenzie miró a través de la pila de papales y vio lo que quería decir. Había perfiles de rostros que parecían haber sido disparados en la cabeza, a los que les faltaban partes de las cejas y de la frente. Había bocetos en grafito de cadáveres en el suelo, con charcos de sangre a su alrededor. Mackenzie se preguntó si estos dibujos eran los

resultados imaginarios de lo que le pasaría a la gente que se cayera de lugares elevados. Los esparció por todo el escritorio. Había once en total y tomó unas fotos rápidas con su teléfono de cada uno de ellos.

Además de los papeles esparcidos por el escritorio, no había ningún desorden en la habitación. La cama estaba hecha y no había ni una sola foto en las paredes. Había un solo armario contra la misma pared que el escritorio. Mackenzie miró en los cajones y solo encontró ropa (entre ella, muchos suéteres de capucha negra como había indicado Tate) y, en uno de los cajones superiores, una memoria portátil.

Sacó la memoria y se la mostró a Andrews. "¿Alguna posibilidad de que veas que hay un ordenador portátil por aquí?"

"Lo dudo," dijo. "Si así fuera, debería haber vendido el maldito trasto y comprado una casa mejor. El portátil debería valer más que toda esta pocilga."

Ignorando la actitud de Andrews hacia el lugar, Mackenzie se metió la memoria al bolsillo y examinó el resto de la casa. Entró al cuarto de baño y buscó cualquier señal de que hubiera medicamentos. No había ningún armario para medicinas, solo una pequeña bolsa de plástico empotrada al fondo del armarito de las sábanas. No había dentro de ella nada más que medicinas de venta libre y tiritas.

Aunque parecía que Tate y sus hombres estuvieran llevando a cabo una investigación exhaustiva del lugar, Mackenzie les siguió de cerca. En la cocina no había gran cosa. Ni siquiera había una mesa dentro de ella o en la pequeñísima zona de comedor adyacente a la misma. El frigorífico estaba repleto con cerveza, leche, algo de queso y un contenedor parcialmente abierto de mortadela.

En el otro dormitorio, más pequeño, vio la única fotografía que había en toda la casa. Era la foto de una pareja, cogidos de la mano, caminando por lo que parecía ser un malecón. La foto era un tanto antigua y la vestimenta de la pareja hizo pensar a Mackenzie que se habría tomado en algún punto de los principios de los años ochenta.

Mientras la estaba observando, Tate entró a la habitación. "Es la única foto de todo el lugar," dijo. "¿Te resulta eso extraño?"

"Quizá un poco," dijo ella. "Depende de su personalidad, supongo. ¿Alguna idea de quiénes son?"

Tate se encogió de hombros. "Solo he estado en el pueblo doce

años. No soy uno de esos alguaciles de pueblo que se conocen la historia del mismo y el árbol familiar de todo el mundo. Si tuviera que apostar, asumiría que se trata de los padres de Jimmy."

"Y yo haría la misma suposición," dijo Mackenzie. "¿Sabes algo acerca de ellos?"

Sacudió la cabeza. "Nada. Puedo llamar a comisaría y hacer que alguien lo investigue, si lo consideras necesario. Quizá Andrews o Roberts sepan algo al respecto."

"Puede que no sea mala idea," dijo ella. "Necesitamos saber algo sobre él además de que es zurdo y que no ha aparecido por el trabajo en una semana."

"¿Ya viste los dibujos en su dormitorio?" le preguntó Tate.

Mackenzie asintió con la cabeza y entonces le mostró la memoria portátil. "También encontré esto. No vi ningún ordenador portátil en tu coche. ¿Lo pasé por alto?"

"No…ningún portátil. Solo una tablet."

"Me gustaría ver lo que hay aquí cuanto antes posible," dijo.

"En cuanto termines aquí, podemos volver a toda prisa a comisaría y conseguirte un portátil. Entretanto, puedo hacer que alguien haga algunas averiguaciones sobre los padres de Jimmy y todos los hechos de su pasado que podamos obtener."

"Creo que ya podemos irnos de aquí," dijo Mackenzie. "Me da la sensación de que, de todas maneras, nunca ha pasado mucho tiempo en casa."

No estaba segura sobre si eso sería relevante para el caso o no. Parecía el tipo de lugar en el que alguien entrara solo para dormir y poco más. Se imaginó a Jimmy Gibbons afuera en el bosque, quizá estudiando el Puente de Miller Moon y la torre del agua. Quizá los observaba con la misma comprensión que alguien mira los cielos nocturnos. O quizá los miraba como algo distinto.

Y con ese pensamiento en la mente, volvió a mirar la foto de la pareja en la pared. Parecía un tanto fantasmal en la ausencia de cualquier otra cosa en la casa. Cuando se dio la vuelta para salir, le dio la impresión de que la gente en la foto estaba viendo cómo se marchaba, con sus ojos fijos en ella como si estuvieran esperando a

contarle alguna cosa.

***

Fiel a su palabra, Tate puso a Mackenzie detrás de un ordenador portátil en cuanto regresaron a la comisaría diez minutos después. Lo preparó en su propio despacho, encerrándose con Mackenzie en la oficina. Daba la impresión de que Andrews y Roberts estaban algo celosos, lo cual no afectó a Tate en absoluto. Mackenzie se dio cuenta de que cuanto más veía al alguacil desempeñando su trabajo, más le apreciaba.

Insertó la memoria y abrió el directorio de archivos. Tuvo una sensación enfermiza de horror en su estómago cuando vio lo que contenía. Había numerosos iconos de archivos JPEG; aproximadamente unos cien en total. Por lo visto, Tate tuvo la misma sensación al ver las numerosas filas de archivos JPEG.

“Mierda,” dijo. “Esto va a ser terrible, ¿no es cierto?”

Mackenzie no se molestó en suavizar las cosas. Sin duda, siempre cabía la posibilidad de que las fotos no fueran más que de porno. Pero, hasta el momento, este caso sugería que algo tan inocente no merecía la pena ser ocultado. No, lo cierto es que esperaba que fuera mucho peor.

Pulsó en la primera de las imágenes y su corazonada resultó ser correcta.

La primera foto mostraba una figura yaciendo boca abajo sobre el cemento. Había sangre, pedazos de cráneo y de vísceras, y otros materiales oscuros esparcidos por el suelo alrededor del cuerpo. La rodilla izquierda estaba doblada del revés, y el pie derecho estaba destrozado. Aunque no tenía manera de saberlo con certeza, estaba bastante segura de que este era el cuerpo de alguien que se había caído desde una gran altura.

La segunda imagen era más de lo mismo. Esta vez, sin embargo, el cadáver yacía de lado. La parte inferior de la cara había sido básicamente pulverizada. La víctima parecía ser una mujer asiática, relativamente joven.

“Dios mío,” dijo Tate por detrás de ella.

Mackenzie sabía lo que contenían las otras imágenes, pero tenía que realizar su trabajo. Tenía que ser lo más exhaustiva posible.

Tras varias imágenes, los métodos de la muerte cambiaban. La primera docena más o menos parecía ser de suicidios que se habían llevado a cabo saltando. Descartó la idea de que todas ellas fueran víctimas de Jimmy Gibbons después de ver cinco fotografías. Los fondos de unas cuantas de ellas mostraban ciudades totalmente diferentes. Una de ellas era de algún lugar en Japón mientras que otra parecía ser de alguna parte de New York a juzgar por las señales que se veían al fondo.

Tras los presuntos suicidios por saltos al vacío, vio más imágenes de otros suicidios. De tiros de arma en la cabeza, algunas de ellas con armas potentes. De muñecas cortadas en una bañera. Vio una de un hombre que parecía haberse intentado decapitar a sí mismo con una sierra.

"Este tipo está enfermo," dijo Tate. "¿Y cómo consiguió esas fotos de todas maneras?"

"Te sorprendería saber lo fácil que es conseguir este tipo de cosas online," dijo Mackenzie. "Es bastante evidente que unas cuantas de ellas se han tomado en escenas de crímenes—probablemente obtenidas de los archivos de los casos.

"Pero, ¿por qué?" preguntó Tate. Ahora ya ni siquiera estaba mirando las fotografías. En vez de ello, estaba de frente a la puerta, como si estuviera deseando alejarse del portátil.

"Podría deberse a una serie de razones," dijo ella. "Pero, en base a estas fotografías, creo que me puedo hacer una idea más clara del tipo de persona con el que estamos tratando. Y sinceramente, ni siquiera sé si algún tipo de admiración o miedo a las alturas tiene algo que ver con todo ello. Creo que se trata de control y de una fascinación enfermiza con la destrucción de sus víctimas. Está intentando crear el mayor estropicio del que es capaz."

"Y entonces, ¿qué demonios podemos sacar de esto?" preguntó.

Era una buena pregunta, en la que se enfocó lo bastante como para desligarse de las viscerales y morbosas fotografías. "Por alguna razón, se trata de vísceras para él," dijo. "Por su efecto de shock. Todas esas fotos… los cadáveres estaban en terribles condiciones. Me parece que la mayoría de ellos fueron suicidios o crímenes violentos intencionales. Pero no había ni una sola foto de alguien colgando de

una horca, o tirado en su coche después de morir al inhalar gases tóxicos."

"Así que no solo está matando a esta gente, sino que está intentando crear el mayor desastre posible," dijo Tate.

"Sí, eso es lo que parece."

"Y entonces, ¿cómo demonios se supone que podemos saber quién va a ser su siguiente víctima?" preguntó Tate. "¿O dónde va a atacar ahora?"

Antes de que Mackenzie pudiera responder, llamaron a la puerta. Andrews la abrió y asomó la cabeza. "Parece que tenemos resultados sobre los padres de Jimmy Gibbons. Y son de lo más interesantes."

"Suéltalo entonces," dijo Tate. "¡Nada de bromitas! ¡No tenemos tiempo para esa mierda!"

"Brian y Beth Gibbons—los dos murieron en un trágico accidente de coche. Estaban cruzando un puentecito de campo en algún lado del sur del estado. Había hielo en la carretera y salieron derrapando. La barrera a lo largo del puente estaba muy vieja y dilapidada y el coche saltó por encima de ella. Cayeron unos veinticinco metros, directamente al agua. La madre murió dentro del agua y el padre en la parte de atrás de una ambulancia."

"¿Y dónde diablos estaba Jimmy Gibbons cuando sucedió todo esto?"

"En el asiento de atrás. Tenía tres años en aquel momento, e iba en una silla para coches. Por lo que cuentan los informes, su madre murió porque le salvó a él. El padre consiguió sacarle a él y a sí mismo a una parte segura. Jimmy estuvo a punto de morir durante un minuto ya que tenía mucha agua en sus pulmones, pero salió adelante."

"Entonces me estás diciendo," dijo Mackenzie, "¿que tenemos a un asesino arrojando a gente desde grandes alturas cuyos padres también murieron de su propia caída desde lo alto de un puente?"

"Eso es lo que parece," dijo Andrews.

Mackenzie lo pensó mucho y daba igual en qué dirección intentara ir su mente, la solución más simple parecía ser la más lógica.

"Alguacil, entiendo que tiene un cuerpo reducido de agentes, pero

creo que necesitamos poner bajo vigilancia cualquier construcción que mida más de 15 metros en este pueblo.”

“Bueno, no serán muchas. Está el antiguo edificio de la Droguería Weldon y la Iglesia de Gloria Bautista. Esa maldita torre se eleva cerca de los veinticinco metros de altura en el aire, creo yo. Y hay un puñado de viejos graneros, pero todos están fuera de servicio y ni siquiera creo que se pueda subir a la parte de arriba.

“Empezad por la droguería y la iglesia,” dijo Mackenzie. “Si necesitáis llamar a los de la estatal, hacedlo.”

“¿Crees que lo va a hacer de nuevo?” preguntó Tate.

“Así es,” dijo ella, sacando la memoria del portátil, con las imágenes todavía frescas en su mente. “Y creo que lo va a hacer más pronto que tarde.”

CAPÍTULO VEINTISIETE

Mientras Tate se encargaba de desbandar a sus mínimos operativos, Mackenzie se apresuraba a regresar al motel para reunirse con Ellington. Cuando entró a la habitación, se lo encontró sentado y atareado detrás del ordenador, repasando la base de datos del FBI como le había pedido. Parecía cansado y frustrado, indicándole sin palabras cómo iba su investigación.

"Nada, por lo que veo," le dijo Mackenzie.

"Hay mucho, a decir verdad," dijo él. "Pero haría falta todo un equipo para filtrar todo esto. Y sería un proceso largo y agotador. ¿Qué hay de ti? ¿Algún movimiento?"

"Parece que tenemos una pista muy sólida," dijo ella. "Ahora solo es cuestión de encontrarle porque parece que se ha largado de su casa en los últimos días."

"¿Algún punto probable para su próxima víctima?" preguntó Ellington.

"Solo unos cuantos," dijo ella. "Los estamos investigando en este momento."

"¿Hay algo que pueda hacer excepto sentarme aquí detrás del ordenador?"

"No. No puedo hacer que te metas en más problemas. Aunque McGrath sepa que seguramente has venido aquí, tienes que ser inteligente. Esta cuestión del acoso se desvanecerá enseguida pero que hayas desafiado directamente una suspensión no desaparecerá tan fácilmente."

"Lo sé," dijo con un suspiro.

"Mira… te voy a enviar algunas fotos que tomé en casa del sospechoso. Analízalas. Examina hasta el último detalle de todas ellas. Dime si encontraste algo—lo que sea—que nos pueda dar algún indicio sobre las pautas o motivos que pueda tener. Todavía no he tenido ocasión de examinarlas a fondo."

"Está bien, eso lo puedo hacer. Pero mira… no sé si merece la pena que me quede dando vueltas por aquí mucho más tiempo.

Anoche vine guiado por mis instintos de protección. Y como todavía no has respondido a la pregunta que te hice anoche…”

“No lo hice, ¿verdad?” le dijo con un aire juguetón.

“No, no lo hiciste.”

Ella solo asintió, le besó en la comisura de los labios, y se dirigió hacia la puerta. “Te enviaré esas fotos en los próximos quince minutos o así.”

Cuando se puso a caminar hacia la salida, Ellington le llamó por su nombre. No estaba segura de si alguna vez le había oído pronunciar su nombre con tanta preocupación en la voz. “¿Mackenzie?”

“¿Sí?”

“Ten cuidado ahí afuera.”

“Lo haré,” dijo ella.

Intercambiaron una mirada llena de sentimiento mientras ella salía afuera, dejándole a solas con el ordenador de nuevo. Saber que él estaba aquí, pero que no podía estar a su lado mientras iba de camino a lo que esperaba ser la conclusión de este caso, hacía que se sintiera terriblemente sola. Y, por supuesto, la pregunta de anoche todavía le pesaba como una losa en el corazón.

Matrimonio, pensó mientras se apresuraba a llegar a su coche. Eso salió de la nada, ¿verdad?

Y así había sido. Era una sorpresa inesperada, pero una que la tenía levitando por dentro. Estaba bastante segura de que diría que sí, pero no podía permitir que este acontecimiento que le iba a cambiar la vida alterara su estado mental cuando parecía que finalmente estaba llegando al fondo de este caso.

Pues vamos allá y acabemos con este maldito asunto, pensó mientras se montaba en el coche y daba marcha al motor. Llamó a Tate y mientras el teléfono empezaba a sonar al otro lado, podía sentir cómo se estaban moviendo las cosas—y cómo el sonido del teléfono era casi como una señal para empezar la cuenta atrás. Ya había sentido esto antes y, por lo general, acababa siendo cierto. Casi con todos los casos, llegaba un punto en que podía sentir que se acercaba el final—para bien o para mal. Lo sentía en este momento, incluso cuando le salió el buzón de voz de Tate al segundo tono.

Realmente, ya es hora de que pongas ese maldito teléfono al día, pensó Mackenzie.

Arrojó el teléfono a un lado. En el mismo instante que había caído en el asiento del copiloto, comenzó a sonar. Vio el número de Tate, llamándole de vuelta. Un tanto picada, respondió a la llamada.

"¿Tienes alguna novedad para mí?" preguntó Mackenzie.

"Perdona por no responder a tu llamada. Este maldito teléfono…" Se detuvo y suspiró antes de continuar. "Ya tenemos a tres hombres en Weldon, examinando la zona," le dijo Tate por el móvil. "Y yo voy ahora mismo hacia a Iglesia de Gloria Bautista con el agente Roberts por si te quieres unir."

Mackenzie le dijo que sí y escuchó como vibraba el teléfono veinte segundos después cuando Tate le envió las instrucciones para llegar hasta allí. Abrió el mensaje y por la que parecía ser la enésima vez, se encontró acelerando a través de curvas y más curvas por una serie de carreteras secundarias que parecían completamente olvidadas por el resto del mundo.

***

Para cuando aparcó su coche en el aparcamiento rectangular de gravilla que había en el lado occidental de la Iglesia de Gloria Bautista, Tate y Roberts ya estaban allí. Estaban caminando hacia la entrada principal, una puerta rústica y blanca que tenía una perentoria necesidad de una mano de pintura. El pequeño letrero asentado en el césped de la entrada proclamaba: SERVICIO DOMINICAL: 10 H.

La iglesia se encontraba junto a una de las carreteras secundarias, como a milla y media de lo que se consideraba como el "centro" del pueblo. Como prácticamente casi todo lo demás en Kingsville, estaba rodeada de aire libre y de árboles—que daban un aspecto realmente tenebroso al cementerio que había en la parte de atrás de la propiedad. La altísima torre del campanario era casi cómicamente elevada. Quizá quienquiera que hubiera creado su diseño cuando estaban construyendo la iglesia, lo hubiera hecho como algún tipo de broma. Algo así como un irónico corte de mangas a todos aquellos que acabarían atendiendo la iglesia algún día.

"¿Ha llamado alguien al pastor?" preguntó Mackenzie.

“Lo intenté,” dijo Tate. “Está haciendo visitas en el hospital de Arlington, pero su esposa ha tenido la cortesía suficiente como para decirnos donde está la llave de repuesto.”

Dicho esto, Tate subió los peldaños y se puso de puntillas. Se inclinó hacia delante, pasó la mano por el marco superior de la puerta, y encontró una pieza suelta, pequeña, del revestimiento de madera que formaba el exterior de la iglesia. Liberó la pieza de madera y les mostró la llave de repuesto que colgaba de una punta en la parte de atrás del revestimiento. Sacó la llave, colocó la madera sobre el descansillo, y metió la llave en la vieja cerradura de latón de la puerta. Cuando pasaron al interior de la iglesia, Mackenzie se acordó al instante de su infancia. Olía como el ático de su abuela, donde en su día se había sentado en una vieja silla mohosa a leer varios tomos de los libros originales de Nancy Drew. Por debajo del olor había algo parecido al limón—abrillantador de muebles con el que seguramente habían repasado las partes traseras de los bancos de la iglesia hacía poco tiempo.

Era una iglesia pequeña desde dentro. Miró hacia el techo mientras entraban al santuario. Tenía unos cinco metros de alto y trató de imaginarse lo mejor que pudo la enorme torre del campanario por encima de sus cabezas. Los tres caminaron a través del santuario, hacia la parte de atrás de la sala donde una puerta enorme llevaba al resto del edificio.

Entonces entraron a una sala enorme que estaba ocupada con unas cuantas mesas y sillas, quizá como si se tratara de un aula grande. El olor a ático no era tan intenso aquí, ya que había sido difuminado por alguien que había fregado los suelos recientemente. Mackenzie miró al suelo en busca de señales evidentes de que alguien hubiera caminado hace poco por aquí pero no encontró ninguna.

El resto de la iglesia era lo que Mackenzie se imaginaba que debían ser las iglesias de pueblo. Un solo pasillo alargado que contenía unas cuantas aulas. Una pequeña zona de cocina se asentaba en la parte trasera del pasillo y, justo en el centro, había una sola puerta cerrada. Habían impreso un pequeño signo en tipografía simple Times New Roman que decía: ¡Exclusivamente entrada a la torre del campanario!

“¿Has estado alguna vez allá arriba?” preguntó Mackenzie a Tate y a Roberts.

“Ni una vez,” dijo Tate.

“La verdad es que esta es la primera ocasión en que he puesto el pie dentro de este edificio,” dijo Roberts.

“Somos todos nuevos aquí,” dijo Tate con una sonrisa nerviosa. “Así que, si quieres, puedes ir por delante.”

Mackenzie abrió la puerta y pasó al interior. Había una especie de alcoba muy pequeña, un giro rápido a la derecha, y entonces unas escaleras que ascendían en un ángulo casi vertiginoso. Las escaleras estaban hechas de madera y tenían al menos cincuenta años de antigüedad—probablemente andaban más cerca de los cien. Cada peldaño crujía bajo su peso, creando un eco a medida que Tate y Roberts le seguían por detrás.

No sintió ninguna amenaza inmediata, pero, aun así, mantuvo la mano cerca de su Glock. Cuanto más cerca estaba de la cima de las escaleras, más polvorientas estaban todas las cosas.

Había muy poca luz, que provenía de alguna parte por encima de su cabeza y apenas iluminaba la escalinata. En el momento que empezaba a sentirse un poco claustrofóbica, llegó al final de las escaleras.

Había un pequeño descansillo y después otros cinco peldaños que llevaban directamente a la torre del campanario. Desde donde ella estaba, Mackenzie podía mirar directamente a la torre, atisbando la cabeza por debajo de una campaña enorme de latón. Ascendió por el otro tramo de escaleras y se quedó parada dentro de la torre. Las escaleras llevaban a un pequeño pasadizo que daba la vuelta a la campana. Llegó hasta la parte de la torre que daba al patio lateral de la iglesia.

“¿Todo bien por allá arriba?” gritó Tate desde el descansillo que había más abajo.

“Sí. Aunque no hay mucho espacio aquí. Espera ahí, ¿de acuerdo?”

A Tate esto le pareció bien y Mackenzie se puso a caminar alrededor del perímetro de la torre. La campana propiamente dicha resultaba fascinante, de un precioso tono de latón que solo se había hecho más espectacular tras su exposición a los elementos a través de las aperturas en forma de ventanas a lo largo del lateral de la torre.

Miró por las tres aperturas, intentando recapturar el sentido de estar por encima de todo que había sentido desde el Puente de Miller

Moon y en el pasadizo de la torre del agua. Le llevó un momento caer en la cuenta de que no lo iba a encontrar aquí. Este espacio era demasiado estrecho. Además de eso, la caída desde aquí no era una caída al vacío. Si alguien se cayera desde una de las aperturas en el lateral del campanario, se golpearían primero contra el tejado, que estaba a unos ocho metros de distancia.

La verdad es que aquí no había ninguna sensación de libertad, ninguna sensación de estar en control. Si acaso, la presencia de la campana reducía increíblemente el espacio. A pesar de que sería bastante fácil forzar a alguien a que subiera por las escaleras, empujarles a la fuerza por el pasadizo alrededor de la campana sería un proceso bastante dificultoso, por no mencionar que tendrían que forzar la cerradura de la entrada para conseguir acceder al campanario.

Volvió a bajar las escaleras, sacudiendo la cabeza. "De ninguna manera," dijo mientras caminaba hasta el descansillo donde le esperaban Tate y Roberts. "Sencillamente hay demasiado poco espacio. Y la caída está interrumpida por el tejado. Si nuestro asesino obtiene su satisfacción al tirar a la gente desde las alturas para ver cómo se golpean contra el suelo, este no es el lugar."

"¿Quieres que nos acerquemos hasta Weldon para que te hagas una idea de cómo es aquello?" preguntó Tate.

"¿Por qué no?" dijo ella. Pero, incluso entonces, le daba la impresión de que también sería un callejón sin salida. Algo en la idea de que el asesino operara desde un espacio tan confinado—hasta de un edificio abandonado con una serie de ventanas grandes y fácilmente accesibles—no encajaba del todo con lo que había visto de su obra hasta el momento. Aun así, quería llevar las cosas hasta el final y si esto significaba visitar una escena potencial de asesinato que estaba bastante segura de que acabaría por no serlo, lo haría.

Además, la alternativa era volver a poner al día a McGrath, para decirle que seguía sin tener nada por el momento. Considerando todo eso, enfiló las escaleras de descenso con Tate y Roberts por delante de ella. Todavía tenía la sensación de que el caso estaba a punto de concluir, pero se preguntaba si iba a tener una conclusión satisfactoria.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Se sentía completamente expuesto, caminando a través del césped a la luz del día. Se había estado escondiendo en el bosque y hasta en los porches de gentes confiadas durante la última semana más o menos. Volver a salir a la luz del sol le hacía sentir que estaba arriesgando su vida. Hacía que se sintiera como un vampiro, lo cual le parecía bien. Quizá no fuera tan terrible ser un vampiro. Porque fuera lo que él fuera… a él le parecía que era mucho peor que los muertos vivientes que andaban por ahí chupando la sangre.

Mientras se escabullía entre los límites del bosque en preparación para la caza de su siguiente víctima, había visto pasar coches patrulla a toda velocidad. Jamás había visto antes tanta actividad policial, al menos no durante los diez años que había vivido en este maldito pueblo. Debían de estar tramando algo—probablemente intentando encontrarle o averiguar por qué estaba haciendo las cosas que estaba haciendo.

Buena suerte con eso, pensó con una sonrisita.

Miró a la casa que tenía delante. Era una casa agradable, una casa en la que quizá hubiera vivido en algún momento si no hubieran muerto sus padres cuando era un niño. Sabía que sus padres tenían buenos puestos de trabajo al morir y se imaginaba que hubiera acabado por tener una buena vida. Que hubiera sido popular en la escuela secundaria, hubiera ido a la universidad, conseguido un buen trabajo, se hubiera casado y criado unos cuantos hijos.

Sin embargo, había acabado sin hacer nada de eso. Sus padres habían muerto y con ellos habían muerto todos esos sueños que había tenido de una vida imaginada, al caer sin remedio a un río que había reclamado sus dos vidas.

Atravesó el patio y se subió al porche de la idílica casita de campo. Hizo lo que pudo por comportarse con normalidad, como si perteneciera aquí. Se había quitado su suéter negro con capucha, optando por una sencilla camiseta blanca. Se imaginaba que, después de su sorprendente encuentro con la policía en la torre del agua la noche anterior, estarían buscando a alguien con una capucha negra. Se sentía desnudo sin ella, incluso más expuesto.

Empujó ese sentimiento al fondo de su mente cuando llegó a la puerta principal de la casa. Llamó suavemente, casualmente, e hizo lo

que pudo por esbozar una sonrisa a pesar de que le estuvieran ardiendo las entrañas. Había estado alimentándose de meros subidones de adrenalina desde que le exigiera a Malory Thomas que se quitara la ropa delante suyo mientras le apuntaba con un arma a la cabeza. La adrenalina no se había evaporado mientras trataba de hacerle cosas malas, pero le había acabado por fallar. Por lo visto, demasiada adrenalina y demasiados nervios le hacían más difícil excitarse sexualmente—algo que, al caer en la cuenta, le había entristecido.

Tampoco se había evaporado cuando le había visto estrellarse contra las rocas debajo del Puente de Miller Moon. Por desgracia, eso era lo que le había conseguido excitar, cuando todas las partes del cuerpo que le habían fallado mientras ella se desnudaba delante de él se erigían con atención plena mientras miraba a su cuerpo fracturado debajo del puente.

Visualizó ese momento en su memoria como si se tratara de una película que hubiera visto hace tiempo. Ahora mismo, estaba más enfocado en la puerta que tenía delante de él. Llamó una vez más, sosteniendo esa sonrisa forzada en su cara.

Finalmente, vino alguien a responder a la puerta. La mujer le vio, frunció el ceño sorprendida, y entonces probó a esbozar su propia sonrisa.

"Jimmy," le dijo ella. "¿Qué haces aquí?"

"Lo siento," dijo él. "Ya sé que no tengo una cita, pero es que realmente necesito hablar contigo."

La doctora Jan Haggerty asintió y suspiró. "En fin, pasa adentro. Estoy con un cliente en este momento, pero puedo verte un rato cuando termine. Puedes sentarte en mi estudio mientras termino."

"Muchas gracias, doctora Haggerty," dijo Jimmy.

Le siguió al interior y cuando fueron cada uno por su lado, ella de vuelta a su consulta y Jimmy a su estudio, la sonrisa fingida abandonó su cara.

Era difícil sonreír cuando se estaba tan asustado.

De nuevo, se dio cuenta de que deseaba ser un vampiro. Así, podría permanecer en la oscuridad. De todas maneras, realizaba todo su trabajo de noche y aparentemente adoraba la visión de la sangre—

algo que solamente ahora estaba empezando a entender y a aceptar.

Si fuera un vampiro, quizá no estuviera así de asustado.

O a lo mejor sí. Daba igual lo que uno fuera, pensó Jimmy, siempre sería un tanto escalofriante darse cuenta de que uno iba a matar de nuevo.

Que tenía que matar de nuevo simplemente para que la vida empezara a cobrar algún sentido.

***

Jimmy Gibbons ya había pasado algo de tiempo en el estudio de la doctora Haggerty. Si una de sus sesiones con un cliente se alargaba, su estudio era el lugar donde se sentaba el siguiente cliente a esperar su turno. La doctora Haggerty siempre tenía música puesta en el estudio, que sonaba a través de un altavoz Bluetooth, normalmente sintonizado a alguna porquería de música de la Nueva Era con sonidos de viento y un piano minimalista.

Jimmy estaba hojeando uno de los libros que había sacado de la estantería—un libro de fotos de Islandia y sus fiordos y cielos nocturnos—cuando la doctora Jan Haggerty entró al estudio. Parecía contenta de verle, como siempre. Y Jimmy también se alegraba de verla. Siempre le hacía sentir bienvenido y le trataba con calidez. Y a pesar de que tenía algo más de cincuenta años, Jimmy pensaba que era de lo más atractiva.

"Entonces, Jimmy," dijo ella. "No recuerdo que jamás vinieras sin anunciarte. ¿Anda todo bien?" preguntó.

Él sacudió la cabeza. "No," le dijo. "He vuelto a tener pesadillas sobre mis padres."

"Oh, no," dijo ella. "Ha pasado algún tiempo desde la última vez que te molestaron esos sueños, ¿verdad?"

"Algo más de un año," dijo él.

"¿Has estado bebiendo?" le preguntó Haggerty.

Jimmy no contestó de inmediato. Ella no se estaba moviendo ni un milímetro de su lugar junto a la entrada al estudio. Estaba bastante

claro que no tenía ninguna intención de convertir esto en una sesión de verdad. Y a Jimmy, eso le parecía bien. Francamente, lo prefería. Le facilitaría bastante la terrible experiencia que tenía por delante.

"No, no he estado bebiendo," dijo él. "Pero las cosas están empeorando. Empecé con algo nuevo… una nueva manera de superarlo todo."

"¿De superar qué, exactamente?" preguntó Haggerty.

"Las pesadillas. La culpabilidad. Todo ello."

"¿Qué has estado probando, Jimmy? Por favor, no me digas que estás tomando algún tipo de drogas."

"Oh, ya lo pensé, pero no… solo tomo el Xanax que me recetaste. Esta otra cosa… creo que puede estar ayudando, pero también está haciendo que caiga en la cuenta de algo más."

La doctora Haggerty se acabó moviendo de la entrada al estudio y tomó asiento al otro extremo del sofá. "¿Qué estás haciendo?" le preguntó con una pizca de preocupación en la voz.

"Pensé que quizá pudiera superarlo todo subiendo a lugares muy altos. Nunca me han asustado las alturas, la verdad, pero las he evitado. Sabiendo que mis padres cayeron por un puente, hacer cualquier cosa que implicara las alturas parecía tentar al destino, ¿sabes? Así que lo intenté y al principio no funcionó."

"¿Al principio?"

"Sí, había una sensación de soledad. Empecé en el Puente de Miller Moon. Fui allí de noche y simplemente miré hacia abajo donde debería estar el agua. En las noches que no hay luna, es como mirar directamente a un abismo. No puede uno ver donde termina la caída, ¿sabes? Me hizo sentir muy pequeño, algo que no me gustó. Aun así… creo que sí me ayudó a detener los sueños durante un tiempo. Entonces, comenzaron a regresar y tuve que probar con algo distinto. Subí a alguien más conmigo, doctora Haggerty."

Aquí hizo una pausa y le miró directamente a los ojos. Sabía que las noticias sobre lo que había estado haciendo se habían corrido por el pueblo. Sabía que la doctora Haggerty sabría todo al respecto de Malory Thomas, Kenny Skinner, y Maureen Hanks. Sentía curiosidad por su reacción. Ya le había dado lo suficiente como para que pudiera considerarse una sutil confesión.

“¿Un amigo tuyo?” le preguntó.

“No. Solo alguien que siempre respeté y que quería conocer mejor.” Se echó a reír y sacudió la cabeza. “No creo que a ella le gustara mucho.”

Podía asegurar que la doctora Haggerty estaba haciendo lo que podía por mantener la calma, pero sus sentimientos reales acechaban en sus ojos y en las comisuras de su boca tensamente cerrada. Estaba asustada. Estaba preocupada.

“Jimmy, creo que tenemos que hablar largo y tendido de todo esto cuanto antes posible,” dijo. “Deja que compruebe mi calendario. Puede que te pueda recibir mañana. ¿Te vendría bien eso?”

“Sí, gracias. Siento aparecer sin avisar, pero… no lo sé. Me está pasando algo y no sé cómo detenerlo.”

Y tampoco es que quiera hacerlo, pensó.

Esperó a que ella se fuera para levantarse del sofá. Sabía perfectamente lo que ella estaba haciendo, y sin lugar a dudas, no era comprobar su calendario. Había visto la preocupación en su rostro y también había visto a todos esos coches patrulla dando vueltas por la carretera.

Le siguió los pasos con sigilo, saliendo del estudio y cruzando el largo pasillo que llevaba hacia su sala de consultas. Ella se estaba colocando detrás de su escritorio y buscando su teléfono móvil. Cuando entró él a la habitación, ella levantó la vista y le vio. Su mano se quedó paralizada justo encima del teléfono.

“Ya te he visto concertar citas para mí durante dos años,” dijo. “Y no tienes el calendario en tu teléfono.”

Ella asintió y lo agarró. “Jimmy… ¿qué es lo que has estado haciendo? ¿Necesitas… necesitas algo de ayuda?”

“Creo que a lo mejor es demasiado tarde para eso,” dijo. “Pero, a tu manera, tú sí que puedes ayudarme. Necesito que cuelgues el teléfono. ¿A quién vas a llamar de todos modos?”

“Jimmy, esto es grave,” dijo ella, sonando como si estuviera a punto de ponerse a llorar. “Hay una señora del FBI en el pueblo. Si te llevamos ahora donde ellos, te pueden ayudar.”

“Quizá yo no quiera ayuda,” dijo. “Por primera vez desde que lo recuerdo, me siento feliz. No sé por qué… pero algo de todo ello me ayuda. Suaviza la tensión. Hace que mis pesadillas desaparezcan.”

“Deja que llame a la policía,” dijo ella. “Creo que es lo más seguro para todos.”

“No,” dijo él. Comenzó a caminar lentamente a través de la sala. “Necesito que vengas conmigo. Quizá cuando estemos allí arriba, lo entiendas. Quizá entonces me puedas ayudar… si hay algún tipo de ayuda. Porque francamente… cuando caen y se ponen a gritar… es mágico. Es como una droga, no lo entiendo. Quizá tú puedas.”

“Jimmy,” dijo ella, levantando el teléfono para empezar a marcar. “No hagas esto.”

“No… no hagas tú eso,” dijo él. Y dicho esto, sacó la pistola de 9 milímetros de la funda que llevaba oculta en la cintura trasera de sus pantalones.

“Te dispararé,” le dijo. “Pensé que solo era ver a la gente partirse por la mitad cuando se caían del puente o de la torre del agua. Pero creo que solo son las vísceras a la vista lo que me fascina. Me quedaría igual de contento salpicando las paredes con tus sesos. Así que por favor… cuelga el teléfono.”

Ella se echó a temblar e hizo lo que le pedía. Estaba llorando, aunque tratara de aguantarse la mayor parte de las lágrimas. No era como los demás. Los demás habían llorado abiertamente, suplicando por sus vidas. Maureen le había ofrecido sexo. De cualquier tipo que se le antojara. Lo había considerado, pero al final había decidido no aceptar.

Quizá ella pudiera ayudarle después de todo.

“¿Qué quieres?” le preguntó.

“Ahora mismo, solo a ti. Cierra las puertas, olvídate de responder al teléfono o a tus emails. Tú y yo vamos a hablar un rato antes de salir a la calle. Quizá tú puedas ayudarme a entender por qué me he convertido en este… este monstruo.”

“Jimmy, no eres un monstruo.”

Él se echó a reír al escuchar esto, agarrando su arma con mayor firmeza.

“No estoy seguro de eso. Se me pone más dura que nunca cuando les empujo. Y cuando se estrellan… ese sonido. Los crujidos. Las fracturas. Me encantan. En el caso de Kenny Skinner, se golpeó contra las rocas debajo del puente de una manera que hizo que su cabeza se partiera en dos. ¿Quieres saber cómo sonó?”

La doctora Haggerty sacudió la cabeza.

“Toma asiento,” dijo Jimmy, señalando el sofá con el arma, un sofá en el que había estado sentado en varias ocasiones en los últimos meses. “Creo que tú y yo tenemos un largo día por delante.”

CAPÍTULO VEINTINUEVE

La droguería Weldon resultó ser otra pérdida de tiempo, al igual que la Iglesia de Gloria Bautista. Aunque había una caída bastante decente desde la parte trasera del edificio al pavimento que había más abajo, había demasiados obstáculos. Para llegar al tercer piso, un asesino hubiera tenido que desbloquear una puerta cerrada que daba al segundo piso—con una cerradura que Mackenzie había tenido que abrir y a la que a duras penas había logrado vencer.

No solo era eso, sino que, además, cuando llegaron al tercer piso, las ventanas estaban selladas y reforzadas con una especia de pantalla laminada.

Cuando salieron para regresar a comisaría, a Mackenzie no le parecía que tuviera que conformarse con volver a empezar de cero. Hizo lo que pudo por aceptar que al menos había conseguido eliminar dos lugares potenciales. De camino a comisaría, le había llamado Tate para decirle que había añadido la iglesia y la droguería a las rondas de la tarde y de la noche de los agentes que estuvieran de patrulla.

Por lo que se refería a Mackenzie, sabía que se le tenía que ocurrir algún plan. Aunque solo fuera coordinarse con Tate y sus hombres para recorrer las calles por la noche, tenía que hacer algo. Mientras se dirigía de vuelta al motel, se preguntó por primera vez si a lo mejor el asesino podía aventurarse a dejar de tirar a sus víctimas de lugares elevados. En un sitio como Kingsville, se le agotarían las opciones enseguida. Se preguntó si a lo mejor este caso se facilitaría más si pudiera retirar el puente y la torre del agua de la ecuación. Si quitábamos las alturas, ¿a qué clase de asesino se parecería?

Le gusta explotar a sus víctimas de alguna manera extraña, pensó. Si las fotos en la memoria USB y sus dibujos sirven de alguna indicación, tiene una enorme sed de sangre. Pero es paciente—lo bastante paciente como para forzar a alguien a subir la escalera hasta la torre del agua, lo bastante paciente como para capturar a Malory Thomas y llevársela hasta el Puente de Miller Moon.

Entretuvo estos pensamientos mientras aparcaba su coche en el aparcamiento del motel. Por mucho que Ellington no quisiera tomar un papel incluso más secundario en esto, planeaba sentarse delante del portátil. Lo cierto es que esperaba que, con él presente y su capacidad para revivir la química de su relación laboral, sería más

productiva. Pensó que podría empezar buscando cualquier asesinato brutal en un radio de cinco millas en el transcurso de los últimos tres años más o menos. Probablemente podría hacer que Tate investigara sus propios archivos en comisaría para acelerar el proceso.

Sin embargo, cuando entró a la habitación del motel, todos esos planes e ideas se quedaron congelados por un momento. Incluso antes de abrir la puerta del todo, pudo escuchar la voz de Ellington. Hablaba con alguien en tono suplicante, algo a lo que Mackenzie no estaba acostumbrada.

"… y no he hecho nada en absoluto que se pudiera considerar un desafío hacia un supervisor."

Mackenzie cerró sigilosamente la puerta al entrar y se quedó allí parada, lanzándole una mirada inquisitiva. Él sacudió la cabeza lentamente. A ella no le gustó el hecho de ver que tenía un aspecto preocupado. Entonces gesticuló una palabra con la boca que lo explicaba todo.

"McGrath."

Al instante, sus nervios empezaron a hacer de las suyas. Había aprendido a lidiar con McGrath a su propia manera, y ya no tenía miedo de él cuando le llamaba para ir a su despacho. Pero también le conocía lo suficiente como para saber que, aunque no utilizaba su poder como herramienta de intimidación a menudo, no tenía ningún problema en hacerlo si no le quedaba otro remedio. Por la expresión en la cara de Ellington, se preguntó si eso era precisamente lo que estaba sucediendo en este momento.

Quería pedirle que pasara la llamada al altavoz, pero sabía de sobra que McGrath podría adivinar que lo estaban haciendo. Así que se quedó parada muy cerca de Ellington, intentando escuchar su conversación. Podía escuchar la mayoría de las palabras. Pudo adivinar que, de alguna manera, McGrath se había figurado que Ellington no solo había venido a verle, sino que también había tomado un rol en la investigación. Justo cuando pensaba que estaba al corriente de lo que pasaba, escuchó cómo McGrath preguntaba: "¿Y acaso sabes dónde diablos está White?

"Lo cierto es que acaba de entrar por la puerta, señor."

Mackenzie escuchó cómo McGrath le decía a Ellington que la pusiera al teléfono. Ellington se lo pasó con una mirada entristecida en su rostro.

"Al habla Mackenzie," dijo.

"Maldita sea, White… ¿qué diablos crees que estás haciendo?"

"Intentando atrapar a un asesino, señor."

"No te hagas la lista. Cuando Ellington apareció allí anoche, ¿por qué no le enviaste de vuelta a casa? Sabías que está suspendido y que tenerle a tu lado mientras estás en un caso abierto—un caso abierto que no parece ir a ninguna parte, añadiré—solo empeoraría las cosas para él."

"Porque él y yo sabemos dónde trazar los límites, señor," dijo. "El agente Ellington jamás haría nada que pusiera en riesgo un caso o su carrera profesional."

"Patrañas. Si ese es el caso, ¿cómo es que tengo delante de mí un historial que me dice que hoy se metió a la base de datos en dos ocasiones distintas, pasando un periodo total de tres horas mirando archivos?"

Mierda, pensó Mackenzie. Debería haber tenido eso en cuenta y dejar que accediera con mi cuenta.

"No sé qué decir, señor. Le puedo asegurar, sin embargo, que él —"

"No quiero que me asegures nada. ¿Dónde estás con el caso, de todos modos? Asumo que no puede ser un lugar demasiado bueno si tienes a Ellington escarbando en busca de necedades mientras tú no estás llegando a ningún lado."

"Es más de lo mismo," dijo ella, odiando tener que admitirlo. "Tenemos a un sospechoso que parece ser nuestro hombre, pero no le ha visto nadie durante casi una semana."

"¿Se trata del tipo que te atacó anoche?" preguntó McGrath.

"Eso parece. Se llama Jimmy Gibbons y es—"

"Me importa muy poco quien sea. Escucha, White… el director Wilmoth ha visto lo bastante como para creer que, sin duda alguna, asesinaron a su sobrino. Y te da las gracias por abrir esa posibilidad. Pero también está de acuerdo conmigo en que esto no se trata de algo en lo que tengas que perder tu tiempo. Entre la policía estatal y un par de agentes distintos, pueden solucionar este caso. Dada la situación

con Ellington, quiero que los dos regreséis aquí esta misma tarde."

"De ninguna manera," dijo ella, incapaz de hacer que las palabras no salieran de sus labios. "Con el debido respeto, este pueblo es un agujero de mala muerte. Le vamos a encontrar enseguida. Un día. Dos como mucho."

"Muy bien. Entonces puedo enviar a Yardley y a Harrison para que se encarguen de ello con la máxima confianza. Quiero que regreses aquí, a mi despacho, como mucho en tres horas. ¿Me explico?"

Mackenzie agarró el teléfono con fuerza, queriendo lanzarlo muy lejos, deseando gritarle a McGrath. Sin embargo, reprimió todo ello en la boca del estómago y apretó la mandíbula.

"Sí señor," dijo entre dientes.

Y quizá por primera vez en su carrera profesional en el FBI, terminó la llamada antes de que lo hiciera McGrath.

Ellington, que había permanecido directamente a su lado para escuchar todo el tiempo, bajó la cabeza. "Lo siento," dijo.

"Ni siquiera lo intentes," dijo Mackenzie. "Esto no es por tu culpa."

"Bueno, el hecho de que viniera aquí no ayudó mucho que digamos, ¿o sí?"

"Eso no te lo voy a discutir," dijo ella con solo un poco de amargura. "Pero me alegro de que lo hicieras, lo que demuestra que quizá no sea la mejor agente para estar en esto ahora mismo."

"Entonces, ¿te rindes así sin más?"

"Sí. Ya es bastante malo que uno de nosotros esté suspendido. No estoy por la labor de poner a prueba la paciencia de McGrath ahora mismo. Además… fui capaz de demostrar que estas muertes no eran suicidios. Con lo que tenemos y la ayuda de Tate y de sus hombres, creo que Harrison y Yardley harán un gran equipo para cerrar este caso."

"¿Y no tienes problema con la decisión de McGrath?" preguntó, perplejo.

“Diablos, no, claro que me fastidia,” dijo ella. “Pero no merece la pena discutirlo. Ahora, por favor ¿podemos ponernos a recoger las cosas aquí antes de que McGrath decida hacer de tu suspensión algo permanente?”

“Supongo que sí,” dijo Ellington. Era evidente que no estaba muy satisfecho con este cambio en los acontecimientos.

Mackenzie tampoco lo estaba; de hecho, estaba bastante furiosa. Pero también sabía que no había nada que pudiera hacer excepto obedecer las órdenes de McGrath. Ahora mismo, una de las cosas más importantes en su vida era asegurarse de que Ellington pudiera recuperar eventualmente el lugar que se merecía dentro del bureau. Y si traspasarles un caso a otros dos agentes era una señal de que podía ser una buena chica y facilitarle las cosas a Ellington, a ella le parecía bien.

“Eh,” le dijo ella, tomando su mano. “Todo irá bien.”

Le dio un beso y Ellington asintió. “Quizá,” dijo. “Con el tiempo. Ahora, creo que podría estar mejor si pudieras darme una respuesta a la pregunta que te hice anoche.”

“Sin duda sería así, pero por ahora, necesito decirle a Tate que mañana va a tener que hacer de niñera con otros dos agentes.”

Le besó de nuevo y salió de la habitación. Estaba a mitad de camino a través del aparcamiento hacia su coche cuando se dio cuenta de que estaba tan disgustada por la decisión de McGrath que tenía las manos hechas puños, y que se había clavado las uñas en la carne de las palmas de sus manos hasta que le habían hecho pequeñas marcas como de pinchazos, de las que parecía asomar un poquito de sangre.

CAPÍTULO TREINTA

Todo resultaba casi predecible, en opinión de Mackenzie. Se había reunido con McGrath durante menos de cinco minutos. Le entregó todos los informes, que a su vez él pasaría a Harrison y Yardley. La regañó un poco por haber estado tan dispuesta a acoger a Ellington y después le dio las gracias por su buen trabajo y por quitarle al director Wilmoth de encima. Después de eso, le dejó que se marchara.

Casi se fue a buscar a Harrison, para desearle buena suerte y ponerle al día, pero decidió no hacerlo. Quería que se hiciera con el caso y que lo llevara como si fuera suyo. Si entraba a su oficina y repasaba todo con él, daría la impresión de que le estaba pasando sus sobras. Mackenzie sabía que Harrison necesitaba crecer en su rol, así que le dejó en paz. Se puso en camino hacia el apartamento que Ellington y ella habían estado compartiendo durante el último mes y se lo encontró empezando a preparar la cena en la cocina.

"¿Cómo está McGrath?" le preguntó Ellington.

"Bien. Solo se alegra de haberse quitado de encima a Wilmoth. ¿Y cómo estás tú?"

"Decente. Recibí una llamada del abogado del bureau durante el trayecto de regreso de Kingsville. La mujer que hizo las acusaciones está pensándoselo mejor. Por lo visto, alguien de la oficina de campo donde trabaja ahora le pidió más detalles antes de que llevara la cosa a los tribunales. Parece que ciertas cosas que ha estado diciendo no encajan del todo."

"¿Entonces ya estás libre las acusaciones?" preguntó Mackenzie.

"No. Todavía no, pero las cosas tienen mucha mejor pinta de la que tenían ayer."

Mackenzie se acercó para ayudarle a preparar la cena, rebanando una cebolla para el sofrito que estaba cocinando. "Lamento haberme puesto tan rara por tu suspensión," dijo. "Si te soy honesta, creo que se trata de que me sentí traicionada—lo cual es estúpido porque ni siquiera te conocía cuando sucedió todo esto."

"Está bien," dijo él. "Si los papeles estuvieran intercambiados, me hubiera puesto realmente celoso. Lo entiendo. Sin embargo, creo que, en mi caso, solo se trata del triste hecho de que esto es en lo que se ha

convertido el mundo. Los hombres no pueden tener las manos quietas así que ahora, cada vez que hay siquiera una sugerencia de que un hombre se ha pasado de la raya o ha sido inapropiado, tiene que ser tomado así de en serio. Así que en fin… creo que tienes todo el derecho a enfadarte.”

“Pero yo confío en ti, sabes.”

“Lo sé,” dijo él, revolviendo el contenido de la sartén.

“Y es porque confío en ti que estoy considerando la pregunta que me hiciste anoche.”

Ellington se echó a reír. “Imaginé que no me darías un no o un sí de inmediato cuando te hice la proposición. No eres así.”

“El hecho de que entiendas eso y lo aprecies dice muchísimo,” dijo Mackenzie, también riéndose.

Le resultaba extraño hacer algo tan domesticado como preparar una cena juntos cuando, solo hacía cinco horas, ella había estado explorando una iglesia baptista en busca de señales de que pudiera tratarse de la próxima escena en el sendero del asesino. Sabía que no sería capaz de dejar de pensar en el caso hasta que capturasen al asesino y, como tal, se dio cuenta de que quería ponerse en contacto con Harrison solo para asegurarse de que tanto él como Yardley tenían todo lo que necesitaban. Respetaba mucho a Harrison, y creía que, con la tutela adecuada, podría ser un agente increíble. Y no creía que amargarse porque él fuera a terminar con el caso tuviera ningún sentido, así que le deseaba lo mejor.

Además… cuanto antes llevaran Yardley y él al asesino frente a la justicia, antes podría quitárselo de la mente.

Ellington y ella terminaron la tarde de la manera que ella asumía era habitual para la mayoría de las parejas casadas sin hijos. Vieron las noticias, se pusieron al día ordenando un poco el apartamento, e hicieron el amor de manera rápida y espontánea en el cuarto de baño antes de que Ellington se metiera a la ducha.

Mientras se duchaba, Mackenzie se entregó a sus pensamientos sobre el caso de Kingsville. Envió un mensaje a Harrison para recibir las novedades. Daba por sentado que Yardley y él ya estarían en Kingsville, presentándose al alguacil Tate. El mensaje que recibió unos pocos minutos después no era en absoluto lo que había estado esperando.

Nada por el momento, respondió Harrison. Salimos hacia allí por la mañana. Tenemos que reunirnos con el alguacil sobre las 8.

Mackenzie suspiró y dejó a un lado el teléfono. La falta de urgencia por parte de McGrath le decía todo lo que necesitaba saber. Ya fuera debido a la falta de resultados o a instrucciones procedentes del director Wilmoth, el caso de Kingsville estaba siendo lentamente dejado de lado. Se imaginó que, a menos que atraparan al asesino o se acumularan los cadáveres, pronto sería poco más que una nota al pie de página para algún agente sentado detrás de su escritorio la mayor parte del día.

Y le parecía que esto era un error. Aunque McGrath le había preguntado por sus teorías e ideas sobre el caso después de sacarle del mismo, tampoco le había echado muchas ganas. Mackenzie estaba segura de que el asesino atacaría de nuevo y teniendo en cuenta su trayectoria hasta el momento, podría hacerlo cualquier día de estos. Quizá hasta esta misma noche. El hecho de que no hubiera presencia de la agencia o incluso cooperación con la policía del estado le resultaba chapucero e irresponsable.

Tras la respuesta de Harrison, Mackenzie sabía que no tenía ninguna posibilidad de dormir bien esta noche. Se fue a su portátil y miró todos los archivos de los casos que había acumulado. No creía que McGrath hubiera programado una notificación en el caso de que ella entrara a la base de datos, pero no querría correr ese riesgo.

Cuando Ellington salió de la ducha, ella estaba detrás del portátil, repasando sus anotaciones y las espeluznantes fotografías del departamento de policía de Kingsville.

“¿Deberías de hacer eso?” le preguntó con frivolidad.

“Alguien tiene que hacerlo,” dijo ella. “McGrath va a esperar hasta mañana para enviar a Harrison y Yardley a Kingsville. Todos los asesinatos se han cometido después de la puesta de sol. Y, en base a la trayectoria que está llevando este tipo, podría atacar en cualquier momento.”

“¿Crees que McGrath te haría caso?”

“Quizás,” dijo ella. “Pero prefiero no arriesgarme. Podría llamarle con mis ideas y él solo me diría que me mantenga alejada del caso. Claro, ya sé que me sacó del caso, pero tampoco me dijo que lo abandonara por completo. Si puedo encontrar algo aquí para

ayudarles —o incluso algo que pueda enviar a Tate—puede que hasta duerma esta noche.”

“Parece arriesgado,” le dijo él. “No tiene mucho sentido conseguir que los dos estemos suspendidos.”

“No creo que me suspendiera por algo como esto,” le contestó.

Estaba claro que Ellington quería presionar en el asunto, pero mantuvo silencio. Ya le había visto antes llevar las cosas más allá de los límites de lo que se esperaba de ella con anterioridad. Mackenzie suponía que también entendía que, desde un principio, McGrath se había hecho a la idea de que encontraría cierta resistencia cada vez que le diera sus órdenes.

Y además… cada vez que había presionado en el pasado, había obtenido resultados importantes. Así que continuó examinando los archivos, tomando precauciones adicionales para estudiar la poca información que le había dado el departamento de policía de Kingsville sobre Jimmy Gibbons.

Después de un rato, Ellington se fue a la sala de estar y ella escuchó el sonido apagado de la televisión a través de las paredes. Miró a su reloj y vio que de alguna manera habían llegado las 8:45. Empezaba a sentirse convencida de que, sencillamente, había perdido su oportunidad de contribuir a este caso.

Cerró el portátil y se sentó de nuevo a la mesa, pensativa. Cerró los ojos y pensó en el puente y en la torre del agua, en cómo le había sentado eso de estar por encima de todo el mundo desde la parte superior de ambas estructuras. Quizá se tratara de algo más que solo la sensación de control para el asesino—para Jimmy Gibbons.

Pero, ¿de qué más se podía tratar?

Volvió a pensar en su breve paso por su casa, en ver esa única foto de sus padres en la pared. Le había parecido un poco escalofriante, como si se tratara de algún tipo de monumento.

Aunque esa no había sido la única foto en toda la casa, ¿no es cierto? No, también estaban los bocetos que había dibujado Gibbons y esa memoria USB.

Pensando en los bocetos, Mackenzie los sacó en la pantalla de su teléfono. Repasó cada uno de ellos, tan impresionada como disgustada ante el talento que demostraba tener Gibbons con un lapicero. Esos

bocetos eran más que violencia y vísceras de libro de tebeos. Eran realistas, la creación de alguien que se había obsesionado con las terribles fotos que había encontrado en el USB. En una de ellas, hasta vio un boceto muy desdibujado de un puente al fondo y—

Amplió la imagen del puente. Lo habían dibujado muy ligeramente, como si estuviera muy lejos al fondo de la imagen. Y no se trataba de un puente cualquiera. La forma que tenía le resultaba muy familiar, como si lo hubiera visto en varias ocasiones los últimos días.

Era el Puente de Miller Moon.

Lentamente, examinó el resto de las fotografías, en busca de otros dibujos del puente. Después de otras cuatro fotos, no encontró ninguna representación del puente, pero sí que vio algo más al fondo de una de ellas. Como el boceto del puente, estaba poco marcado, como empujado hacia la lejanía por medio de una técnica de sombreado ligero donde apenas se veían las líneas sólidas para nada. En esta foto, era muy fácil identificar la forma que había al fondo como la torre del agua.

Atreviéndose a esperar que pudiera haber algo más que encontrar en otros bocetos, Mackenzie pasó al siguiente. Y justo allí en la siguiente foto en la lista, vio lo que estaba buscando.

“Maldita sea,” susurró.

El boceto mostraba un cadáver al que parecía que hubieran mutilado con un mazo. Los charcos de sangre parecían escalofriantemente reales, incluso a lapicero. Detrás del cadáver había lo que parecía, al principio, unas líneas perdidas de grafito. Pero entonces vio la forma que se erigía a la derecha, de nuevo sombreada para que diera la impresión de que estaba en la lejanía.

Era otra forma que se parecía a una torre del agua, pero era definitivamente distinta.

Era un granero, que se erigía en medio de esos tachones de grafito que Mackenzie entendió se trataban de un campo de cereales.

Esa es su próxima parada, pensó.

Rápidamente, repasó los demás bocetos en busca de otros hitos, pero no encontró nada más. No estaba segura si estaba mirando un conjunto de planes en forma de boceto o solo las fantasías en dibujo

de un asesino, pero el instinto le decía que, si dos de las escenas del crimen estaban presentes en estos dibujos, entonces la imagen de ese granero significaba que también atacaría aquí.

Se acordó de que Tate había mencionado los graneros como puntos altos potenciales de Kingsville, pero que después los descartó porque sería casi imposible llegar hasta la parte de arriba.

Cerró la fotografía y sacó el número de Tate. El teléfono sonó dos veces y fue directo al buzón de voz como había hecho siempre. Asumiendo que él le llamaría de vuelta como de costumbre, esperó unos cuantos segundos. Y siguió esperando otros cuantos más.

Por lo visto, Tate iba a obedecer las órdenes, tratando de no transgredir las instrucciones de McGrath. No iba a devolverle la llamada.

Entonces sonó su teléfono. "Aquí la agente White," respondió.

"Hola, Agente White," dijo Tate. "¿Qué puedo hacer por ti?"

"Pues quizá renovar tu teléfono para empezar," dijo, tratando de sonar tanto seria como cómica al mismo tiempo. "Por lo demás, creo que me he topado con algo. ¿Has pensando en—"

"Espera un momento, White. Agradezco todo lo que has hecho por nosotros cuando estabas aquí y eres una agente de primera por lo que yo puedo decir, pero tu supervisor me ha informado de que ya no trabajas en este caso. También me pidió que no contactara contigo ni que hablara contigo si tú me contactabas. Ni siquiera tenía que haberte devuelto la llamada."

"¿Cuándo sucedió esto?"

"Menos de una hora después de que te fueras. Dijo que otros dos agentes vendrían mañana para terminar con el asunto.

"Sí, le he enviado mensajes a uno de ellos. Pero alguacil Tate, es que sé dónde—"

"De nuevo, lo siento," dijo Tate, interrumpiéndole. "Odio tener que hacerlo, pero voy a colgar. No estoy por la labor de contradecir los deseos de tu supervisor."

"Pero—"

Mackenzie escuchó el sonido que hizo la línea al terminar la llamada. Casi le llama de vuelta, desafiante y testaruda, pero al final lo pensó un poco mejor, haciendo lo que podía para mantener una actitud responsable y calmada.

También descartó toda idea de llamar a McGrath. No estaba segura de si quería decirle todo lo que pensaba o si quería pasarle su corazonada con la esperanza de que fuera él quien se la enviara a Tate.

Con una repentina inyección de energía, Mackenzie se puso de pie. Caminó arriba y abajo de la habitación por unos instantes, metiéndose el móvil al bolsillo y agarrando su Glock enfundada de su lugar habitual encima de la cómoda.

Tras unos momentos, salió a la sala de estar donde Ellington estaba viendo Pawn Stars. Sin pronunciar ni una palabra, Mackenzie agarró el control remoto y apagó la televisión. Se quedó parada directamente delante de él y le miró. Durante un instante, pensó que se iba a echar a llorar. Las palabras que había planeado decir parecían atascarse al final de su lengua; tuvo que forzarlas un poco para que por fin salieran.

"Necesito que me lo pidas otra vez," dijo en voz muy baja.

Dio la impresión de que Ellington necesitaba un par de segundos para entender de qué estaba hablando. Cuando por fin lo entendió, se inclinó hacia delante con una sonrisa y le tomó la mano. Torpemente, se movió de su posición en el sofá colocando una rodilla en el suelo.

"Mackenzie White… ¿quieres casarte conmigo?"

Hubiera deseado que, al oírle decírselo de nuevo, se hubiera sentido más vulnerable de inmediato, más dispuesta a arriesgarse a entregarse totalmente. Y aunque había una parte de su corazón que se ablandó ante la sinceridad que había en su voz y en su expresión, todavía había algo que no acababa de encajar del todo dentro de ella.

Aun así, sabía que le amaba. No tenía dudas al respecto de eso. Le hacía sentir segura y valorada, el tipo de hombre que se arriesgaba a venir a verla y a ayudarle en un caso incluso aunque le hubieran suspendido. El tipo de hombre que había recibido balazos por ella, literalmente.

"Sí," dijo ella.

Y en vez de que él se levantara para unirse a ella, Mackenzie cayó al suelo de rodillas y le abrazó. El abrazo se convirtió rápidamente en un beso, uno lento que pareció sellar el momento. Cuando se interrumpió, le miró a los ojos, sin saber muy bien si el siguiente momento requería un tono serio o uno cómico.

"Aunque hay una condición," le dijo.

"Por supuesto que la hay," le respondió con una sonrisa maliciosa. "Suéltala."

"En unos cinco minutos, me voy de vuelta a Kingsville. Necesito que no intentes convencerme de que no vaya y que no se lo digas a McGrath… aunque estoy segura de que se acabará enterando enseguida de una manera u otra."

Ellington lo pensó por un momento, claramente contrariado de que le hubiera acorralado en el asunto, pero asintió. "¿Por qué vas a regresar?"

"Creo que sé a dónde se dirige ahora. Traté de llamar a Tate para decírselo, pero no quiere hablar conmigo por orden de McGrath."

"Chico listo," dijo Ellington con algo de desdeño. "¿Es peligroso? Solo lo pregunto porque este tipo ya se te lanzó antes, ¿sabes?"

Ella asintió. Si era del todo honesta, conseguir vengarse por el ataque era una pequeña parte de la razón por la que insistía en continuar adelante con el caso. "Ya lo sé, y no puedo prometer nada, pero si estás lo bastante loco como para pedirme en matrimonio, tienes que estar lo bastante loco como para confiar en mí en esto."

"Confío en ti," dijo. "Es solo que odio la idea de tener que dejarte marchar tan pronto ahora que he conseguido atraparte para el resto de tu vida."

Le besó de nuevo, un besito ligero y rápido en esta ocasión. "No te preocupes," le dijo. "No me voy a ninguna parte."

Dicho esto, se dirigió al dormitorio para terminar de prepararse. Mientras lo hacía, imágenes de los bocetos de Jimmy Gibbons aparecieron en su mente—los charcos sombreados de sangre, los cadáveres mutilados y la piel magullada—y le hizo preguntarse si a lo mejor no estaba tan a salvo como daba por sentado.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

La doctora Jan Haggerty había conocido a Jimmy Gibbons hacía tres años. Había llegado hasta ella a los veintiséis años, quejándose de dolores de cabeza, aterradoras pesadillas nocturnas, y un estado depresivo que casi resultaba paralizante. En esa primera reunión, le había hablado de su infancia—de que sus padres habían muerto en un accidente cuando su coche había saltado por encima de un puente, y de que, básicamente, su madre había acabado con su vida para salvar la de su hijo.

Sus abuelos le criaron hasta los doce años y, cuando murió su abuela de cáncer de mama, su abuelo fue incapaz de criarle por su cuenta. Jimmy acabó entrando al programa de acogida temporal, donde estuvo dando tumbos entre unas cuantas casas antes de irse a trabajar, con dieciocho años, a uno de los pocos campos de cereales que sobrevivían en los alrededores del pueblo.

Ella le vio como a un chico con buenas intenciones, que quizá estuviera lidiando con cierto lado oscuro. Jimmy había expresado ese lado en unos cuantos dibujos que ella había visto y en algunas conversaciones que habían tomado un giro morboso. Había hablado del temor que tenía de convertirse en un monstruo, un monstruo que seguía obsesionado con la muerte de sus padres, no por razón de lo joven que era, sino por su fascinación con la manera en que murieron.

Y la doctora no había encontrado grandes problemas con eso. Le había guiado a través de esos momentos y siempre parecía que él acababa por entender las cosas de manera más racional.

Pero ahora sí que lo vio. Ahora veía el monstruo que él había mencionado en unas cuantas ocasiones e hizo que se preguntara si le había hecho un flaco favor al no tratar más agresivamente con su lado oscuro.

Y es él… la persona que ha estado matando a esa gente en el puente y en la torre del agua, pensó. ¿Cómo es que no me di cuenta?

Supo hacia dónde se dirigían en cuanto se metieron a Baxter Road. Ahora estaba oscuro, lo que hacía imposible ver los graneros, pero ella sabía que estaban allí y sabía que, al menos uno de ellos, era tan alto como la torre del agua de la que Jimmy había arrojado a Maureen.

Jimmy lo había admitido durante las cinco horas que la había mantenido cautiva en su casa. En dos ocasiones, habían llamado a su puerta—los dos clientes que tenían una cita concertada—y él le había amenazado con el arma en ambas ocasiones. La segunda vez, le había forzado a sentarse en la silla detrás de su escritorio y le había puesto el arma en la nuca. Pensó que lo iba a hacer en ese momento, apretar el gatillo y matarla. Después de todo, se había pasado la mayor parte de la tarde hablando de cosas grotescas. Le había explicado su fascinación no ya solo con la muerte, sino con el derramamiento de sangre.

Poseemos estos cuerpos maravillosamente creados que están increíblemente tejidos por dentro, le había dicho. Pero cuando estos cuerpos se golpean contra algo duro, todo se deshace. Se rompe, se deshilvana.

Esperó hasta que se hizo de noche para meterse a fondo con ella. Recorrió el perímetro alrededor de la casa, haciéndole liderar el camino mientras le apuntaba con el arma en la espalda. Esperó que se pusiera violento o incluso que la violara, pero a lo más que llegó fue a un incidente de tocamiento que ni siquiera pareció ser intencional.

Que va, él estaba más interesado en lo que estaba por llegar. Incluso antes de que le guiara fuera de casa a las 10 de la noche, ella ya sabía lo que tenía planeado hacerle. Su única esperanza era que la policía se imaginara lo que estaba haciendo y que interviniera para sacarle de apuros.

Sin embargo, a medida que aceleraban por Baxter Road con Jimmy al volante de su coche, empezó a sentir que no habría ninguna ayuda. Y la noche sin estrellas y las dispersas nubes oscuras en el cielo parecían confirmarlo.

"¿Qué esperas lograr?" le preguntó. "No te pondrá mejor. No cambiará el hecho de que tus padres estén muertos. Te das cuenta de eso, ¿verdad, Jimmy?"

"Me importan un rábano mis padres muertos," dijo él. "Y te equivocas. Esto sí que me ayuda. Duermo mejor. No estoy tan deprimido. Lo siento, doctora… pero simplemente me gusta. Hay otros que se ponen ciegos con drogas o sexo. Esto es lo mío. Lo disfruto. ¿Es eso normal?"

"No, no lo es."

Trató de reprimir los sollozos, pero las lágrimas brotaron de todas

maneras. Cuando él se encogió de hombros ante su comentario, ella se dio cuenta de que estaba en serios apuros. Parecía que él no tuviera ninguna consciencia de este tipo de cosas. Si le estaba provocando un alivio genuino de alguna manera morbosa y retorcida, no sería capaz de ver la maldad en todo ello.

Y, en ese sentido, quizá sí que se había convertido en un monstruo.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Mackenzie llegó a Kingsville a las 10:08. Se sentía más sola que en ninguna de las otras ocasiones en que había conducido hasta el pueblo. Quizá fuera el cielo negro carbón, con una uña de luna nada más sobre el cielo, y unas nubes ambulantes que bloqueaban las estrellas. O quizá fuera porque se la estaba jugando a lo grande en esta ocasión. Incluso aunque su corazonada fuera correcta y acabara atrapando al asesino, McGrath le echaría una bronca legendaria. Y si se equivocaba—en fin, entonces Ellington y ella podrían disfrutar juntos los primeros meses de su compromiso con suspensiones por partida doble.

No conseguía acordarse de dónde le había dicho Tate que se encontraban los graneros, si lo había mencionado alguna vez. Tuvo que emplear el proceso de eliminación, una elección arriesgada dado que la mayor parte de Kingsville consistía de bosques y de carreteras secundarias. Aun así, hizo lo que pudo. Sabía que el borde occidental del pueblo era donde los maizales de los Case ocupaban la mayor parte del terreno. También sabía que los campos de cereales no estaban para nada cerca del centro del pueblo.

Utilizó el mapa en su GPS para determinar que los campos estaban o al este o al sur del pueblo. Según el mapa, todo lo demás estaba cubierto de bosques sin ninguna extensión abierta de tierra a la vista.

Siguió conduciendo por las carreteras secundarias, asumiendo que los campos de cereales se encontrarían al sur, donde la localidad de Kingsville acababa de repente, sin mostrar otra cosa que espacio abierto y bosques hasta que aparecía el pueblecito vecino. Ahí era donde el mapa parecía mostrar la mayor cantidad de terreno abierto, perfecto para unos enormes campos de cereales.

Tomó las curvas de esas carreteras traseras a velocidades peligrosas, con los neumáticos derrapando por debajo de ella. Pensó en llamar de nuevo a Tate para decirle que era mejor que le hiciera caso, porque ya estaba de vuelta en el pueblo. Decidió no hacerlo, porque no quería parecer demasiado desafiante de las órdenes de su supervisor hasta que supiera que tenía razón.

Cinco minutos después, terminaron las copas de árboles a su izquierda para revelar un campo de granos. Estaba en mal estado y

bastante descuidado, pero eso era lo de menos. Por delante, vio un desvío que parecía llevar directamente por el borde del campo. Se metió a este desvío—Baxter Road—y disminuyó la velocidad. Mientras avanzaba lentamente, dos objetos parecieron surgir de la oscuridad más adentro de los campos—casi de la misma manera que habían aparecido en los dibujos de Jimmy.

Dos graneros.

Solo con sus formas en la oscuridad, podía decir que eran antiguos—puras reliquias, la verdad. Sabía que, normalmente, los graneros más nuevos eran anchos y más bajos que estos, y que con frecuencia estaban construidos con un metal reluciente. Pero estos databan de otra época, probablemente habían estado en uso en los años cincuenta más o menos. Eran altos y relativamente estrechos, terminados en forma de bóveda abollada. Si eran como los otros graneros que había visto cuando vivía en Nebraska, estarían construidos con una mezcla de aluminio y cemento. Aunque era imposible estimar su altura, adivinó que serían igual de altos que la torre del agua. Quizá hasta un par de metros más.

Siguió avanzando a paso tortuga, buscando un camino de acceso. No tardó mucho en verlo, una pista estrecha de tierra que parecía surgir de la nada. Se metió a esta pista un tanto deprisa, con lo que hizo que los bajos se chocaran contra la tierra. Bajó un poco la marcha y comenzó a descender por la pista. Operando puramente por intuición, apagó los focos delanteros y continuó hacia delante. Le costó un poco adaptar los ojos a la oscuridad absoluta que tenía por delante, pero se las arregló para seguir avanzando a paso lento.

A unos cincuenta metros por la carretera, se encontró con un coche aparcado. Había dos postes antiguos a ambos lados de la pista de tierra y un cable que colgaba entre ellos. Una señal antigua que apenas decía Prohibido Pasar colgaba del cable, que estaba acribillado de agujeros de bala.

Aparcó su coche detrás del que estaba allí aparcado, deseando poder llamar a comisaría para pedir información sobre la matrícula y ver a quién pertenecía. Pero, francamente, el mero hecho de que hubiera un coche aparcado allí era razón suficiente para que Mackenzie se bajara del coche y al instante tomara su Glock.

La noche era tan silenciosa a su alrededor que podía escuchar fácilmente los sonidos que hacía el motor de su coche al enfriarse. Trepó por encima del cable que había atravesado delante de la pista

de tierra y comenzó a caminar hacia delante, hacia una oscuridad que parecía deseosa de recibirla.

***

Jimmy le golpeó por primera vez a la doctora Haggerty cuando llegaron al segundo granero. Había caminado directamente junto al primero de ellos, con intención de llegar al segundo. Le ordenó que se detuviera y entonces, sin provocación por su parte y aparentemente sin ninguna razón, echó hacia atrás la mano que sostenía el arma y le dio un golpe en la nuca con ella.

Por un instante, el mundo giró a su alrededor. El dolor no era tan duro como la desorientación y la repentina ola que surgió en su estómago. Mientras trataba de ponerse de rodillas, apenas era consciente de cómo Jimmy caminaba hacia donde había un montón de grano. Se agachó para agarrar algo y observó como sacaba una escalera que estaba oculta entre el grano. Era de esa clase de escaleras sólidas que se desdoblaban por el medio, añadiendo otra extensión a la longitud de la escalera. Mientras se afanaba en extenderla, le volvió a mirar para asegurarse de que todavía estaba inconsciente.

Y lo estaba. Incluso en medio de la negrísima oscuridad de la noche, todavía podía ver las estrellitas negras en su campo visual. Y, además, la nuca le dolía terriblemente.

Antes de que se diera cuenta, sintió la mano de Jimmy en su brazo. Le agarró fuertemente y la hizo ponerse en pie. Le dio un bofetón que casi consigue que se caiga de nuevo. Peleando con el dolor que sentía en la nuca, miró hacia delante y vio que, entre su dolor y su desorientación, se había perdido a Jimmy colocando la escalera contra el lateral del granero. Había viejos agarraderos de hierro que creaban una escalera a lo largo del centro del granero, aunque parecía que algunos de ellos habían desaparecido con el tiempo.

"Arriba," dijo Jimmy, apoyando el arma en su nuca.

Por un momento, pensó en negarse. Lo peor que podía hacer era dispararle y se imaginaba que, de un modo u otro, iba a morir. Pero esta era una manera derrotista de pensar. Pensó que siempre cabía la menor posibilidad de que la policía apareciera o de que Jimmy cambiara de parecer cuando llegaran a la parte de arriba.

Así que, con un último destello de esperanza en su corazón, la doctora Haggerty caminó hacia la escalera. Con un golpe final del arma en su espalda, puso el pie en el primer peldaño y comenzó su ascenso.

***

Mackenzie llegó al final de la estrecha pista de tierra del campo de cereal. De inmediato, pudo ver el montón de grano ligeramente revuelto delante suyo, lo que indicaba que alguien había pasado recientemente. Sin embargo, no siguió por este camino desordenado; caminó directamente junto al mismo, intentando conseguir cuantas más pistas le fueran posibles del camino. Parecía más bien un camino de fila india, pero, en unas cuantas zonas, vio que se desviaba un poco. Sacó su linterna y se agachó, ocultándose entre el grano crecido.

Vio cómo dos personas pasaban de largo—una por delante y otra por detrás. Y justo cuando divisó esto, escuchó algo en la distancia por delante. Un crujido, como de metal sobre metal, pero apagado.

Y entonces escuchó un gemido.

Miró hacia los graneros, que ahora estaban a unos cien metros por delante de ella. Se apresuró, todavía intentando mantener el mayor sigilo posible. Si podía alcanzar los graneros sin que la vieran, estaría en buena posición. Corrió medio a cuclillas en una posición que ocultaba la mayor parte de su cuerpo, pero su paso a través del grano sería obvio para cualquiera que se molestara en observar.

Escuchó el mismo sonido de nuevo, un quejido chirriante como de metal sobre metal. Atisbó hacia delante en la oscuridad y no pudo ver nada fuera de lo normal. Sin embargo, ahora que estaba más cerca de los graneros, se podía hacer una idea más clara de su forma y tamaño. Los dos tenían la misma altura y parecían ser ligeramente más elevados que la torre del agua. La oscuridad y la distancia lo ponían difícil, pero le hubiera sorprendido que tuvieran menos de treinta metros de alto.

A medida que se aproximaba y empezaba a ver los laterales de los graneros, vio una estructura delgada que parecía salir del lateral de uno de los graneros. Iba hacia abajo en un ángulo y parecía tener una serie de soportes en el centro.

Una escalera, pensó Mackenzie. Se acordó de que Tate le había dicho

que sería prácticamente imposible llegar al techo de los graneros, así que asumió que una escalera sin duda podía ser una solución. Desde luego, los graneros eran demasiado altos como para que la escalera llegara hasta arriba del todo.

Como no era de las que se conformara con las especulaciones, Mackenzie corrió un poco más deprisa, acercándose rápidamente. Después de otros treinta segundos más o menos, el grano terminaba. Lo reemplazaba una zona de hierba crecida, principalmente ocupada por malas hierbas. Tenía su linterna con ella, pero no veía razón alguna para anunciar su presencia por el momento. Ignoró el primer granero al que llegó y se fue directamente al segundo, donde estaba apoyada la escalera.

Miró hacia arriba y vio a dos personas en el lateral del granero. Era imposible ver con claridad lo que estaba sucediendo en la oscuridad, pero parecía que la escalera los había llevado hasta los agarraderos de hierro sobre el lateral del granero. Mackenzie veía estos mismos agarraderos delante de ella, pero también veía que muchos de ellos estaban fracturados o totalmente sueltos, colgando de un extremo.

Ya ha estado aquí echándole un vistazo antes de esta noche, pensó.

Rápidamente, sacó su teléfono. Buscó el número de Tate y le envió un mensaje. Se imaginó que sería más fácil que leyera un mensaje en su bandeja por pura costumbre a que se forzara a sí mismo a hablar con ella por teléfono.

Segundo granero. Dos personas subiendo ahora mismo. Envía ayuda.

Y una vez hubo enviado el mensaje, Mackenzie se preparó mentalmente y comenzó a subir por la escalera.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Mackenzie ascendió por la escalera tan sigilosamente como pudo, pero los laterales seguían haciendo ese ruido metálico chirriante que había escuchado hacía pocos minutos mientras atravesaba el campo de cereales. La primera vez que se quejó la escalera, fue un sonido suave y apenas perceptible. Sin embargo, la segunda vez, cuando estaba a punto de alcanzar el punto central, sonó más alto y chillón.

Una voz nerviosa gritó desde alguna parte por encima de su cabeza. “¿Quién diablos está ahí abajo?”

Mackenzie decidió guardar silencio. Sin un conocimiento real de Jimmy Gibbons, no sabía cómo le sentaría la idea de tener a una agente del FBI persiguiéndole los talones. Se detuvo por un momento, mirando hacia arriba para determinar dónde se encontraban Gibbons y su supuesta víctima. Estaban muy cerca de la cima, los peldaños de hierro se detenían debajo de lo que parecía ser un labio muy delgado que daba la vuelta al borde del granero antes de que la cúpula cerrara la parte superior.

Estaba bastante segura de que Gibbons iba por detrás, forzando a su víctima a subir por delante suyo. Estaba ascendiendo de manera un tanto torpe porque parecía sostener alguna cosa en la mano. Quizá un arma. Claro que, si ese era el caso, no podía evitar asumir que solo era para producir un efecto—y que no estaba cargada. De lo contrario, seguramente hubiera empezado a dispararle en el momento que la vio acercándose.

A menos que ahora esté imaginando que va a arrojar a dos personas desde arriba, pensó.

Sabía que un disparo con buen tino le quitaría del medio, pero también sabía que disparar desde una escalera hacia el cielo en una noche sin estrellas cuando su visión estaba nublada sería muy peligroso. Podría darle al rehén. O podría darle a Gibbons, y en su descenso hacia el suelo, podría colisionar con ella y acabar tirándolos a los dos a una muerte segura.

Así que, hasta que pudiera percibir un claro peligro en el presente para la que pronto se convertiría en su víctima, no iba a lanzar ese disparo. Atrapar a un asesino con vida y relativamente intacto siempre era preferible a arrastrar su cadáver en una bolsa desde la escena. Aunque estuviera pensando todo esto, Mackenzie sabía que tenía que

moverse deprisa. No podía confiar en la suposición de que Gibbons quisiera regodearse en el momento antes de arrojar a su víctima al vacío. Por lo que ella sabía, lo haría en el instante que llegara a esa pequeña plataforma que había arriba.

Llegó al final de la escalera y se dio cuenta de que no le faltaba la razón; la escalera terminaba justo debajo de una serie de peldaños de hierro más robustos que estaban adosados al lateral del granero. Cuando puso la mano en el primero de ellos, le dio un vuelco el corazón. Estos raíles eran mucho más delgados que los de la escalera. Cuando se izó con su ayuda, sintió la fuerza de la gravedad tratando de reclamarla y, por primera vez, se hizo consciente del espacio abierto que había por detrás suyo.

Luchó contra ello y continuó ascendiendo por la escalera. Volvió a mirar hacia arriba y vio que Gibbons y la persona que iba por delante suyo estaban aproximándose al labio que había en la parte superior del granero. Iba a tener que acelerar, con la esperanza de poder utilizar la breve interrupción que se daría cuando Gibbons y su víctima alcanzaran la cima.

Sin embargo, parecía que sus manos estuvieran empapadas de sudor y a medida que se forzaba a subir más deprisa, los peldaños parecían ser cada vez más delgados, y el espacio abierto que tenía por detrás parecía estar físicamente tirando de ella.

Más arriba, escuchó un leve grito de desesperación de una mujer, seguido de lo que sonó como un golpe metálico. Mackenzie miró hacia arriba mientras continuaba escalando el lateral del granero. Por lo que podía decir, la persona que iba por delante de Gibbons—una mujer a juzgar por cómo sonaba su voz—había alcanzado la delgada plataforma que había en la parte de arriba.

Mackenzie se tomó un segundo para buscar algo en el bolsillo interior de su abrigo. Sacó la pequeña linterna que había guardado allí antes de salir de DC y la encendió. La enfocó hacia arriba para tener una vista mejor. Lo único que pudo ver fue la parte de atrás de un par de zapatos aproximadamente a unos siete metros más arriba. Mientras observaba, Gibbons también estaba empezando a detenerse en los peldaños, extendiendo el brazo para alcanzar la delgada plataforma.

Mackenzie se apresuró, ascendiendo ahora con total abandono. Sabía que si no alcanzaba a Gibbons para cuando él llegara a la plataforma, podría estar en peligro. Lo único que él tenía que hacer era bloquear su entrada a la plataforma. Desde luego, ella podría

dispararle—y lo haría si no le quedaba más remedio—pero, aun así, disparar un arma mientras estaba colgando desesperadamente de un peldaño de hierro a unos treinta metros de altura no le resultaba una posibilidad muy atractiva.

Colocó la linterna en su boca, mordiéndola con fuerza mientras utilizaba sus dos manos para escalar. Se acercaba a la cima y vio cómo Gibbons ponía una de sus piernas en la plataforma. Cuando empezaba a levantar su otra pierna, Mackenzie se estiró del todo, saltándose el último peldaño de la hilera, y trató de agarrarle la pierna por detrás.

Se las arregló para pegarle en la pantorrilla, pero no con la fuerza suficiente. Él zozobró un poco entre el último peldaño y la plataforma y lanzó un grito de sorpresa.

Lo que hizo a continuación pilló a Mackenzie totalmente desprevenida. En vez de apresurarse a subir a la plataforma lleno de miedo, se agarró del borde y pisó fuerte. Su pie izquierdo le dio a un lado de la cabeza. Por puro reflejo, su mano izquierda se soltó del peldaño y sus rodillas se doblaron con el impacto. Se le cayó la linterna de la boca y se fue revoloteando hacia el suelo en un caleidoscopio de luces.

Mackenzie gritó cuando sus piernas se resbalaron del peldaño en el que se encontraban. Tenía su mano izquierda en el aire, colgando inutilizable, mientras que con la sudorosa mano derecha se agarraba como si le fuera la vida en ello.

Gibbons tomó posición en la base de la plataforma y sacó su pierna de nuevo. Si conseguía plantarle el pie en su mano derecha, estaba muerta.

Mackenzie atrajo su mano izquierda hacia su pecho y torpemente, desenfundó su Glock. Lo liberó y lo agarró, haciendo lo posible para olvidarse de que no era zurda. No tenía tiempo de apuntar, pero disparó de todas maneras.

El disparo resonó con enorme estruendo, y aunque el retroceso fue leve, pareció algo así como un terremoto en su brazo izquierdo, mientras que la mano derecha soportaba todo el peso y la vida de su cuerpo.

Escuchó como la ronda daba a los bajos de la plataforma en el mismo momento que Gibbons chilló de la sorpresa y se apresuró a ponerse a salvo. Mackenzie consiguió poner sus piernas de nuevo en los peldaños y se agarró al último con su mano izquierda, izándose a sí

misma al mismo tiempo. Incluso antes de que tuviera un buen agarre en el borde, podía ver que no tenía más de sesenta centímetros de ancho, lo suficiente como para que caminara alguien por ahí.

Vio cómo Gibbons se le venía encima, echando su pie hacia atrás para darle una patada. Estaba gritando de frustración, aparentemente tan enfadado con su sed de sangre que ni siquiera consideró las consecuencias. Mackenzie, que todavía no había podido cambiar el arma a su buena mano para disparar, le lanzó otro disparo. Apuntó hacia lo alto, esperando darle en la rodilla, pero le salió bajo. Atravesó su zapatilla deportiva y salió por el empeine del pie.

Él gritó de dolor y se tambaleó hacia atrás contra una de las paredes del granero. Detrás suyo, la mujer a la que había forzado a ascender al granero se echó lentamente hacia atrás, en una retirada temblorosa hasta el otro extremo del granero.

Cuando Gibbons rebotó sobre su pie sano en un intento de recuperar el equilibrio, Mackenzie se elevó hasta la plataforma. Por fin pudo poner su Glock en la mano derecha y cuando lo hizo, se puso lentamente de pie. Cuando dio dos pasos en dirección opuesta a la apertura que llevaba de vuelta a los peldaños y a la caída de treinta y pico metros hasta el suelo, por fin respiró con algo de alivio.

Un alivio muy leve.

También le ayudó el escuchar sirenas en la distancia. Por lo visto, su mensaje de texto a Tate había funcionado.

Mientras tanto, Gibbons dio un paso tembloroso hacia delante, acercándose cojeando hasta ella. Mackenzie dio un paso hacia delante en su dirección, con el Glock apuntado hacia delante.

"¿Quién eres tú?" le preguntó. Él estaba llorando, aunque Mackenzie no sabía si se debía al puro absurdo de la situación o al dolor que sentía (o a ambas cosas).

"Soy la agente Mackenzie White del FBI. ¿Quién está aquí arriba contigo?"

"Una vieja amiga," dijo. "Una doctora. Aunque ni siquiera ella pudo ayudarme. No pudo conseguir que el monstruo se largara."

"Quienquiera que esté ahí atrás," gritó Mackenzie hacia el otro lado del granero, "quédate donde estás. Estás más segura allí detrás."

“Muy bien,” respondió una voz vagamente familiar.

Gibbons miraba a Mackenzie y al borde de la plataforma. Mackenzie le seguía la mirada y veía los focos de los coches que se acercaban rápidamente, resaltados por el rojo y el azul de los coches patrulla de la policía local de Kingsville.

Una delgada valla de seguridad se erigía como a un metro de altura por encima de la plataforma y, francamente, no es que ofreciera gran cosa en cuestión de seguridad. Al verla desde esta altura casi le entraba a uno la risa.

“¿Estás lista para dispararme?” preguntó Gibbons.

“Si me obligas a hacerlo.”

“Bien,” dijo él. “Porque alguien va a caerse de este granero.”

Dicho esto, se lanzó con fuerza hacia delante. No le dio ningún aviso en absoluto. Simplemente se echó a correr hacia ella, con los brazos extendidos como si pretendiera envolverla en un abrazo de oso. Mackenzie le disparó dos veces y se echó hacia la izquierda, casi colisionando contra el lateral del granero.

Los dos disparos le dieron a Gibbons en la parte superior del hombro derecho—no fueron letales, pero dolieron como mil demonios a una distancia tan corta. Conmocionado y aturdido, se cayó en ángulo agudo hacia la izquierda mientras le fallaban las piernas. Le lanzó una bofetada y le agarró el cuello de su chaqueta. Le sonrió abiertamente y en sus ojos, ahí en la oscuridad a tal altura, Mackenzie pensó que podía ver alguna forma del monstruo del que acababan de hablar.

Y entonces, él forzó su caída por encima de la valla de seguridad.

Cuando su peso en caída libre se encontraba en el aire, su mano todavía seguía agarrada a su chaqueta. Lo agarraba a muerte, tirando de ella hacia sí. La cadera de Mackenzie se dio contra la valla de seguridad y aunque se las arregló para agarrarse con su mano izquierda, salió volando por encima de la valla de manera idéntica a la caída que había estado a punto de tener desde la torre del agua.

Se dio un momento de pausa cuando su cuello se dobló hacia la derecha, con un chasquido. Gibbons todavía tenía la mano en su chaqueta y Mackenzie podía escuchar cómo se rasgaba el tejido, pero también podía sentir su peso colgando de ella, transferido por entero a

su brazo izquierdo. Una vez más, su mano izquierda era lo único que le estaba evitando la caída.

Se saltaron los hilos y rasgaron el cuello de la chaqueta, pero no sabía cuánto tiempo más podría sostener el peso de ambos cuerpos. Solamente tenía una opción y solo de imaginársela, hizo que se sintiera casi inhumana.

Templó los nervios por una fracción de segundo, apuntó con su brazo derecho en el aire, y disparó.

El disparo le dio a Jimmy Gibbons directamente entre los ojos. Todo su cuerpo se adormeció y se ablandó al instante, incluyendo los reflejos de los músculos en sus manos. Soltó la chaqueta y cayó hacia atrás hacia todo ese espacio abierto.

Mientras caía, el primero de los coches patrulla llegaba zapateando a través del campo, dando tumbos por encima del terreno agreste. Mackenzie, sin embargo, apenas era consciente de ello. No podía despegar la mirada de Gibbons mientras se caía. Cuando se dio contra el suelo a unos treinta metros más abajo, todavía podía sentir sus ojos sobre ella.

Sollozando, arrojó su Glock sobre la plataforma. Agarró la valla de seguridad con la mano derecha y el alivio que sintió en su brazo izquierdo fue inmenso. Cuando se empujó para ponerse de pie, sintió una sensación de adormecimiento en su brazo izquierdo; se preguntó si se había hecho un esguince en algún músculo en su intento desesperado de no caerse.

Entonces, sintió un par de manos en su muñeca derecha. Elevó la vista y vio a Jan Haggerty junto a ella. Tenía aspecto de estar descompuesta, pero se las arregló para encontrar la energía para ayudar a Mackenzie a encaramarse a la plataforma. Cuando sus pies volvieron a reposar en ese delgado labio que rodeaba el perímetro del granero, se sentó en el suelo. Se reclinó contra la pared del granero, incapaz de sacarse de la mente la mirada de poseído que había visto en los ojos de Gibbons.

“¿Estás bien?” le preguntó Mackenzie a Haggerty.

“Sí, por la mayor parte. ¿Y tú?”

Mackenzie asintió y soltó una risita temblona que casi salió en forma de un brote muy breve de lágrimas. “Claro,” dijo. “Solo estoy intentando no pensar en volver a bajar.”

***

En media hora más, Mackenzie y la doctora Haggerty estaban de vuelta en tierra firme. La doctora Haggerty mantenía la compostura, y no dejaba que el trauma le dominara. Fue capaz de relatarles a Mackenzie y al alguacil Tate el día que había pasado sin exagerar ni derrumbarse. Les dijo que se había visto con Jimmy Gibbons en unas cuantas ocasiones, sobre todo para hablar de cómo superar las pesadillas que tenía sobre sus padres. Después les contó que, básicamente, le había tenido secuestrada toda la tarde hasta que le había obligado a conducir hasta los graneros.

El arma que portaba Gibbons estaba descargada. Por lo visto, no tenía ningún problema con tirar a la gente de grandes alturas, pero no le iba mucho la idea de coserles a balazos.

Después de que Tate echara un vistazo al cuerpo que yacía delante del granero, miró al suelo como un niño al que hubieran regañado y volvió a acercarse caminando a Mackenzie.

“Debería haber respondido a tu llamada,” dijo. “Eso fue culpa mía, y lo siento muchísimo.”

“Está bien,” dijo ella. “Entiendo por qué lo hiciste. Todavía tengo que encontrar la manera de explicar esto sin que mi supervisor me corte la cabeza.”

“¿Necesitas algo de nosotros?” preguntó Tate. Detrás suyo, unos cuantos agentes, entre los que se encontraban Andrews y Roberts, estaban examinando el borde del claro. Uno de ellos estaba recorriendo de arriba abajo la escalera que todavía seguía apoyada contra el granero con una linterna.

“Ahora mismo no. Puede que te llame para que me des tu descripción de esta escena para mis informes finales. Tengo la sensación de que voy a tener que ser de lo más detallista si quiero conservar mi puesto de trabajo.”

“¿Cabe la posibilidad de que una buena mención por parte de un alguacil de pueblo sirva de ayuda?” preguntó Tate.

“Nunca vendría mal,” dijo ella.

Mackenzie le dio las gracias y le estrechó la mano antes de regresar a su coche. Sabía que todavía no podía irse a casa. Había un protocolo que seguir. Tenía que quedarse hasta que llegara el forense, hasta que la escena estuviera despejada. Pensó en llamar al motel para reservar una habitación, pero decidió no hacerlo.

Tenía a su prometido esperándola en casa.

Casa. Una palabra que parecía tener un nuevo significado ahora que sabía lo que le deparaba el futuro.

En el asiento del copiloto de su coche, agarró su teléfono móvil y llamó a Ellington. Le respondió al instante.

“¿Estás bien?” le preguntó.

“Lo estoy. El caso está cerrado. Le atrapé.”

“¿Qué? Diablos… eso fue rápido.”

Tenía razón, pero el recuerdo de no una, sino dos ocasiones en las que había estado colgando a unos milímetros de una muerte segura hacían que pareciera que había tardado una eternidad.

“Voy a llegar tarde a casa. Seguramente mañana.”

“Eso está bien. Trata de regresar para la hora del almuerzo si puedes. Eso me dará el tiempo suficiente para salir a comprarte un anillo.”

Era un pensamiento delicioso, uno que le hacía sentir como una adolescente adorable por un momento. Entonces volvió a mirar a los graneros y pensó en las caídas que habían estado a punto de suceder. Miró al cadáver magullado de Jimmy Gibbons y suspiró. Por contraste, un anillo de compromiso parecía algo trivial.

“Te veo mañana,” dijo ella. “Te quiero.”

“Lo mismo digo,” dijo Ellington, terminando la llamada.

Mackenzie salió del coche y se acercó a Haggerty, que estaba apoyada contra el coche patrulla. Vio venir a Mackenzie y le ofreció una sonrisa cansina.

“¿Ya te he dado las gracias apropiadamente? ¿Por salvarme la vida?”

“No lo sé,” dijo Mackenzie. Entonces empezó a hablar de inmediato, sin darle a Haggerty la oportunidad de darle las gracias. “Se refirió a sí mismo como a un monstruo,” dijo. “Dijo que tú no podías hacer que el monstruo se largara. ¿Qué quería decir con eso?”

“Hoy por la mañana dijo que matar a gente era lo único que le hacía sentir mejor. Decía que necesitaba convertirse en el monstruo para conseguir alejar las pesadillas y la depresión.”

“¿Y crees que eso es posible?” preguntó Mackenzie. “Crees que es posible que a veces los hombres puedan ser malvados sin ninguna razón? ¿Solo porque disfrutan de cosas monstruosas?”

“No lo creo,” dijo Haggerty de inmediato. “En el fondo, no había nada de malvado o de monstruoso en Jimmy Gibbons. Había sufrido un trauma cuando murieron sus padres y unos cuantos años duros en su infancia. Nunca lo procesó de una manera saludable y por la razón que fuera, así es cómo eligió lidiar con ello.” Hizo una pausa y preguntó: “¿Y qué hay de ti?”

Lentamente, Mackenzie sacudió la cabeza. “Creo que no. Ya he visto a todos los tipos de hombres supuestamente malvados que te puedas imaginar. Y como dijiste—en el fondo de todo ello, hay algún trauma o alguna circunstancia que nunca pudieron procesar del todo.”

“Es triste, ¿no es cierto?” dijo Haggerty.

“Supongo que sí,” dijo Mackenzie. De hecho, sabía que así era. Lo había experimentado por sí misma. Ella nunca había procesado adecuadamente la muerte de su padre y había lidiado con ello persiguiendo a todo tipo de asesinos a los que pudiera echar el guante.

Para alguna gente, convertirse en un monstruo no implicaba pensamientos asesinos y sed de sangre. A veces, significaba que uno se cerraba en banda a todo, excepto a los métodos que se tuvieran a mano para intentar solucionar el pasado.

Pero ahora que su pasado se había quedado atrás, Mackenzie solo tenía un futuro al que enfrentarse.

Y en el campo de cereales de una noche sin estrellas en un pueblo en el quinto pino de Virginia, por extraño que pareciera, el futuro nunca había parecido tan espléndido.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Fijar la fecha para la boda fue muy fácil. Ninguno de los dos quería una boda a lo grande, ni tenían familia que fuera a venir al evento. Sin embargo, tampoco querían simplemente pasar por el juzgado y obtener una licencia. Al final, se decidieron por una sencilla ceremonia en un parque público cerca del National Arboretum. Y aunque la ceremonia todavía estaba a dos meses de distancia, había mucho por lo que sentirse entusiasmados hasta entonces.

En primer lugar, menos de dos semanas después de que Mackenzie hubiera dejado atrás Kingsville, se retiraron todos los cargos contra Ellington. Al final resultó que, en el proceso de adquirir pruebas en su contra, habían resurgido algunos sucesos escandalosos sobre su acusadora. Se retiraron los cargos, no había ningún caso que procesar, y Ellington fue restablecido en su puesto en un santiamén.

Durante los meses que faltaban para la boda, Mackenzie sufrió pesadillas, aunque ya no eran sobre su padre ni tenían nada que ver con maizales. En vez de ello, se veía colgando desnuda del Puente de Miller Moon, comenzando a caer a un abismo sin fondo. Lo peor de las pesadillas era que siempre se acababa soltando, permitiendo su caída al vacío en la oscuridad. Y cuando lo hacía, encontraba un alivio exquisito en el acto.

Siempre acababa en el estado casi habitual de despertarse sobresaltada por la sensación de estar cayendo. Vio a un psiquiatra del bureau al respecto y le resultó demasiado familiar, rememorando los momentos en que había intentado entender su temor a las alturas a la vez que intentaba rastrear a un asesino en Kingsville. En cierto modo, le había ayudado, pero a Mackenzie le daba la impresión de que iba a tener que convivir con al menos cierto grado de temor en lo que se refería a las alturas por el resto de su vida.

En el trabajo, McGrath solo le había machacado un poco por sus actos en el caso de Kingsville. En vez de suspenderle, había elegido una forma distinta de castigo. Decidió separar a Ellington y a ella y les asignó nuevos compañeros para el futuro próximo. Casi tenía un sentido totalmente lógico cuando les comunicó sus respectivos emparejamientos: ella iba a trabajar con Yardley, mientras que Ellington lo haría con Harrison.

Aunque le encogía un poco el corazón tener que pensar en

trabajar en el campo con alguien que no fuera Ellington, lo veía como otro paso para ponerse al mando de su futuro—progresando su carrera profesional y su vida hasta donde necesitaba estar para dejar el pasado atrás de manera satisfactoria.

Además… incluso con nuevos compañeros, Ellington y ella siempre se acababan reuniendo de nuevo en su apartamento. Tenía un anillo en el dedo, ramos de flores entre los que elegir, y una canción que seleccionar para el primer baile—algo que se estaba convirtiendo en la discusión favorita entre los dos. Mackenzie quería algo de Liz Phair, mientras que Ellington quería alguna versión de los Rolling Stones.

Enseguida se convirtió en una broma… que, de haber sabido los gustos musicales del otro, no se hubieran comprometido en ningún momento. Y eran las bromas como esa las que más le indicaban a Mackenzie que sí, que por fin estaba sucediendo. Que se iba a casar con este hombre y se iban a lanzar hacia un futuro incierto los dos juntos.

Le hizo pensar en el alivio que sentía en esas pesadillas cuando se soltaba del puente de Miller Moon y simplemente se dejaba caer al vacío.

Por lo visto, a veces sentaba bien dejarse llevar.

***

Tres semanas antes de la boda, Mackenzie estaba de pie en el cuarto de baño de un apartamento que habían alquilado. Podía escuchar cómo rompían las olas afuera en la playa. Habían alquilado un lugar en Sandy Point, Maryland, en uno de los raros fines de semana que tenían los dos libres al mismo tiempo.

Se quedó parada delante del servicio mientras miraba la prueba de embarazo en el lavabo. No tenía ni idea de qué resultado quería ver. Lo único que sabía con certeza era que estaba aterrorizada.

Esperó, mientras esos dos minutos tras activar la prueba se hacían eternos. Solo podía imaginar lo que estaría sintiendo Ellington fuera del baño, sentado al borde de la cama, expectante.

Cuando surgió el resultado, se acercó lentamente a la prueba. Se dio un momento para determinar lo que estaba sintiendo antes de

recogerlo y salir del baño. Ellington se puso de pie a velocidad de vértigo, con su mirada puesta directamente sobre el pequeño soporte de la prueba.

Ella se lo entregó y observó sus ojos. No podía adivinar lo que decían. A pesar de todo el tiempo que llevaban juntos, siempre le sorprendía lo capaz que era de controlar sus emociones. Gajes del oficio, le decía él siempre.

"Negativo" dijo él.

"Sí. Negativo."

Ellington le devolvió la prueba, como si no tuviera ni idea de lo que tenía en la mano. "¿Cómo te sientes al respecto?" le preguntó.

"Bien," le dijo ella. "Pero creo que también hubiera sido bueno si hubiera dado positivo."

"Ah, ¿sí?"

Mackenzie asintió. "No quiero uno ahora mismo, pero… en fin, algún día sí."

Ellington se volvió a sentar al borde de la cama y la acercó hacia sí. "Creo que yo también quiero. Es solo que es difícil de imaginar con todo lo que vemos en nuestro día a día."

"Entonces quizá empezamos con un perro," dijo ella. "Pero nada pequeño ni hortera."

"Eso sí que es hablar," dijo Ellington.

La atrajo a la cama y se pasaron allí la siguiente hora.

Cuando terminaron, Mackenzie se quedó dormida. Y durante la siesta, soñó.

Estaba de pie en la escalera de entrada a la casa de su infancia. Sabía que era una niña pequeña en el sueño. Lo sabía porque su padre estaba allí, y no estaba muerto o en un estado grotesco como se había presentado en sueños anteriores. En vez de eso, estaba de pie en el porche, observándola caminar hacia el patio. Llevaba en la mano la pequeña arma BB que él le había comprado en una venta de objetos de segunda mano. En el patio delantero, había unas latas que él había

colocado allí para ella.

Ese fue su primer campo de tiro. En el sueño, ella disparaba su arma BB, sintiéndose muy orgullosa de cada disparo.

“Cuidado con eso,” decía su padre. “No te vayas a sacar un ojo. O a disparar a una ventana. Tu madre me mataría. Diablos… me mataría solo por habértela comprado de todos modos. “

“¿Cómo estoy segura de que disparo donde quiero disparar?” le preguntó Mackenzie.

“El visor,” dijo él. Bajó del porche y se quedó parado detrás de ella. Le ayudó a sujetar el arma correctamente y entonces señaló al visor que había al final del cañón. “Pon las latas en la misma línea que esta pestañita al final del cañón. Y cuando esté todo alineado, disparas.”

Siguió sus instrucciones y cuando tiró del gatillo, pasó como medio segundo antes de que una de las latas vacías de guisantes cayera rodando al suelo.

“¡Buen disparo!” le dijo, abrazándola.

Ella se sonrojó, regodeándose en las palabras de alabanza de su padre. Enfiló su siguiente disparo y destrozó otra lata. Y después otra y otra más.

“Parece que no me voy a tener que preocupar de que no sepas cuidar de ti misma cuando te hagas mayor,” le dijo. “¡Me da la impresión de que te podrás defender tú solita!”

Mackenzie White se despertó con ese comentario de su padre girando dentro de su mente. Miró a Ellington y se alegró de que él también se hubiera quedado dormido. No se sentía tan avergonzada de haberse quedado frita en mitad del día como de lo inocente de su sueño. Estaba llorando y no se podía explicar por qué.

Salió de la cama y caminó hasta el ventanal del balcón, quedándose de pie junto a las puertas deslizantes. Miró hacia la playa, observando a la gente que iba de un lado a otro. Había una niña con una cometa. Una familia jugaba al agujero del maíz.

Había vidas que estaban evolucionando allí afuera, gente a la que no conocía con sueños que ni siquiera se podía llegar a imaginar.

Pero miró más allá de todos ellos a la extensión infinita del océano. El horizonte estaba borroso desde donde ella estaba apostada y algo al respecto le servía de consuelo. Hasta algo tan absoluto y tan sólido como el horizonte podía emborronarse. Y daba igual lo mucho que te acercaras a él, siempre se movía contigo, siempre se mantenía a la misma distancia.

Había ciertas cosas que se mantenían inamovibles, a pesar de las circunstancias.

Y con un anillo en el dedo, un hombre asentado en su corazón, y los demonios del pasado por fin enterrados y dejados atrás, estaba lista para disfrutar de cierta consistencia.

Table of Contents